

EX LIBRIS

VERBA VOLANT
LA CIUDAD DE LAS COLONIAS
LA HABANA - CIUDAD ANTICUA
DETEN EL PASO CARMINANTE
LO QUE ESTABA EN
LA HABANA - APUNTES HISTORICOS

MUSEO DE LA CIUDAD DE LA HABANA



**PATRIMONIO
DOCUMENTAL**

OFICINA DEL HISTORIADOR
DE LA HABANA

Esta versión digital ha sido realizada por la **Dirección de Patrimonio Documental** de la **Oficina del Historiador de La Habana** con fines de investigación no comerciales. Cualquier reproducción no autorizada por esta institución, está sujeto a una reclamación legal.

nota legal



Perfil institucional en Facebook

Patrimonio Documental
Oficina del Historiador

CUADERNOS DE HISTORIA HABANERA

7

Ideario Cubano: II. - Máximo Gómez



**PATRIMONIO
DOCUMENTAL**

OFICINA DEL HISTORIADOR
DE LA HABANA

**Este Cuaderno se publica
como homenaje del Mu-
nicipio de La Habana al
Generalísimo del Ejército
Libertador, en el cente-
nario de su nacimiento.**

1836 - noviembre, 18 - 1936



PATRIMONIO
DOCUMENTAL

OFICINA DEL HISTORIADOR
DE LA HABANA

CUADERNOS DE HISTORIA HABANERA

Dirigidos por

Emilio Roig de Leuchsenring

Historiador de la Ciudad de La Habana

7

IDEARIO CUBANO

II

MÁXIMO GÓMEZ

Recopilación y Prólogo
de

Emilio Roig de Leuchsenring



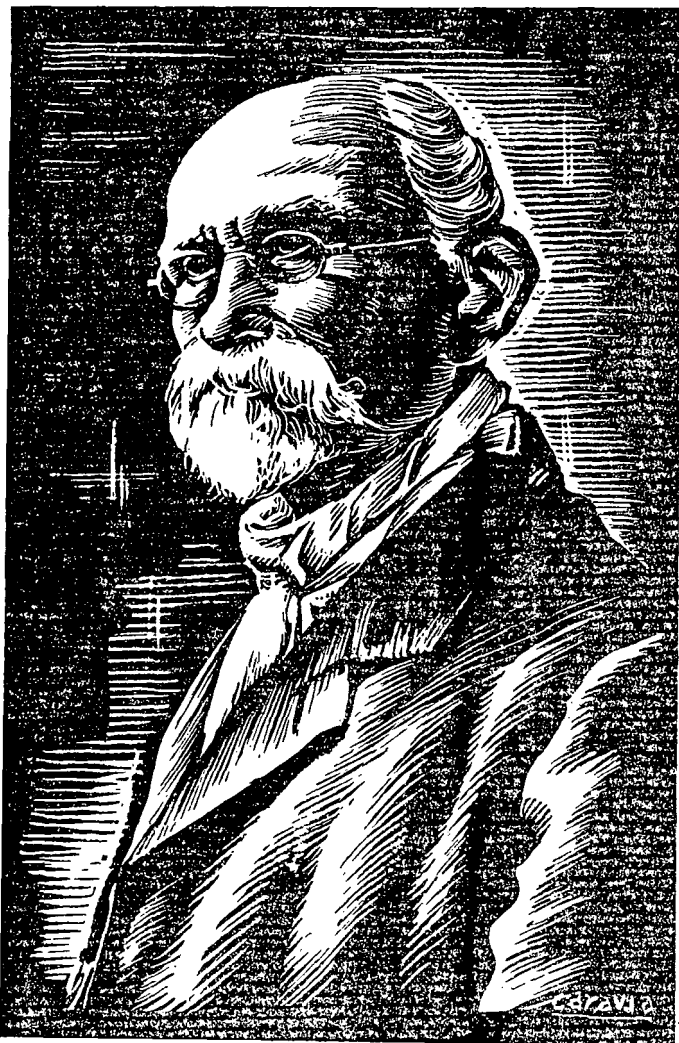
MUNICIPIO DE LA HABANA

Administración del Alcalde

Dr. Antonio Beruff Mendieta

1936


**PATRIMONIO
DOCUMENTAL**
OFICINA DEL HISTORIADOR
DE LA HABANA



MAXIMO GOMEZ

RETRATO POR CARAVIA



PATRIMONIO
DOCUMENTAL

OFICINA DEL HISTORIADOR
DE LA HABANA

Máximo Gómez, su Ideología Político-revolucionaria.

Por Emilio Roig de Leuchsenring.

El genio militar de Máximo Gómez; la altísima calidad de sus dotes como caudillo revolucionario; su heroísmo, que por ser atrevido y circunspecto, lo convirtió, cumpliéndose la máxima de Federico el Grande, en general invencible; la epopeya, deslumbradora y magnífica, que fué su vida en nuestras guerras emancipadoras de 1868 y 1895; han dado lugar a que la generación cubana de nuestros días ignore, puede decirse que por completo, otras facetas de su esclarecida personalidad: aquellas, precisamente, que más interesa conocer a los hijos de esta tierra, porque constituyen luminarias esplendorosas que les descubren rutas y les alumbran caminos a seguir para el cabal desenvolvimiento de nuestra nacionalidad, tanto en lo que se refiere a sus problemas de orden doméstico como a los de índole internacional.

Aunque Máximo Gómez, por temperamento y carácter, heredados de sus progenitores paternos y maternos, “nació—según expresa el general José Miró y Argenter—para la guerra, para dirigirla y para mandar a los demás hombres, ya fueran soldados de filas, ya oficiales”, y a la carrera de las armas se dedicó desde joven, espontáneamente, en su tierra natal, Santo Domingo, no puede afirmarse de él que fué un militar profesional; sí, un revolucionario, un libertador: el Libertador de Cuba.

Esas innatas cualidades de guerrero y la experiencia adquirida en las campañas que durante varios años sostuvieron los dominicanos con sus vecinos haitianos, las puso Gómez al servicio de la causa emancipadora de Cuba, transformándose, al decir de Miró, en “el maestro, sobre el campo de batalla, de los alumnos mozos

y soldados inexpertos que llegaron a la categoría de caudillos de fama universal... en el maestro de Antonio Maceo”, incorporando su historia militar “a los fastos gloriosos de la rebelión de Cuba”, al extremo “que bien puede decirse que él los escribió todos con su espada invicta”; pero desde que en 1867 empieza a conspirar con los patriotas de Bayamo, y poco más tarde, el 25 de octubre de 1868, se incorpora a la partida revolucionaria de Donato Mármol, en el pueblo de Jiguaní, recomendado por Carlos Manuel de Céspedes, el militar sólo vive y lucha para el logro de una finalidad política, precisa y determinada, y envaina su espada y abandona total y definitivamente su carrera, cuando el ideal revolucionario al que consagró toda su existencia culmina en el cese de la dominación española en Cuba, convirtiéndose, hasta el resto de sus días, en el hombre civil, en el ciudadano celoso del bien y la prosperidad de su patria adoptiva.

Y por si fuera poco elocuente esta actitud, para dejar comprobada la afirmación que hemos hecho, él mismo se encarga, una y otra vez, terminada la guerra, de proclamar que no es un militar profesional, sino un revolucionario y un libertador. Así lo vemos confesar, en pensamientos escritos en Sagua el 12 de febrero de 1899, y publicados poco después en la prensa de esta capital, su odio a la guerra y al militarismo, preconizando el gobierno de la ley y de la escuela. He aquí las palabras admirables, antimilitaristas y antibélicas, de este guerrero extraordinario: “En mi vida no he odiado más que una cosa: la guerra. Los pueblos para ser felices y dichosos, no deben tener el gobierno de la espada, sino el gobierno de la ley. Ni pena de muerte, ni culto privilegiado en nuestros Códigos; ni soldados ni fortalezas en nuestras ciudades, y la escuela poco a poco tiene que suprimir la ley”.

Pero no se conforma con dejar expresada, de ese modo, su ideología, sino que estima necesario también recomendar al pueblo de Cuba, en proclamas y manifiestos, la línea de conducta que, de acuerdo con esa manera de pensar, cree debe seguir éste una vez arrojada España de Cuba. En su Proclama de Yaguajay, de fines de 1898, declara: “No se debe olvidar nunca que así como la espada es la bienhechora para dirigir y gobernar bien las cosas de la guerra, no es muy buena para esos oficios en la paz; puesto que la palabra ley es la que debe decirse al pueblo, y el diapasón militar es demasiado rudo para interpretar con dulzura el espíritu

de esa misma ley." Y en el Manifiesto al País y al Ejército, de 12 de marzo, y en la Proclama al Pueblo cubano, de 5 de junio de 1899, reitera su antimilitarismo y precisa los ideales y finalidades que lo llevaron a incorporarse, junto a los cubanos, a la guerra contra España. En el primero, lanzado para dar cuenta de la actitud nobilísima que adoptaba frente al despojo de que le hizo víctima la Asamblea de Representantes, del cargo de General en Jefe del Ejército Libertador, dice: "Extranjero como soy, no he venido a servir a este pueblo, ayudándole a defender su causa de justicia, como un soldado mercenario; y por eso desde que el poder opresor abandonó esta tierra y dejó libre al cubano, volví la espada a la vaina, creyendo desde entonces terminada la misión que voluntariamente me impuse." Y en la segunda, le hace presente al pueblo, del cual se despide, cumplida su misión: "Disuelto ya el Ejército Libertador, que realmente no tenía razón de permanecer organizado desde el instante en que España levantó el peso sangriento de su soberanta despiadada en la infeliz Antilla, por cuya causa se armó nuestro brazo y nos fuímos a luchar al campo, nos cumple como ciudadanos pacíficos, confundirnos con la augusta entidad del Pueblo. No se necesitan ya soldados para la guerra, porque la guerra ha terminado; lo que se pide ahora es la riqueza pública, fuente principal del bienestar que debe disfrutar toda sociedad regeneradora y culta."

Este apartamiento absoluto de la carrera de las armas lo mantiene estrictamente, haciendo buenas, con los hechos, sus palabras, y no aspirando en ningún momento, ni durante la ocupación norteamericana, ni en la República, a cargo militar alguno, como han hecho otros caudillos revolucionarios en Hispanoamérica, y él hubiera podido hacerlo, ocupando, por derecho propio, la Jefatura del Ejército, y desde ella gobernando en realidad al país, dados el prestigio y la popularidad generales y extraordinarios de que gozaba en toda la nación.

Muy por el contrario de Máximo Gómez, los militares de profesión, se supone, al menos, que deben ser guerreros toda su vida, consagrados de lleno y absolutamente al arte de la guerra. Esta es para ellos su carrera única y su único ideal: no puede, por tanto, pedírseles otros méritos que los conocimientos y destrezas militares, y ni siquiera se les exige la prueba del valor, porque "se supone", y en las contiendas bélicas contemporáneas el valor, el

heroísmo, han desaparecido por completo del haber de los altos jefes, porque hasta ellos es muy difícil, si no imposible, que lleguen las balas, ni aún las de las piezas de artillería de grande alcance, razón por la cual, en estos tiempos, según el título—que es certero e irónico enjuiciamiento—de la famosa novela de Charles Yale Harrison, “los generales mueren en la cama”.

Los cubanos, deslumbrados hasta ahora por la gloria guerra—desenvuelta en un ayer tan inmediato—de Máximo Gómez, no han tenido tiempo de escudriñar en los móviles que impulsaron al ardoroso comandante banilejo, refugiado con su familia, por azares de las agitaciones políticas de su país, en Santiago de Cuba, a conspirar antes de que estallase la revolución de Yara y a incorporarse a ella en sus albores. Ni tampoco han profundizado en los propósitos e ideales que alentaron a Gómez a luchar sin cansancio durante toda la Guerra Grande; a conspirar de nuevo en 1884; y a responder después a la llamada que en 1892 le hace Martí, como Delegado del Partido Revolucionario Cubano, aceptando el puesto de General en Jefe del Ejército Libertador y dirigiéndolo, con maestría insuperable, hasta que en 1898 la intervención de los Estados Unidos en la contienda hispanocubana, pone fin al poderío español en esta Isla.

Desde luego que los móviles e ideales que persiguió Máximo Gómez fueron la libertad y la independencia de Cuba; pero estos, así enunciados simplemente, constituyen algo muy vago y muy impreciso, tan vago e impreciso que si no se esclarece y precisa, puede quedar reducido a fatales utopías, a hermosos pero falsos espejismos, a mentiras disfrazadas de verdades, a sueños más que a realidades.

En nuestras revoluciones por la independencia pelearon y murieron centenares de millares de hombres, como soldados o como jefes. No puede pedírseles a los primeros, muchos de ellos ignorantes y rústicos campesinos, que supieran ni comprendieran las altas y trascendentales finalidades de la revolución; pero sí debe exigírseles ese conocimiento y esa comprensión a los que fungieron de altos jefes militares, porque su papel guerrero era eventual y sólo a los efectos de la realización de determinados ideales políticos.

Por desgracia, algunos de esos altos jefes tuvieron únicamente, como miras revolucionarias, el horizonte estrecho del derrocamiento del gobierno español en la Isla y su sustitución por uno de

cubanos, en que ellos, desde luego, serían los dirigentes. Para quienes tal pensaban y sentían, la revolución era una simple lucha por alcanzar el poder, por el poder mismo. Y así, para fatalidad de Cuba, lo han demostrado cada vez que han tenido la oportunidad de desempeñar el papel de gobernantes, que no de gobernar.

Esta carencia absoluta de ideales políticos en la gran mayoría de los jefes revolucionarios supervivientes del 68 y del 95, ha constituido el doloroso calvario de nuestra República.

Hemos considerado siempre aguda tontería especular con la actitud, que, de vivir, hubieran adoptado en éste o aquel problema nacional, nuestras más ilustres figuras de otros tiempos, ya desaparecidas; especulaciones a que suelen ser muy aficionados algunos de nuestros intelectuales cuando, al transformarse en políticos militantes, echan mano de esos muertos esclarecidos para ponerlos al servicio de sus bajos intereses mercantilistas o al de los del grupo o partido político a que pertenecen.

No vamos, pues, a colocar a Máximo Gómez en los días presentes, ni a fantasear sobre la línea de conducta que hubiera seguido como hombre público en la actualidad; sí queremos divulgar en este ensayo, según anticipamos ya, sus ideales políticos y revolucionarios, su comportamiento patriótico en la guerra y en la paz y sus más sobresalientes juicios y opiniones sobre los problemas cubanos domésticos e internacionales.

Situaremos, antes, debida y justamente, a Máximo Gómez en nuestra historia, concretando el papel singularísimo que en ella desempeña y el puesto prominente que ocupa en la misma.

Y no es exagerado afirmar, porque es la expresión de una verdad incontrovertible, que a Máximo Gómez debemos los cubanos la independencia. A Martí, a Gómez y a Maceo. Martí fué el Apóstol; Gómez, el Libertador; Maceo el Héroe. Borrada esos tres nombres de la historia de Cuba, y Cuba hubiera seguido siendo colonia española por muchos años, por todo el tiempo que así conviniera a los intereses y necesidades de los Estados Unidos—como mantuvieron, efectivamente, la Isla bajo el dominio español hasta 1898—en que juzgaron llegada la oportunidad de incorporarla a su esfera de acción política y económica. Desde luego, que España estaba llamada a perderla, no sólo por sus desaciertos políticos, sino también porque comercialmente ya había dejado de ser

nuestra metrópoli comercial desde los años inmediatamente posteriores a la paz del Zanjón.

Sin Martí, no hubiera podido realizarse, después de la tregua que fué el Zanjón, la coordinación y organización de los elementos dispersos y en muchos casos antagónicos entre sí, de la guerra de Yara, con los bisoños revolucionarios que estaban dispuestos a sumarse a la obra emancipadora. El mismo Gómez lo reconoció, al expresar en carta de 12 de abril de 1894, a Enrique Collazo, lo siguiente: "Tú me conoces y sabes que yo sé ocupar mi puesto, llegada la hora, y debía dejar a Martí que él sin obstáculos ni estorbos realizara la obra estupenda de unificación y concordia de los elementos dispersos de fuera que deben en un momento dado unirse con el elemento sano y dispuesto de dentro para salvar a Cuba. A mí entender este trabajo está ya terminado y urge que entremos en el terreno de los hechos positivos." El lugarteniente general Antonio Maceo, al expresarle a Martí su agradecimiento por una carta que desde Key West, en 15 de diciembre de 1893, le dirigió, dándole el pésame por la muerte de su madre, confiesa a aquél: "¡Ah, qué tres cosas! mi padre, el Pacto del Zanjón y mi madre, que usted, por suerte mía viene a calmar un tanto, con su consoladora carta. Ojalá pueda usted, con sus trabajos, levantar mi cabeza y quitar de mi rostro la vergüenza de la expatriación de los cubanos y de la sumisión al gobierno colonial." Igualmente puso Manuel Sanguily de relieve el papel que Martí representó en la guerra del 95, cuando en su elocuentísimo discurso de 12 de agosto de 1901 dijo que Martí "puso de nuevo en la mano de los héroes desengañados, reanimando su aliento, la espada rota del primer desastre para que rompieran el postrer anillo de secular cadena".

Esa fué en lo guerrero, la obra, tan necesaria como trascendental, de Martí, único en acometerla y único capaz de realizarla por sus condiciones excepcionales de inteligencia y de carácter y por las circunstancias ventajosas de no ser militar ni figura militar preponderante del 68, cumpliéndose lo que Gómez demandaba en su carta a Serafín Sánchez, de 20 de junio de 1891: "El trabajo que corresponde a los separatistas es ése, unificar, pero nosotros los viejos combatientes, no somos los llamados a esa labor, han de ser hombres nuevos pues en nosotros mismos prevalecen desacuerdos y hasta desavenencias, y mal pudiéramos desorganizados echarlas

de organizadores". Por Martí, acataron la jefatura de Máximo Gómez, Maceo, García y los demás caudillos del 68 y los noveles revolucionarios que se sumaron a la obra emancipadora. Sin Martí, Moncada, Crombet y otros jefes mambises alzados desde 1890 en Oriente, no hubieran podido lograr que su patriótica actitud localista produjese los fines nacionales que para conseguir la independencia de la Isla era necesario realizar. Sin Martí, la revolución del 95 no hubiera sido, como él quiso que fuera, coincidiendo con el pensamiento de Gómez, preparada a tiempo, estallada a tiempo. Sin Martí, nuestra última empresa libertadora no hubiera estado inspirada ni orientada por los altos ideales políticos, sociales y económicos, que, desgraciadamente, olvidaron por completo, después de su muerte, los jefes civiles de la revolución. Sin Martí, por último, Máximo Gómez no hubiera podido ser el General en Jefe de esa revolución, ni Antonio Maceo su Iugarteniente General.

Martí supo y comprendió que sin la jefatura de Gómez la guerra podía estallar, pero era imposible que continuase con posibilidades de triunfo.

Y la guerra se mantuvo desde 1895 al 98 porque Gómez fué el Generalísimo del Ejército Libertador.

Benigno Souza en su libro de 1932, Máximo Gómez y las invasiones del 75 y del 95 y en el publicado en estos días, Máximo Gómez, el Generalísimo, y René E. Reyna Cossío en sus estudios La Invasión y Dos Conclusiones militares sobre Máximo Gómez, el Libertador, han expuesto y comprobado diáfananamente la influencia decisiva que en toda la guerra del 95 tuvo el desenvolvimiento del genio militar de Máximo Gómez, completado de manera admirable hasta la hecatombe de San Pedro, por el lugarteniente general Antonio Maceo.

Así lo han reconocido también los escritores militares que fueron actores en la última guerra, tales como José Miró y Enrique Collazo, y los propios jefes militares españoles.

Enrique Collazo, a quien Souza califica de "nuestro mejor escritor militar después de Miró", no amigo de Gómez, dijo de éste cuando ya había muerto: "Pero donde se reveló como militar fué en esta última guerra del 95. Es estudiando la gestión del general Gómez en el terreno de la guerra de Cuba, un modelo de au-

dacia e inteligencia, de valor; porque sin que se ponga en duda, el mérito de la Invasión es exclusivo del general Gómez. En el general Gómez no había estudios, no los podía tener, era el Genio, era el instinto de la guerra, era el corazón y el cerebro que acertaban en todo, era el rayo cuando tenía que partir, era rápido en sus movimientos, era incansable en la persecución, era hombre sin estómago, sin necesidades, la marcha no lo abatía y a todo suplía para dar la victoria a Cuba, y la obra que se propuso, la llegó a ver realizada, la independencia de Cuba. Y le pagó a los cubanos su ingratitud y su olvido, diciéndoles: podéis morir tranquilos, pues ya la República de Cuba existe. Este es el resumen de la vida militar más grande que ha tenido Cuba”.

Miró, devoto amigo e inseparable compañero de Maceo, actor de toda la Invasión, dijo de esta extraordinaria hazaña bélica: “fué la obra única de dos soldados ilustres, Gómez y Maceo, que coincidieron en el plan con perfecta identidad, tanto en el orden del tiempo como en la manera de ejecutarlo”. Y la Invasión ha sido considerada por técnico militar tan notable como Mr. Clarence King, “el hecho militar más audaz de la centuria”. Y Reyna la juzga” la más hermosa proeza de los valientes legionarios cubanos en aquella fragorosa lucha que sólo podían soportar los espíritus fuertes... Como marcha excepcional, la Invasión ha merecido el honor de ser comparada con la de Aníbal a Italia, y se han citado a San Martín, a Sherman y a Napoleón, que también realizaron marchas notables”.

El gran Maceo, con autoridad no superada por otro cubano, ha enjuiciado así a Máximo Gómez, en carta de 19 de noviembre de 1895, dirigida al Secretario de la Guerra: “Cuanto al mando supremo del ejército que asume el mayor general Máximo Gómez, no es para mí noticia nueva: Yo fui el primero en el destierro en darle mi sufragio y aceptar su autoridad, porque reconocía, como reconozco en él, su indiscutible superioridad, y porque ese es mi temperamento de orden y disciplina”.

Reyna afirma que “fué indiscutiblemente el guerrero que mejor comprendió y ejecutó las modalidades que debían adoptarse para neutralizar la acción del ejército español”.

El general Martínez Campos, reconociendo la capacidad tan extraordinaria de Gómez, le dijo al Ministro de Ultramar en carta de 8 de junio de 1895, que tenía esperanza de evitar que Gómez

fuese a Occidente, pero que “si quiere pasar, pasará y al hacer estas afirmaciones se fundaba en la experiencia que tenía de la otra guerra y en los conocimientos de los medios de Gómez”, y le confiesa al Ministro que el pase de Gómez a Camagüey “fué un fracaso para mí”; y por ese fracaso presentó su dimisión a Madrid, que no le fué aceptada por Cánovas.

Como el propio Máximo Gómez declaró, después de realizada la Invasión, todo era cuestión de esperar. Y es estudio que está por escribir y que deben acometer críticos de la amplitud de conocimientos históricos sobre nuestra revolución del 95, como Santovenia, Souza y Castellanos, y de la capacidad técnico-militar como Reyna, el que deje demostrado que España, necesaria y forzosamente, tenía que perder la guerra emancipadora cubana del 95. Nosotros, sin las condiciones de ninguno de esos eminentes historiadores y críticos, tenemos desde hace tiempo en preparación un ensayo sobre asunto de tal trascendencia en nuestra historia y de tanta necesidad para los cubanos de hoy, que desgraciadamente desconocen o conocen falseada la verdad de los acontecimientos que, como nuestras guerras contra España y la intervención que en la última de éstas tuvo Norteamérica, no pueden ni deben ser ignorados, porque son los antecedentes preciosos e indispensables para enjuiciar y resolver los males y dificultades del presente. En ese ensayo en preparación queremos esclarecer y comprobar, con el propio testimonio de gobernantes, políticos, militares e historiadores españoles, que Cuba, después de la marcha triunfal de la Invasión, estaba irremisiblemente perdida para España, por la superioridad técnica y estratégica que sobre los jefes españoles poseían los jefes cubanos, y principalmente los generales Gómez y Maceo, y por el agotamiento a que ya había llegado España, de hombres y de dinero para continuar la guerra, según lo confirma, además, el haber abandonado su tradicional política “del último hombre y la última peseta”, echando mano, a fines de 1897, como recurso último que la salvara del desastre definitivo que ya veía venir, de la autonomía, esperando que por ella, al dividirse los cubanos, se debilitaría la revolución. Y pretendemos demostrar, igualmente, en ese ensayo, que la intervención de los Estados Unidos en la contienda cubanoespañola, lejos de haber servido para favorecer la causa de la revolución cubana, produjo el efecto, contraproducente para nosotros, de impedir que Cuba derrotase,

XVIII

sóla y directamente, a España, y alcanzase, por el propio esfuerzo de sus hijos, la libertad e independencia.

Una prueba más de la clara y alta visión que de hombres y cosas poseía Martí, la dió, como se ve, al elegir para jefe supremo de la revolución por él concebida y organizada, al general Máximo Gómez.

Y Gómez, además de estratega y héroe—“el primer guerrillero de América”, como lo llamó su enemigo Martínez Campos—, fué modelo y símbolo—al igual que Antonio Maceo—del perfecto revolucionario.

Si Félix Varela, el primero de nuestros intelectuales que mantiene y predica—en 1824-25—desde las páginas de su revista El Habanero, la revolución como medio indispensable y único para que los cubanos alcanzaran el cabal disfrute de derechos y libertades políticos, sociales y económicos, hubiese encontrado a hombres como Gómez y Maceo, seguramente otro muy distinto hubiera sido su enjuiciamiento sobre los revolucionarios cubanos, con razón fustigados duramente por el gran maestro, filósofo y patriota, por la carencia absoluta que aquéllos adolecían de las más simples y elementales cualidades revolucionarias: fe inquebrantable, rápida decisión, firmeza y perseverancia inextinguibles, desinterés, visión política, espíritu de sacrificio, disciplina, reserva...

Aunque otra cosa se piense, no todos los que alardean de revolucionarios, o a empeños revolucionarios se encuentran consagrados, son, ni pueden ser, tales revolucionarios; que no basta conspirar, ni pertenecer a sociedades secretas, ni empuñar un arma, ni organizar y dirigir una revolución, para ser verdadero revolucionario. Se podrá ser un agitador, un guerrero; pero no un revolucionario. Y ayer como hoy, la mala yerba de los seudos revolucionarios ha impedido que fructifiquen en Cuba nobles ideales de justicia y de mejoramiento popular.

Varela, hablando en su tiempo, para todos los tiempos, se duele de que la revolución no puede prosperar ni triunfar, porque más que conspiradores hay conversadores, porque la desunión y la indisciplina imperan, tanto en la Isla como en las emigraciones; porque las sociedades secretas son de “secreto a voces”; porque “no hay opinión política, no hay otra opinión que la mercantil”...

De modo opuesto, Gómez y Maceo poseyeron intensamente todas esas preciosas e indispensables virtudes revolucionarias, por lo que, bien les cuadra el título que a ambos acabamos de dar.

Un anhelo vivísimo de restablecimiento de la justicia social llevó a Máximo Gómez a luchar por la independencia de Cuba, según lo declaró a Fermín Valdés Domínguez, y éste lo consigna en su Diario, el 15 de agosto de 1896, copiando textualmente las palabras del General cuando le contaba el día anterior “cómo nació en su alma el deseo de unirse a nosotros y pelear a nuestro lado por la redención de Cuba, en el año 68”. Y fué abolicionista, antes que separatista, pues los abusos, atropellos y explotaciones de que eran víctimas en Cuba los infelices esclavos negros, levantaron en su noble corazón protesta y rebeldía tales que se decidió a luchar contra esas que él juzgaba incalificables e intolerables injusticias: “. . . mis negocios de madera, y otros, me llevaron a distintos ingenios y en uno ví cuando con un cuero se castigaba a un pobre negro en el batey de la finca y delante de toda la dotación. No pude dormir en toda la noche; me parecía que aquel negro era alguno de los muchos a quienes aprendí a querer y a respetar al lado de mis padres en Santo Domingo”

“Por mis relaciones con cubanos—agrega—entré luego en la conspiración; pero yo fuí a la guerra, llevando aquellos recuerdos en el alma, a pelear por la libertad del negro esclavo, y luego fué que comprendiendo que también existía lo que se puede llamar la esclavitud blanca, uní en mi voluntad las dos ideas, a ellas consagré mis esfuerzos; pero, a pesar de los años que han pasado desde entonces no puedo olvidar y acepté los principios de la revolución para buscar en ella la libertad del negro esclavo”.

Esta actitud y esta línea de conducta, que envuelven un preciso y claro antiracismo, las mantuvo Gómez durante toda su vida. Como afirma Souza, la panorámica visión que tuvo Gómez de los hombres en la guerra, “le hizo clasificarlos por sus virtudes, y nunca por otra cosa. El sí pudo decir, y otros no, que lo mismo medía a un negro que a un blanco. Recuérdese su preferencia por los Maceo, Crombet, Cecilio González, Pedro Díaz y otros muchos”. Y como ejemplos elocuentísimos, entre mil, cita Souza la actitud que adoptó en el 74 cuando la fuerza de infantería de las Villas se negó a recibir como jefe al brigadier Maceo, pretextando “que no era villareño”, pero en realidad, por ser un hombre de color.

Pocos días antes de pasar la trocha, y según le refirió a Souza el general Rafael Rodríguez, “designó el General como jefe de esa infantería al teniente coronel Cecilio González, negro como el ébano y hombre de su confianza, diciendo a los protestantes: “De éste no podrán decir que no es de las Villas, porque nació en Cienfuegos”. Y los blancos villareños racistas tuvieron que aceptar por jefe al negro González. De igual modo, cuando el primer Gobierno rechazó el nombramiento que él había hecho de jefe del Sexto Cuerpo a favor de un pardo, Pedro Díaz, Gómez presentó su renuncia, no retirándola, hasta que fué aceptado Díaz como jefe de Pinar del Río. Gómez también se vanagloriaba de haber descubierto y defendido en todo momento, haciéndole justicia, a Antonio Maceo. Así, en carta de 19 de septiembre de 1899, le dice a Ramón Roa: “En cuanto a Maceo, me cabe la gloria, que tú me reconoces, de haberlo conocido desde el principio, y de ahí su designación para puestos elevados siempre, a pesar de menguadas, tristísimas preocupaciones y perturbadoras camarillas”.

En numerosas cartas y proclamas, precisa y ratifica Máximo Gómez, los altos ideales políticos y sociales que le hicieron consagrar su vida entera a la causa de la libertad de Cuba.

Yo no vine a Cuba—declaró en pensamiento escrito el 12 de febrero de 1899—“para ayudar los intereses de este pueblo microscópico. Vine a obrar y sufrir aquí porque yo creí que peleaba por la humanidad”. Y porque piensa así, espera y aconseja que Cuba esté “abierta a todos los hombres de buena voluntad que deseen elegir en esta tierra riquísima el campo de su actividad”.

En su carta de mayo de 1898 al general Ramón Blanco, rechazando los ofrecimientos de paz y arreglo entre españoles y cubanos que éste le hace, invocando que se trata de pueblos de una misma raza, frente a otro pueblo—el norteamericano—de raza distinta, Gómez revela poseer un amplísimo concepto internacionalista de estos problemas, poniendo por encima de patria y raza, la humanidad: “Usted dice que pertenecemos a la misma raza y me invita a luchar contra un invasor extranjero; pero usted se equivoca otra vez, porque no hay diferencias de sangre ni de razas. Yo solo creo en una raza: la humanidad, y para mí no hay sino naciones buenas y malas... Desde el atezado indio salvaje, hasta el rubio inglés refinado, un hombre para mí es digno de respeto, según su honradez y sentimientos, cualquiera que sea el

país o raza a que pertenezca o la religión que profese”. Esos conceptos los amplía en su carta a Tomás Estrada Palma de 28 de octubre de 1898: “No hemos luchado, no, sólo para nosotros y para Cuba, sino para la civilización, para el mundo todo”.

Vé, como vió Martí, la trascendencia internacionalista e interamericana que habría de tener la independencia de Cuba, si ésta se obtenía desde luego, de acuerdo con el programa y línea política concebidos y trazados por Martí. Por eso, en su artículo de 1898, Mi escolta, afirma: “Como he dicho ya algunas veces; como lo han dicho otros también, en Cuba y en esta guerra terrible, cruenta y prolongada, no puede haber nada pequeño. ¡La independencia será un suceso magno! No, no es la apertura del canal interoceánico que sirve a la civilización, al tráfico del comercio y hasta a la satisfacción de los estómagos, no es el hallazgo de un invento portentoso que da renombre y dinero al inventor: la independencia de Cuba será un suceso de trascendencia tanta para el mundo, que no habrá una sola porción de Europa y América que no pueda sustraerse a su influencia bienhechora”. Y hasta espera que la independencia de Cuba sirva de ejemplo y enseñanza a la misma España, pues si “en los primeros momentos creerá haberlo perdido todo, podrá contener de ese modo el insaciable antojo de sus elementos burocráticos que hoy la desangran, tendrá tiempo de pensar en la unidad de sus pueblos, amenazados por un espíritu latente de cantonalismo, que en vano trata de disimular, y rivalizará ante el mundo su título de nación civilizada, borrando de la carta geográfica el estigma de una colonia explotada y de la frente de un millón y medio de almas, la mancha afrentosa de su esclavitud”.

Juzga, como Martí, que el ideal cubano debe ser también ideal antillano y que las tres Antillas deben estar unidas, para, unidas, salvarse y salvar a América, frente a la amenaza del poderoso vecino del Norte. Pensando así, dice a su esposa en carta de 27 de julio de 1896, en la que le relata la odisea del general José Maceo: “Santo Domingo es la nación, de todas las Américas, la más obligada por la ley de la historia y de la naturaleza (dos leyes que se comete gran pecado en conculcar) a ser la primera aliada de la nación cubana. En vano los yanquis con su poderoso mercantilismo y sus aspiraciones absorbentes tratan de enamorar a Cuba, aprovechándose de sus conflictos. Ella será libre; les pagará sus

favores cortésmente, pero no se echará en sus brazos, y Santo Domingo será su predilecta y lo será por la sangre y por la historia; por su sol y por sus brisas. A Santo Domingo le conviene eso, le conviene a Cuba. Sueño con una ley, que con muy insignificantes retribuciones declarase lo mismo con Puerto Rico cuando fuese libre, que el dominicano fuese cubano en Cuba y viceversa". Este antillanismo de su obra político-revolucionaria lo esclarece perfectamente en su carta a don Federico Henríquez y Carvajal, de 20 de septiembre de 1895, en la que le declara que el ideal cubano, del que está enamorado, es ideal antillano, y se ha entregado "todo entero a amarlo y defenderlo, sacrificando todo cuanto los hombres bien nacidos podemos disfrutar de dulce y consolador: la familia y el hogar", y reitera la necesidad de que Santo Domingo realice, "sin disputa y sin compromisos, la obra grandiosa de ayudar a salvar a Cuba para las Antillas".

Fijo en su mente y en su corazón el ideal de la independencia de Cuba, está listo siempre a ocupar el puesto que le señale la revolución bien organizada. Así se lo declara a Martí y a Serafín Sánchez en cartas de 1882 y 1883, respectivamente. Y no duda del triunfo definitivo de la causa emancipadora, porque como dice a este último amigo, "las revoluciones jamás se pierden cuando en ellas se encarna una idea grande; puede suceder que un acontecimiento cualquiera, pero grave, las obligue a guardar sus armas; poco importa el lugar donde las deje, ellas vuelven a tomarlas, donde quiera, cuando los pueblos despiertan". Juzga sí, necesario, con la experiencia de la Guerra Grande, rectificar los errores y desaciertos que condujeron aquélla al Zanjón, a fin de asegurar el éxito del nuevo empeño libertador que se acometa. Y en el Programa que redactó en 30 de marzo de 1884, preparatorio de la tentativa revolucionaria de ese año, fracasada por causas fuera del alcance de su previsión y sus disposiciones, considera indispensable la unidad de acción en la guerra, dándosele al General en Jefe, una vez nombrado por la más posible mayoría de cubanos, combatientes o no, amplísimas facultades en lo militar, sin intromisiones de instituciones o elementos civiles, robustecido, desde luego, el Jefe supremo de la campaña, no sólo por los elementos materiales propios de estas empresas bélicas, sino también por el prestigio que le dé el pueblo. Gracias a esta unidad de acción, que Gómez supo mantener en la guerra del 95, a pesar de

las improcedentes y desacertadas intromisiones del Gobierno civil de la revolución en las cuestiones militares y de la hostilidad de algunos de sus miembros contra el General en Jefe, éste pudo mantener firme, vigorosa y triunfante la campaña, soslayando o resolviendo con su tacto, habilidad y don de gentes los contratiempos y dificultades que se presentaban, imponiendo la disciplina más rigurosa en las filas mambisas y haciendo respetar en todo momento, con su autoridad, las disposiciones que daba, terminando los localismos, la desunión y las discordias y rencillas que provocaron el final desastroso de la revolución de Yara. Fijó, e hizo cumplir, como lemas de la revolución, el orden y la moralidad, siendo el primero en dar el ejemplo, única manera de hacerse respetar por jefes y soldados. Y unos y otros le adoraban y obedecían, no sólo por reconocimiento de su superioridad indiscutible, sino también porque jamás dió una orden que él no fuese el más diligente en cumplir, ni gozó de comodidades que no pudiera disfrutar también el último de sus soldados. Obligó a cuantos estaban bajo su mando a una consagración absoluta a la causa emancipadora, porque él había hecho antes total renunciamiento de cuanto es grato en la vida, en favor de la revolución. Así pudo declarar con estricta verdad, al terminarse la campaña, en la carta-prólogo que escribió para el libro *Mi Diario de la Guerra*, del general Bernabé Boza: “Ni usted ni ningún cubano podrá tacharme y decir que yo obré jamás de mala fe, maliciosamente o como un farsante. ¡Nunca me salió el sol fuera del campamento!, y todo lo que pensé y ejecuté, fué a conciencia, obedeciendo tan sólo a los impulsos de mi corazón enamorado de la causa de Cuba”.

La pureza de sus principios revolucionarios estuvo respaldada y engrandecida por la más estricta e inalterable honradez de conducta. Como expresó a Serafín Sánchez en carta de 20 de junio de 1891, jamás especuló con la revolución, alistándose en sus banderas con desinterés y lealtad, “sin intereses bastardos, o miras caprichosas, o legítimas ambiciones”, ni amor al oro, pues limpio de esas lepras morales, “hace muchos años—afirma—que me siento rico por haber aprendido a saber ser pobre”.

Como dice el coronel Gustavo Pérez Abreu, médico que fué del Cuartel General del General en Jefe, Gómez “nació pobre y murió pobre”, pudiendo haber gozado de millones.

Cuando el Pacto del Zanjón le hizo abandonar esta Isla, rechazó los reiterados ofrecimientos del general Martínez Campos, prefiriendo, como afirma Enrique Collazo, “su horrible miseria, antes que aceptar del jefe español la más mínima dádiva”, y mientras algunos de sus compatriotas trataban de herirlo con mendaces acusaciones, en esos momentos, como afirma Souza, “para que no se muriesen de hambre literalmente, su heroica mujer y sus tres hijitos, nacidos y criados en la manigua marcial y entre el humo de los combates, él se ajustaba como peón para labrar la tierra a jornal en la finca de un judío inglés de los alrededores de Kingston. Así lo encontró, la azada al hombro, en su primera visita, el veterano comandante Manuel Calás, uno de los protestantes de Baraguá”, quien octogenario ya, ha referido a Souza los detalles de ese dramático encuentro. Y en el 98, la terminación de la guerra lo halló tan pobre como el más pobre de sus soldados, y pobrísimo murió en La Habana el 17 de junio de 1905.

Convencido de la fatal necesidad de la revolución libertadora, fué implacablemente severo y enérgico en la guerra, pues, como dice en su artículo de 1892, *El Viejo Edúa o mi último asistente*, “el derecho y la razón contra la tiranía no significan nada cuando no son pregonados por la voz de los cañones” y “las revoluciones cuando son buenas es porque son implacables con sus enemigos: de otro modo, es decir cuando demasiado sensibles y generosos los pueblos tal parece que no tienen plena conciencia de sus derechos y anda escasa en ello la dignidad”. Y reafirma esa urgencia de las revoluciones, como medio el más adecuado y rápido que tienen los pueblos para satisfacer sus anhelos de justicia y de libertad, “no importa que esta vía sea más o menos cruenta y erizada de sacrificios y de peligros”, según expresa en su carta a Figarola-Caneda, de agosto de 1894. Cuando ello ocurre, agrega, “no se necesita saber si un pueblo tiene armas para pelear, sino si tiene valor para hacerlo y si siente tristeza y amargura en su alma”; y él sabía entonces—aclara—“que el pueblo cubano tiene lo primero y padece lo segundo”.

¿Qué es la guerra? ¿Cómo fué la guerra emancipadora de Cuba?

De modo maravilloso, con la elocuencia de quien siente y vive lo que expresa, hizo Gómez de la guerra, en pocas líneas, esta admirable pintura, que recoge Miró al transcribir en sus *Crónicas*

la arenga que pronunció el Generalísimo ante el Ejército Invasor el 30 de noviembre de 1895: “Soldados: La guerra empieza ahora. La Guerra dura y despiadada. Los pusilánimes tendrán que renunciar a ella: Sólo los fuertes y los intrépidos podrán soportarla. En esas filas que veo tan nutridas, la muerte abrirá grandes claros. No se esperen recompensas, sino sufrimientos y trabajos. El enemigo es fuerte y tenaz. El día que no haya combate, será un día perdido o mal empleado. El triunfo sólo podrá obtenerse con el derramamiento de mucha sangre. ¡Soldados!, no os espante la destrucción del país; no os espante la muerte en el campo de batalla. Espantaos, sí, ante la idea horrible del porvenir de Cuba si por nuestra debilidad España llegara a vencer en esta contienda. Los manes de tantas víctimas inmoladas por la tiranía os exhortan a que luchéis con decisión y vigor, para que la rapidez del triunfo no dé ocasión a levantar nuevos cadalsos...”.

Y con clara conciencia de su genio y seguro de sí mismo y de la confianza que en él tienen sus soldados, termina, asegurándonos la victoria final: “¡Soldados!: llegaremos hasta los últimos confines de Occidente; hasta donde haya tierra española: ¡allí se dará el Ayacucho cubano!”. Como afirma el crítico militar mexicano, teniente Jerónimo Gomar Suástegui, “esta arenga es todo un programa de acción del que no se aparta un ápice durante toda la campaña”. Y fué también una promesa cumplida totalmente, pues victoriosas, llegaron las fuerzas invasoras hasta los últimos confines de Occidente, hasta el límite de la tierra española.

Si esas vibrantes palabras descubren y retratan al gran guerrero que fué Máximo Gómez, estas otras que aparecen en sus cartas a Estrada Palma de 8 de noviembre y 8 de diciembre de 1895, nos presentan al revolucionario, al Libertador, convencido plenamente de su dura, pero necesaria y justa misión emancipadora: “la revolución—afirma—es irresponsable, y la historia sólo podría hacerle el cargo de no haber sabido triunfar, por sus debilidades y menguadas transigencias... no hay que tener miedo a las quejas del mundo superficial y tonto. Los cubanos no buscamos, no queremos tener primero más que honor, patria y libertad. Todo lo demás llega obligado y grande después de aquéllo. Lo que se necesita es triunfar, y los medios más eficaces y más resueltos, aunque parezcan duros, para llegar hasta allí, siempre serán los mejores, los más decorosos y aplaudidos. Lo malo, lo

desgraciado, lo deshonroso es no triunfar, y lo cruel y lo torpe es dilatar el triunfo. Eso es no amar al país''.

Porque así piensa, mantiene la necesidad de la prohibición absoluta de la zafra en todos los ingenios de la Isla en que la fuerza de la revolución pudiese hacerse sentir, disponiéndolo al efecto por una Circular que sancionó el Consejo de Gobierno en 24 de noviembre de 1895, y confirmó después, no obstante la oposición que le hicieron algunos jefes, Masó y Maceo entre otros, alegando los beneficios, consistentes en cuantiosas contribuciones, que la revolución alcanzaba permitiendo la molienda en determinados ingenios, pues el Consejo participó del criterio del Generalísimo, de que, era indispensable demostrar ostensiblemente la fuerza de la revolución y destruir asimismo "las fuentes de recursos y manifestaciones de poder de sus enemigos", según expresa a Estrada Palma en la carta ya citada de 8 de noviembre de 1895; solución que opinamos fué la justa y oportuna, debiendo reconocerse que Máximo Gómez tuvo en este caso visión más clara del problema que Maceo, pues uno de los más formidables obstáculos que encontró para triunfar la causa emancipadora cubana fué el extremo egoísmo y el insaciable afán de lucro de nuestros azucareros, no ya los españoles, sino también los cubanos, empeñados siempre en mantener y llevar adelante su negocio, importándoles poco las conveniencias y necesidades del país y el provecho del puebló. Y de la misma manera que fueron nuestros azucareros los sostenedores, contra todo principio de humanidad y civilización, de la esclavitud y la trata negras, porque el esclavo les resolvía lo que ha constituido su obsesión constante: disfrutar de trabajadores a bajo precio ya que con ellos lograban lucro exorbitante, así también durante nuestras luchas emancipadoras, fueron en todo momento los azucareros los enemigos de la libertad de Cuba mediante la revolución, porque pensaban, únicamente, que la revolución les interrumpiría los trabajos de la zafra, impidiéndoles, por tanto, continuar disfrutando de las fabulosas ganancias que en aquellos tiempos recogían.

—¡Dejadnos hacer una zafra más!—suplicaban anhelantes, pensando que la revolución les iba a entorpecer o paralizar la molienda.

¡Y la patria tenía que esperar una zafra más!

Siempre han pensado los azucareros que ellos, y sólo ellos, integran a Cuba. “¡Hay que salvar la industria azucarera!”, se ha clamado, ayer como hoy, en todos los tonos; cuando lo que hay que salvar es a Cuba, víctima, hoy como ayer, de tener como única fuente de gran producción, la industria azucarera.

Era también indiscutible la eficacia de la prohibición absoluta de la molienda y la orden de incendiar todos los cañaverales, acordada por el general Gómez y aceptada por el Consejo de Gobierno, porque de esta manera se restaban al Gobierno español las cuantiosas entradas—muy superiores a las que pudieran percibir los revolucionarios cubanos—que la industria azucarera le proporcionaba, y las que eran invertidas en el sostenimiento del Ejército insular y de los guerrilleros que con aquél cooperaban a combatir la revolución.

Por último, la imposibilidad de realizar la zafra convertía en protestantes de los métodos de gobierno desenvueltos por España en Cuba, a los hombres de dinero, de influencia siempre preponderante en las esferas oficiales; y hacía también patente la pujanza de la revolución y la ineficacia que para aplastarla y para garantizar vidas y haciendas demostraban los gobernantes y ejércitos españoles.

Justo es reconocer, porque habla muy elocuentemente en favor del alto espíritu de disciplina que siempre poseyó Antonio Maceo, que si él no vió así este problema, y por ello se opuso a la ejecución de los órdenes de Gómez y del Consejo de Gobierno, apenas las disposiciones de prohibición de la molienda e incendio de los cañaverales quedaron ratificadas por el supremo organismo de la revolución, fué el más fiel y diligente cumplidor de las mismas.

Pero esta enemiga de Máximo Gómez contra la industria azucarera no tiene sólo por razón y fundamento las necesidades estratégicas de la revolución, sino que también responde a lo que él juzga y califica en carta a Andrés Moreno, de febrero 6 de 1897, del “tristemente deficiente sistema o forma de cómo está constituida en Cuba la industria azucarera”. Y le cuenta al compatriota amigo la profunda desilusión que sufrió al contemplar que al lado de la riqueza y el lujo que ostentaban los ingenios cubanos en sus bateyes, existía, en la casa del colono y en la del campesino, aguda miseria moral y material, a tal extremo que el

dueño del central era—y es—un ser todopoderoso, y el colono y el campesino, un esclavo; aquél rodeado de asombrosa opulencia; éstos, “embrutecidos para ser engañados, con su mujer y sus hijitos cubiertos de andrajos y viviendo en una pobre choza, plantada en la tierra ajena”, sin escuelas ni aseo; y lo mismo ocurría en numerosos pueblos cercanos a la capital. Entonces se disiparon las perplejidades que había tenido al pensar que la riqueza de los ingenios “pudiera ser destruída por la mano terrible de la guerra y perderse en unos instantes todo el patrimonio de un pueblo levantado en muchos años de labor”, e indignado “y profundamente predispuesto en contra de las clases elevadas del país, en un instante de coraje, a la vista de tan marcado como triste y doloroso desequilibrio, exclamé: ¡Bendita sea la tea!” Y le pide al coronel Moreno que él, que es “honrado y bueno y pertenece al número de los hacendados de Occidente” se sirva darle luz sobre este asunto, que considera de no escasa importancia. Y termina expresándole el peligro que para el futuro de Cuba ve en esa enorme e intolerable desigualdad social, pues si en la República—que debe ser libre y sin trabas de ninguna clase, sin privilegios de ningún linaje—continuaran esas formas viejas, “desde luego perderíamos la esperanza de que la República fuese tan fecunda en bienes como ha sido costosa en sacrificios; y como yo y usted y todos los buenos patriotas tenemos derecho a esperar que sea para completar nuestra obra”.

En instrucciones—que cita Souza—a Valdés Domínguez, para su correspondencia con Mayía Rodríguez y Pancho Pérez, conmina a estos “para que sean muy enérgicos e inexorables con los que sigan, así de dentro como de fuera, oliendo a autonomía y sobre todo ilos ingenios! Es una vergüenza que los dejen moler, cuando para impedirlo no se necesitan fuerzas; muy al contrario, con fuerzas es más difícil. Valiéndose de maña dos o tres hombres incendian en un día millones de arrobas de caña. Ofrezcan ascensos y recompensas a los que más destruyan de este material, con el cual se han fundido las cadenas para la infeliz Cuba”.

Pero este revolucionario, implacablemente duro con sus enemigos—que eran los enemigos de Cuba, ya españoles, ya cubanos antirevolucionarios—no fué nunca ni cruel ni sanguinario. “Todo lo que sirva a los enemigos de la revolución, será destruído por ella”, declara en su Circular de 26 de abril de 1895, dirigida a los

hacendados y dueños de fincas rurales de la jurisdicción de Cuba, pero agrega, “todo el que respete la revolución será respetado por ella”. Y una y mil veces protesta contra la sanguinaria crueldad, en el 68 y en el 95, del Ejército español y de sus, más que jefes, asesinos, como Valmaseda y Weyler; sin que por eso el Ejército Libertador se decida a tomar represalias, “porque entendemos que la revolución jamás tendrá necesidad, para triunfar, de ser cruel y sanguinaria”. Y en su arenga de enero 4 de 1896, al poner en libertad a los españoles hechos prisioneros en el asalto y toma de Güira de Melena, hace resaltar, frente a la crueldad del Ejército español, la generosidad y nobleza del Ejército Libertador: “Si se invirtieran los papeles—les dice—si ustedes fueran los vencedores, ni uno solo de nosotros quedaría con vida para contar el suceso; pero somos nosotros los cubanos los que triunfamos, y ni Antonio Maceo ni yo sabemos matar prisioneros de guerra”. Y en la carta de 15 de febrero de 1897, le confiesa a Luis Morote que lamenta que el Consejo de Guerra que lo juzgó no lo hubiese condenado a muerte, en acto de verdadera justicia y decoro nacional, aunque él no puede ser sanguinario “porque a ello se opone mi temperamento y mi educación”.

La nobleza de alma de Máximo Gómez se manifiesta en los motivos, ya expuestos, que lo llevaron a incorporarse a la revolución cubana y en mil hechos que atestiguan su generosidad con los vencidos, su piedad con los desvalidos, su dulzura con las mujeres y los niños. Leanse, para comprobarlo, los Diarios de Boza y Valdés Domínguez y la Biografía de Souza. Las cartas a sus hijos descubren, tras la ruda corteza del guerrillero revolucionario, al padre de familia, cuidadoso de su hogar y de sus hijos, todo bondad y ternura.

Pero este padre amoroso sabe sobreponer sus sentimientos cuando debe actuar y hablar el Jefe supremo de la revolución libertadora. Tal ocurre al morir, junto al lugarteniente general Antonio Maceo, el hijo de sus amores: Panchito. Y en la Orden General del día 28 de diciembre de 1896, en la que da cuenta al Ejército de la muerte de Maceo—la más sobria, elocuente y sentida de todas las órdenes militares—no aparece una sola palabra sobre la pérdida de su hijo. “El Ejército está de duelo”, y con el Ejército, él, su General en Jefe. Es ahora la patria la que “llora la pérdida de uno de sus más esforzados defensores, Cuba el más glorioso de sus hijos y

el Ejército al primero de sus generales". El, ya tendrá tiempo, cumplido su deber revolucionario, de llorar a solas a su Panchito. Le pedirá a María Cabrales, en la conmovedora carta de pésame que le escribe en 1º de enero de 1896, que llore por ambos: "Usted que es mujer; usted que puede—sin sonrojarse ni sonrojar a los demás—entregarse a los inefables desbordes del dolor, llore, llore María, por ambos, por usted y por mí, ya que a este viejo infeliz no le es dable el privilegio de desahogar sus tristezas íntimas desatándose en un reguero de llanto". Y a sus compañeros de armas que le envían su condolencia por la pérdida del hijo idolatrado, les expresa su gratitud de padre; pero en seguida, por sobre sus dolores íntimos, aparece el revolucionario que, como en la carta a Alberto Nodarse, de abril 25 de 1897, predica la necesidad de defender bravamente la honra de la patria y seguir luchando sin descanso: "¡Que nunca el desencanto ponga flaqueza en su brazo!, y cuando la gloria tenga para usted esos momentos en los que se vence o se muere, no olvide usted que a su lado estarán mi afecto y mi aplauso".

Otra prueba de su nobleza de corazón, honradez y pureza de sus principios revolucionarios, así como de clarísima visión política, la encontramos en la reiterada, precisa y contundente repulsa contra el terrorismo y los atentados personales, por considerarlos nefanda y contraproducente táctica revolucionaria y actos profundamente reprobables. En cartas a Tomás Estrada Palma de 18 de septiembre y 18 de diciembre de 1897, enjuicia como veremos en seguida el asesinato de Cánovas del Castillo, no obstante los indudables beneficios que la muerte del Jefe del Gobierno español habían de producir a la causa cubana. En la primera de dichas cartas, dice: "El ojo certero del anarquista Angiolillo—de cuyo impuro contacto estamos alejados por suerte—infligiendo tan rudo golpe a España en momentos tan críticos, destruye sus tanteos y equilibrios y la precipita irremediabilmente en el abismo de su perdición y desgracia". Y en la segunda le hace presente: "Si a Angiolillo se le hubiera ocurrido escaparse después de su atentado contra Cánovas y refugiarse en nuestras filas, pensando salvarse, de seguro que se habría equivocado tristemente, porque aquí la justicia, que debe ser la elegida de los hombres civilizados, hubiera sido cumplida como se cumplió en Madrid. Nosotros no podemos

codearnos con los reos de delitos comunes porque sería manchar la bandera de la libertad y el orden que tremolamos en estos campos de gloria; y por el contrario, los españoles pasan por encima de todo miramiento de honra y decoro, cuando de todo ello sacan provecho contra los cubanos”.

Aunque Máximo Gómez, según ya vimos, creyó indispensable, para el éxito de la revolución, el mantenimiento de la unidad de mando, sin intromisiones de los elementos civiles en los asuntos militares, no por ello ejerció, ni pretendió ejercer en la guerra, dictadura militar, destruyendo con su conducta durante toda la campaña del 95 aquella preocupación, fundada y sagaz, que asaltó a Martí en 1884, como resultado de la conferencia que con Gómez y Maceo tuvo en New York en octubre de ese año, de que ambos generales abrigasen tendencias dictatoriales, que él consideraba inaceptables y fatales, de desarrollarse, para el futuro de Cuba, una vez constituida en nación independiente. No existieron, realmente, en esos caudillos propósitos dictatoriales. Y si rechazaron o no acogieron abiertamente los consejos y orientaciones de Martí, fué más bien por el desconocimiento que tenían en aquella época de la personalidad revolucionaria de éste, mirándolo tal vez como un improvisado o un aprovechado, y, también, por la prevención, nacida de la triste experiencia del 68, contra todo elemento civil que aspirase a mezclarse en los asuntos militares.

La retirada de Martí de esa tentativa revolucionaria de 1884 dió lugar en grado considerable a que abortara dicho movimiento, a cuyo frente continuó Máximo Gómez. Así lo confiesa éste en su Diario de operaciones: “Martí se disgustó aquella vez, según parece, por no estar de acuerdo con los métodos que nosotros empleábamos, y me dió las espaldas. Su retirada contribuyó no poco a acelerar el fracaso que al fin sufrimos, pues la desconfianza pública fué entonces más marcada, quedándonos solos y desamparados los hombres de armas”.

Pero esos temores de Martí no resultaron inútiles ni se perdieron para Cuba, pues dieron lugar a que escribiese una de sus más trascendentales cartas, la de 20 de octubre de 1884, dirigida a Máximo Gómez y que contiene admirables enseñanzas y ejemplares

consejos, de extraordinaria utilidad en nuestros días, para el buen gobierno y administración de la República.

Gómez nunca quiso ser dictador, ni lo fué. Y la mejor prueba de ello la tenemos en que al llegar al campo de la lucha armada, en los comienzos de la revolución del 95, con poderes generales del Partido Revolucionario Cubano, para organizar y llevar adelante la campaña, fué él, como afirma Souza, quien “presuroso convocó a delegados para elegir al Gobierno, decoración necesaria al movimiento y paso previo para entregar la dictadura, que con el sentimiento de todos los jefes militares, omnimoda ejercía”.

Y cita Souza en apoyo de esta afirmación las siguientes declaraciones de Salvador Cisneros Betancourt—la figura civil de más relieve de aquella revolución—en carta a Estrada Palma: “Creo que la página más gloriosa del general Gómez que escribiremos con letras de oro... es aquélla en que se consigne que, habiéndolo nombrado la emigración cubana General en Jefe de nuestro Ejército, con carácter de dictador, no bien llegó a Cuba, lejos de prevalerse de tal investidura se despojó de ella, dando las más elocuentes pruebas de proceder democrático”.

En 1897 rechaza indignado la falaz imputación que le hizo el periodista español Luis Morote, después que visitó su campamento, de ejercer dictadura sobre los revolucionarios libertadores. Y en las declaraciones que con el título Última Palabra, escribió e hizo públicas en 31 de marzo, protesta enérgicamente contra la acusación que le hace Morote, “que no sería duro calificar de infame, de suponer en los cubanos tal suma de debilidad, tamaña falta de honradez política, carencia tal de sentido práctico que sólo los ligue a la obra redentora de la revolución pujante que ha obligado a España a declarar su impotencia de vencerla por sólo las armas, del temor a mi personalidad, a mi intransigencia fiera con los españoles”. Ello es falso—aclara—pues la firmeza de sus determinaciones y su condición revolucionaria, las comparten los cubanos; y es también propósito cubano, el que él persigue de que la República se implante sobre la ruina total y completa de la soberanía española en Cuba. No sería honrado para él—agrega—“que yo buscara mi gloria de firmísimo revolucionario, en el rebajamiento—siquiera supuesto—del pueblo cubano, cuya deci-

sión por sacudir el yugo que lo tiraniza y corrompe, para mejor explotarlo, está sobradamente demostrada en las guerras anteriores, y cuando no, en la protesta latente siempre contra la ominosa dominación y los procedimientos criminales del Gobierno español”.

Estas palabras interpretan arraigados sentimientos democráticos de toda su vida. Si en 1897 consideró una ofensa intolerable el que se le calificase de dictador, de igual modo apreció en 1884 las tendencias dictatoriales que Martí creyó ver en él, pues en la nota puesta de su puño y letra al pie de la carta de aquél, ya citada, dice Gómez: “Como se verá, este hombre me insulta de un modo inconsiderado, y si se pudiera saber el grado de simpatías que al conocer a Martí sentí por él, sólo así se podrá tener una idea cabal de lo sensible que me ha sido leer los conceptos que sin ambajes ni rodeos ha hecho de mí, y del mismo modo emite”.

Demócrata fué, aunque parezca raro, este autoritario General en Jefe del Ejército Libertador. Salió del pueblo y al bien del pueblo consagró toda su vida. Martí refiere que, contemplando la muchedumbre de descalzos trabajadores que se apiñaba frente a su casa de Montecristi en noche de fiesta, Gómez, “con voz que no olvidarán los pobres de este mundo”, le dijo: “¡Para esos trabajo yo!” Y a María Escobar, su amiga dilecta, le declara en carta de 4 de septiembre de 1898: “Mientras más pronto se saque a la vida este pueblo que está muerto, tanto más será productor y consumidor... Esto es asegurar la paz, porque cuando el pueblo tiene hambre, ella está amenazada... Dividida en dos castas la sociedad, una que tiene el pan y la otra que tiene el hambre, ¿cómo puede andar eso?... Diga todo esto, y más que sé que usted, sabe decir a esos hombres que tienen dinero, y quizás no salgan defraudadas mis esperanzas...”

En la carta que escribe a F. María González y aparece publicada en El Mundo de esta capital el 18 de mayo de 1902, al dar a conocer por qué ha sentido siempre cariño y admiración extraordinarios por Martí, dice que fué por encontrar en él estas virtudes: “Supo buscar en el libro y el periódico los mejores y más cariñosos factores, poniéndolos al lado del obrero cubano en el taller del trabajo, para que se instruyera, principalmente en el amor a las cosas de la patria, y se sintiera después bien hallado con

la nueva sociedad que debía venir; creándose de este modo la República por el pueblo y para el pueblo. Predicó la escuela como la panacea que curará todos nuestros males como consecuencia de una vida anterior de atraso crudísimo, de privilegios y oscurantismos. Aun siendo un niño se encaró contra el poder usurpador de los derechos de su patria, y por eso pagó llevando un grillete al pie, pues buen cuidado había de tener la tiranía de apagar en Cuba toda lámpara que, como Plácido pudiese dar algún destello de luz. Siempre fué Martí, en suma: rebelde contra todas las tiranías y usurpaciones”.

No concebía el exceso de poder en los gobernantes, pues como dijo en carta a Freyre de Andrade, citada por Souza, “no olvide, Freyre, que el mejor gobierno es el que menos gobierna”.

Y, cumplió siempre lo que prometió a José F. Pérez en su carta de 27 de abril de 1885: “Puede usted asegurar desde ahora para siempre, que yo no seré más que el más humilde servidor del pueblo”.

Servir al pueblo; servir a la patria. Gómez considera que “de mil modos se puede servir a la patria”, pero “lo esencial es servirla”. Y predica la conveniencia de ser útil. “Fuerza es —dice a su hijo Máximo— hacernos necesarios. ¿Cómo? Es muy sencillo: Siendo buenos y muy útiles”. Y quien es útil a su país, debe conservar su vida para mejor servirlo. Así se lo aconseja a Antonio Maceo en carta de 27 de febrero de 1898, urgiéndolo para que “por donde se pueda y como quiera” salga para Cuba, donde “ya hay humo de pólvora y cae en aquellas tierras sangre de compañeros”; pero conociéndolo de muy viejo, le aconseja que “no se aturda su osadía”, y “no olvide la sensatez del viejo aforismo, el de los denodados pero prudentes guerreros, que son los que meten miedo: se debe vivir glorioso para la patria antes que morir por la gloria”. En cambio, cuando ya no se puede ser útil, no vale la pena seguir viviendo: “Yo que prefiero la muerte —declara a Boza en carta de 1897— a lesiones que conviertan a uno en mueble inútil, en calamidad para la familia o para el mundo; pues yo creo que el hombre debe vivir hasta que pueda ser útil para algo; cuando no, debe largarse con la música a otra parte”.

Estudiando la vida de Máximo Gómez a través de su larga lucha por la libertad de Cuba y examinando sus escritos, se descubre la firmeza de sus convicciones políticas y revolucionarias. Con su espada y con su pluma mantiene en todo momento—sin flaqueza alguna, por difíciles que sean las circunstancias porque atraviere la campaña y no importándole la gravedad y torpeza de las injusticias e ingratitudes que con él cometan los cubanos, tanto en la guerra como en la paz—la imperiosa necesidad de sacar a flote y defender a todo trance hasta alcanzar el triunfo definitivo, firme y estable, la independencia absoluta de Cuba. Y se honra y se regocija—según afirma en sus declaraciones, Ultima Palabra, ya citadas—“que mis propios enemigos reconozcan la firmeza de mis determinaciones, mi convicción revolucionaria”. Y cuando desmiente las acusaciones que Morote le hace de ejercer presión sobre sus tropas impidiendo así todo arreglo pacífico con España, proclama, orgulloso y satisfecho, porque de ello está persuadido, “el hermoso espíritu de nuestro Ejército, contrario a cuanto no sea llevar a cima íntegro, completo, sin mutilaciones, el credo de la revolución, la más cabal e integérrima independencia de Cuba”.

Las propagandas del Partido Autonomista y la implantación del régimen autonómico, primero; los ofrecimientos de paz hechos por Blanco, después; la ocupación militar norteamericana, más tarde; y las sugerencias anexionistas, por último, le ofrecieron preciosas oportunidades para salir a la defensa, enérgico y resuelto, del más puro ideal libertario.

Como es natural, arremetió vigorosamente contra el Partido Autonomista y sus principales jefes, comprendiendo que uno y otro eran los mayores enemigos de la revolución, y por ello, de la independencia de Cuba; y comprendió, con visión de estadista, la verdadera significación del autonomismo, para España y para Cuba. En carta a Serafín Sánchez, de julio de 1892, citada por Souza, determina y precisa de este certero modo tan trascendental problema: “Los españoles, además de los poderosos elementos materiales de que pueden disponer, cuentan, y lo tienen reservado, con un poderoso ariete para aplastar la revolución: la autonomía, y, si no andamos listos, trabajaremos para la obra de los Montoros y los Gálvez, es decir, para el inglés”.

Ya vimos cómo urge a Mayía Rodríguez y a Pancho Pérez para que sean muy enérgicos e inexorables con los ingenios y con cuanto huela a autonomía. Souza da a conocer una carta, que posee, en la que Severo Pina encarece a Rafael Fernández de Castro la conveniencia patriótica de la adhesión de los autonomistas a la independencia, “entre otras razones, porque ellos contaban con los intelectuales y su concurso sería necesario en la nueva República”; carta al pie de la cual, Gómez puso de su puño y letra lo siguiente: “Da pena ver que así se ruegue, y más por un hombre de nuestro Gobierno, a los que vendrían, no a honrar, sino a honrarse ellos mismos sentándose en nuestra mesa... Hombres que poseerán todos los conocimientos que se quieran, que conocerán los secretos todos de la naturaleza, de vista tan delicada que vean, materialmente, el crecimiento de las plantas, pero que no han sabido ser una cosa bien sencilla y natural: ¡ser hombres!... Cuando leo todas estas cosas, tentado estoy a creer que algo valemos yo y Martí, desembarcando con un rifle al hombro por las playas de Baracoa”.

Como en 1892, en 1894, vuelve a predecir que España utilizará el autonomismo como arma de defensa en los supremos instantes de agonía de su poder en Cuba; pero si antes consideró que el autonomismo hubiera sido funesto para los cubanos a raíz del Zanjón, lo ve después—según expresa a Domingo Figarola—Cáneda en su carta mencionada de 1894,—“como una idea muerta”, pues “ya esa arma se ha embotado, y no hay que dudar que ese pueblo frenético, como todo pueblo cuando se subleva, sea más encarnizado con todo lo que huela a autonomismo que a conservador”. Y une en esa indignación de los patriotas revolucionarios, a guerrilleros y a autonomistas.

Al proponer el general Blanco en 1897 la autonomía, califica ese ofrecimiento de “el último insulto”, que viene “a profanar el decoro y la honra del pueblo cubano”, a tal extremo que comparando a Blanco con Weyler, asesino de gente pacífica, no sabe “cuál de los dos será menos digno”.

Imposible nos sería glosar todas y cada una de las múltiples declaraciones que en cartas y proclamas hace Gómez en esta época contra la autonomía y los autonomistas. Es suficiente para co-

nocer la certera visión política que tuvo Gómez del asunto y la línea de conducta que siguió antes y después de implantada la autonomía, sintetizar algunas de sus opiniones sobre la misma, que con las ya citadas, completen su enjuiciamiento del problema. “No puedo—dice en cartas dirigidas en febrero 21 de 1898 a diversos autonomistas—aceptar la autonomía, porque creo que su único fin es dividir a los cubanos. Los que se interesan por nuestra Cuba deben rechazar esa forma hipócritamente concedida por España. No es prudente ni sensato fiarse de la sinceridad de los gobiernos españoles”.

En el periódico revolucionario El Yara, que dirigía en Key West, José D. Poyo, publicó en enero 14 de 1898, con el título de Mi Protesta, unas declaraciones, en las que condena de esta ruda manera a autonomía y a autonomistas: “Ahora la madrastra en sus apuros, echa mano de lo mismo que antes desdeñó, o mejor dicho, despreció, y llamando a los autonomistas para que la ayuden a salvarse del abismo hacia el cual rueda, no ve que éstos se encuentran desarmados y a su alrededor el vacío, pues el pueblo cubano que, como el león, ha sacudido la melena y siente retozarle su propia viril iniciativa, mira ya muy por debajo a aquellos hombres, porque con su arrogancia de guerrero batallador y ensangrentado, los considera pigmeos extenuados y enfermos”.

Y tanto en proclamas al Ejército Libertador, de 18 de diciembre de 1897, como en manifestaciones públicas hechas en el mismo mes al editor de The Herald, de New York, da a conocer la decidida y viril actitud de los patriotas revolucionarios, proclamando una vez más, frente a los proyectos autonomistas, el firme propósito de continuar luchando hasta conquistar la absoluta independencia de la Isla: “Cuba para los cubanos; la América para los americanos”.

Y, no conforme con estas manifestaciones, se dirige también, con el propósito de darle a conocer ese criterio inquebrantable que él y sus hombres mantienen, al gobernador general Ramón Blanco, haciéndole presente que la única fórmula para lograr la unión de españoles y cubanos es el reconocimiento por parte de España de la República de Cuba; y, anticipándose a sucesos por venir, le indica que “España no debe permitir que Cuba deba su independencia, ni poco ni mucho, a favores extraños”, advirtiéndole, por último, que

de no aceptar esas recomendaciones que le hace, continuarán la sangre y el fuego hasta lograr la victoria, que es siempre “de los defensores fervientes del derecho”.

Y cuando el general Blanco le ofrece una alianza de españoles y cubanos para combatir a los norteamericanos, rechaza ese pacto, cuya sola proposición considera un atrevimiento, porque “cubanos y españoles jamás pueden vivir en paz en el suelo de Cuba”, mientras Cuba no sea totalmente soberana de sus destinos: “Usted representa en este Continente una monarquía vieja y desacreditada y nosotros combatimos por un principio americano: el mismo de Bolívar y Washington”.

Ya en otro ensayo, consagrado a estudiar la genial concepción internacionalista y americanista de la obra político-revolucionaria de José Martí, hemos expuesto y analizado cómo el máximo Apóstol de nuestras libertades no contó jamás, durante toda la campaña preparatoria y organizadora de la revolución del 95, con el apoyo ni la participación en ésta de los Estados Unidos, porque, precisamente, eran sus propósitos, amplia y claramente pormenorizados en sus manifiestos-programas de 1893 y 1895, en numerosos artículos publicados en Patria y en sus famosísimas y trascendentales cartas a Federico Henríquez y Carvajal y a Manuel Mercado—que constituyen, ambas, su testamento político—que la independencia de Cuba y Puerto Rico sirviese no tan sólo para la felicidad de estas dos islas, sino también, y de manera singular, para equilibrar con la independencia de ambas el Nuevo Mundo, constituyendo en el estratégico lugar en que la naturaleza las situó, dos naciones, aunque pequeñas territorialmente consideradas, fuertes por su grado de cultura y civilización, respetadas de las demás por saberse respetar a sí mismas, campos de verdadera democracia, gobernadas celosamente por hombres austeros y capaces, elegidos sin artimañas ni imposiciones, por la mayoría de los electores, verdaderos y consciente ciudadanos; realizado todo ello así, con el propósito de “asegurar la independencia amenazada de las Antillas y el equilibrio y porvenir de la familia de nuestros pueblos en América”. Martí muere con esos altísimos ideales en el pensamiento y en el corazón. A ellos abrazados, va a la muerte. El 18 de mayo de 1895, víspera de la tragedia de Dos Ríos, presagiando su inmedia-

to fin, le escribe a Mercado: “Ya estoy todo los días en peligro de dar mi vida por mi país y por mi deber—puesto que lo entiendo y tengo ánimos con que realizarlo—de impedir a tiempo con la independencia de Cuba que se extiendan por las Antillas los Estados Unidos y caigan, con esa fuerza más, sobre nuestras tierras de América”. Y confesándose al amigo querido y lejano, le declara: “Cuanto hice hasta hoy, y haré, es para eso”.

Martí comprendió que nada se lograba con arrojar a España de Cuba si Cuba no reconquistaba su soberanía económica; y para alcanzarlo era indispensable que la independencia política de Cuba fuera ganada a pesar de los Estados Unidos, al mismo tiempo que la de Puerto Rico, y con el fin primordial de que las dos islas al salvarse, salvarán a la América, asegurasen, “frente a la codicia posible de un vecino fuerte y desigual, la independencia del archipiélago feliz que la naturaleza puso en el nudo del mundo, y que la historia abre a la libertad, en el instante en que los Continentes se preparan, por la tierra abierta, a la entrevista y el abrazo”.

Esto no significa—porque no pudo concebirlo nunca la mente luminosa de Martí—propagar el odio vano y contraproducente a Norteamérica. La situación especialísima, geográfica y económica de Cuba, obligaba a la amistad y a las cordiales relaciones con los Estados Unidos, pero sin lazos funestos de vasallaje y dependencia, ni políticos ni económicos.

Vió también Martí—porque conocía perfectamente la inalterable política seguida por Norteamérica respecto a Cuba, desde 1805—que del Estado norteamericano no podían esperar jamás los cubanos protección ni ayuda desinteresadas para lograr su independencia, sino que en ese nuevo empeño revolucionario aquél permanecería, como permaneció en 1849 y en 1851—cuando las tentativas revolucionarias de Narciso López—y durante toda la guerra del 68, ya como mudo espectador, cuidadoso tan sólo de que no se le molestara, ya dificultando u oponiéndose a cuanto significase apoyo y adhesión a la causa emancipadora cubana, ya, inclusive, ahogando, desbaratando o haciendo impracticables, los proyectos generosos de muchos ciudadanos de la Unión, simpatizadores entusiastas de la causa libertadora de nuestro pueblo.

Con la muerte de Martí, desapareció el único verdadero, grande y genial estadista de Cuba y de la revolución del 95. Su visión sobre el futuro de Cuba y de América no fué comprendida ni recogida de manera efectiva por sus colaboradores en la obra revolucionaria, pues ni el Delegado, Estrada Palma, ni los hombres civiles que integraron el Gobierno, tuvieron talla de estadistas y muchos menos visión americanista e internacionalista de la guerra de Cuba.

Por eso asombra que fueran los tres más preclaros guerreros de esa contienda—Máximo Gómez, Antonio Maceo y Calixto García—los que sí comprendieran y recogieran las enseñanzas y prédicas de Martí; pero actuaron como guerreros, y nada más que como guerreros, sin que resultaran suficientes sus sugerencias y consejos al Delegado y a los miembros del Gobierno para que éstos siguieran estrictamente la línea de conducta política que había trazado Martí.

En lo que a Máximo Gómez se refiere, fué en todo momento opuesto a la intervención de Norteamérica en la contienda cubana, no sumándose a los numerosos cubanos revolucionarios que aspiraban y clamaban por la declaración de beligerancia de los Estados Unidos y por su ayuda para mejor y más rápidamente derrocar a España. Valdés Domínguez anota en su Diario, el 6 de mayo del 97: “La otra mañana hablaba el General de las distintas fases que sufren las guerras de la independencia, como ésta, y decía: “Hay dos clases de presentados; los que se van al campo español, y los que moralmente ya lo están: son éstos los que sueñan en reconocimiento y creen que el nuevo Presidente de los Estados Unidos nos dará la independencia. Estos hojalateros son también presentados!”.

Mientras Estrada Palma realiza toda clase de gestiones cerca del Ejecutivo y de los congresistas norteamericanos para interesar a aquél y éstos en favor de la causa cubana, y concierta contratos con negociantes judío-yanquis tendientes a lograr la independencia por compra a España, con la garantía del Gobierno de Washington, o mediante el reconocimiento de la soberanía de Cuba por los Estados Unidos, y le participa periódicamente en sus cartas a Máximo Gómez las esperanzas que tiene de alcanzar éxito en sus gestiones y

lograr la declaración de beligerancia en el Congreso y su sanción por el Presidente, el Generalísimo no le da gran importancia a esa labor y contesta siempre al Delegado en el tono de este párrafo de su carta de 8 de noviembre de 1895: “Por acá se habla demasiado de reconocimiento de beligerancia, pero nosotros—sin preocuparnos poco ni mucho de sucesos que han de venir—todo lo fiamos al esfuerzo de nuestro brazo e inquebrantable resolución”. Y ya en esa fecha comprende y anuncia que la beligerancia solo será reconocida “cuando a los norteamericanos convenga”. Prevé en otras cartas posteriores a Estrada Palma que esa intervención sobrevendrá, y en la de 28 de octubre de 1898 llega hasta afirmar que “acaso nuestros esfuerzos aprovechen más que a nadie a los americanos”..

Estrada Palma ni siquiera le participa oportunamente la concertación de la paz entre los Estados Unidos y España, y en la carta abierta en que Máximo Gómez se queja de ese lamentable olvido, también le hace presente las desatenciones oficiales que los norteamericanos han tenido con él y lo secos que siempre han sido, lo que—dice—“no ha hecho ni hará mella alguna en su espíritu”, porque han prestado eficaz ayuda para arrojar a España de Cuba; además agrega—“ellos y yo somos extranjeros en esta tierra”.

Surge la ocupación militar norteamericana de la Isla, y Máximo Gómez acepta los hechos consumados, como los aceptaron todos los cubanos revolucionarios; pero comprende perfectamente, y así lo hace público en su Proclama al Pueblo y al Ejército, de 29 de diciembre de 1898, la singular y difícilísima situación que a Cuba se le presenta con ese inesperado acontecimiento. Y, firme en sus ideales revolucionarios de independencia absoluta, no siendo Cuba, “ni libre ni independiente todavía” aconseja que todos “nos dediquemos inmediatamente para dar cumplimiento a las causas determinantes de la intervención y poner término a ésta en el más breve tiempo posible”, ofreciéndose a los cubanos “a ayudarlos a concluir la obra a la que he consagrado toda mi vida”.

El New York Journal comisiona a Gonzalo de Quesada para que entreviste al general Gómez, y aquél obtiene en la visita que le hace en Remedios, interesantísimas declaraciones sobre su manera de ver los problemas políticos e internacionales de Cuba, que ese

diario neoyorquino publica en su edición de 26 de febrero de 1899. Gómez confía que los Estados Unidos cumplan la palabra empeñada ante el mundo para con Cuba en la Joint Resolution de 20 de abril de 1898; pero, afirma, “si algún día políticos sin escrúpulos colocaran a los Estados Unidos en posición de romper su palabra, yo apelaría al Presidente y al pueblo americano, y confiaría en su sentido de justicia, que ellos defenderían nuestra causa no con las armas, sino por medio de la prensa y el Congreso”.

Al preguntarle Quesada “cuáles son al presente las relaciones entre los dos países y qué piensa usted de ellas”, Gómez le contesta que “son las de la más profunda gratitud y admiración hacia los Estados Unidos”, deseando una íntima unión de amistad y cooperación con ellos”, pero sin olvidarse de precisar el fin que persigue con esa unión: “que muy pronto podamos establecer la República de Cuba”.

Respecto a las relaciones futuras entre ambas Repúblicas, Gómez, con certero juicio, opina que las relaciones comerciales deben ser tan libres como fuese posible: “nuestros azúcares y tabacos encontrarían una puerta abierta en los mercados de los Estados Unidos, y, por otra mano, las manufacturas americanas serían favorecidas en Cuba. El tratado de reciprocidad bajo el bill Mc. Kinley, se tomará como el fundamento para una más completa libertad de comercio”. En cuanto a las inversiones del capital norteamericano, cree que éste encontraría en Cuba “un espléndido rendimiento y también perfecta seguridad”, sin que ésto implique la expansión y explotación latifundista, pues inmediatamente aclara: “Los americanos serían alentados para fomentar pequeñas fincas en Cuba. Esto les produciría magníficas utilidades”. Y ve también el porvenir que tiene Cuba en el turismo, pues dice: “No hay razón para que Cuba no sea la gran estación de invierno del pueblo americano. La naturaleza nos ha dotado de esa gran fuente de recursos”.

Sobre las relaciones políticas, el criterio de Gómez es claro, dentro de su precisa concepción de una República libre, independiente y soberana, sin la más ligera sombra de suzeranía o protectorado. A Cuba bastará con la protección que le dá la doctrina de Monroe, y a los Estados Unidos con la amistad cubana.

Cuando Quesada le asegura que sus puntos de vista tendrán eco en los corazones del pueblo americano, Gómez le contesta: “Me alegro que usted me diga que la opinión americana favorece el gobierno propio para Cuba, pues yo nunca comprendería por qué ningún americano ha de dudar de nuestra habilidad para gobernarlos a nosotros mismos. Para que un americano pensara de otra manera, sería necesario que él declarara que España tenía razón en mantenernos subyugados y que los Estados Unidos cometieron un error al ir a la guerra con España para libertarnos”.

Como antes la autonomía, ahora se indigna ante la sola idea de que algún cubano hable de la anexión, y al enterarse que estaba circulando una hojita suelta anónima en la que se mantenían opiniones anexionistas, levanta su protesta en carta pública a José Poyo, de 16 de marzo de 1899. “Debo decir a usted que repugna profundamente a mi corazón aquella idea. ¡Cómo hay en Cuba quien piense en eso! Sería el colmo de la degradación política y social y la mancha más negra que pudiera caer en la historia de uno de los pueblos más cultos y heroicos de América”.

En su Manifiesto al Ejército Libertador, dándole cuenta de las gestiones que ha realizado a favor del mismo, cerca de las autoridades interventoras, promete continuar laborando, ante la Casa Blanca, si fuese necesario, porque los sagrados ideales de Independencia y República no queden ahogados entre los pliegues de una sutil diplomacia, lo que no cree posible suceda, “tratándose de la nación que se apresta a ser, en próximo porvenir, elocuente y respetable voz del derecho, la civilización, la democracia y la justicia”. Y en su Proclama de despedida al pueblo, pone de relieve cómo, si se deseaba por todos “la intervención de una potencia extranjera para poner término a la guerra... , nadie contó que a raíz de este suceso extraordinario sucediese la ocupación militar del país por nuestros aliados, la cual nos cohibe, quedando este pueblo incapacitado y reducido a la obediencia del tutelaje impuesto por la fuerza de las circunstancias”; situación que, como ya dijimos, Gómez considera difícilísima y la más grave atravesada por Cuba hasta entonces, según expresa a Sotero Figueroa en carta, citada por Souza, de 1901: “Nunca, ni cuando combatimos a Weyler con sus 250,000 soldados, corrió mayores peligros la patria cubana, como en estos momentos. Tenemos al extranjero metido en casa... La

mayor cantidad de independencia que pueda recabar la futura República de Cuba se consolidará cada día más por la seriedad, la cultura y la riqueza”.

Su obsesión constante en esta época, es la independencia, no lograda aún, y dándose cuenta que de la conducta de los cubanos depende en mucho que la ocupación militar extranjera termine, en su proclama últimamente mencionada formula estos patrióticos votos: “que por imprevisiones nuestras no se aleje el gran día en que gallarda ondee nuestra bandera sobre las fortalezas donde por largos años ondeó la de la opresión y ahora ondea la del tutelaje por un mandato de sucesos consumados”.

Como afirmó el coronel Cosme de la Torriente en el discurso que en representación del Consejo Nacional de Veteranos de la Independencia pronunció en la inauguración del monumento a Máximo Gómez en La Habana, el 18 de noviembre de 1935, el Generalísimo, ya transformado en ciudadano, se consagró en la paz “a gestionar que la República cubana se estableciera cuanto antes; y nadie laboró más que él por apresurar su advenimiento, ya predicando la concordia entre los cubanos y los españoles, ya armonizando los criterios opuestos que en muchos asuntos sustentaban los cubanos y las autoridades americanas del Ejército de ocupación”.

Gracias a Gómez, la paz pudo ser realidad permanente y estable, pues depuso su actitud de irreductible antiespañolismo, mantenida en la guerra, acallando todo intento de revancha contra los enemigos de ayer por los triunfadores de hoy, con el propósito, tan insistentemente recomendado por Martí, de que los buenos españoles se prestaran a colaborar en la República naciente, para su mejor y más rápido afianzamiento y prosperidad.

Y aceptó también, y aconsejó, la cooperación de los autonomistas, pero manteniendo en todo momento la necesidad de que los revolucionarios asumieran la dirección de los asuntos públicos, a fin de que no se malograran los ideales de la revolución, y dando a conocer su inconformidad y su protesta cuando contempló, bien pronto, que hasta sus propios compañeros de armas olvidaban, unos, y pisoteaban, otros, lo que él consideraba debía ser el evangelio de la República: el Manifiesto de Montecristi.

En sus declaraciones públicas Dos Palabras de consejo a mis amigos cubanos, de 20 de agosto de 1900, recomendó la “neces-

dad absoluta de ser muy atinados en la elección de los hombres que constituirán la Convención Nacional”, creyendo debían ir a ella sólo los cubanos genuinamente revolucionarios, sin dar cabida a ninguno de los que ayer habían infamado la revolución” y poniéndose en guardia de manera especial contra “los ricos perniciosos y los intelectuales malos”. Proclamó “había llegado la hora de no engañar más a los pueblos”, los que debían estar siempre alertas y vigilantes, por haber aprendido “a fuerza de dolores que la manera de no ver a los hombres más grandes que lo que realmente son, consiste en mirarlos siempre de pie y no de rodillas y que los hombres deben amarse no por su saber y talentos, sino por sus virtudes”.

No habiendo aceptado, según vimos, la existencia de dictaduras militares en la revolución, no era posible que aprobase las tiranías en la República, ni civiles, ni militares, porque consideraba que ninguna situación de fuerza era la paz, la verdadera paz, “no constituyendo la fuerza gobierno legítimo para los pueblos ilustrados sino para los salvajes”, según palabras de su ya mencionada carta a Figarola-Caneda.

En su famosa y muy conocida Proclama de Yaguajay, ofrece a los cubanos admirables consejos para el buen gobierno y administración del país: designación de gobernantes probos; capaces; de vida honesta y sencilla, “que no tengan mujeres que vistan de seda mientras las del campesino y sus hijos no sepan leer y escribir... ni alfombren sus casas ni sean arrastrados por carrozas antes que las espigas maduren con abundancia en los campos de la patria”; ejercicio cabal y constante por el pueblo de los derechos ciudadanos, para no caer, por cortedad, en el servilismo, o por exceso, en la anarquía; respeto a la ley por todos, y entre todos unión fraternal, guiados y sostenidos por estos “tres factores poderosísimos: el trabajo, la educación y las buenas costumbres”.

Requirió, en carta a Manuel Sanguily, de 11 de diciembre de 1904, la constitución de “partidos políticos bien organizados”, pues éstos “contribuyen eficazmente al progreso de los pueblos en todo sentido, y sin ellos las naciones corren el riesgo de languidecer, dejando ancho campo a la anarquía”, debiendo unirse en cada uno de esos partidos los ciudadanos de ideas y opiniones afines, para asegurar la República.

La injusticia y la ingratitud de la Asamblea de Representantes, destituyéndole, cuando ya había terminado la guerra y su espada no era necesaria, del cargo de General en Jefe del Ejército Libertador, le dieron oportunidad, que él supo aprovechar maravillosamente, para ofrecer al pueblo de Cuba altísimo ejemplo de virtudes revolucionarias y cívicas, acatando, sin un gesto destemplado, y sin palabra alguna de airada protesta, ese despojo inaudito que le hacían los que fueron sus compañeros de luchas y sacrificios por la independencia patria. “Nada se me debe—declaró—y me retiro contento y satisfecho de haber hecho cuanto he podido en beneficio de mis hermanos. Y en donde quiera que el destino me imponga plantar mi tienda, allí pueden contar los cubanos con un amigo”.

¡Y era esa—como dice Souza—“la tercera destitución recaída sobre él en sus empeños por la redención de Cuba!”

Y tanto más refulge su nobilísima actitud, si profundizamos, descubriéndola, en la verdadera causa de la deposición por la Asamblea de Representantes de 1899: la resistencia de Gómez a las gestiones que realizaba la Asamblea a fin de concertar en los Estados Unidos, negociado por el judío-yanqui C. M. Coen, un empréstito para pagar al Ejército Libertador, que Gómez no podía aceptar, no sólo por lo onerosísima que resultaba la negociación, debido al alto tipo del descuento y el interés y a los ocho millones de pesos—de los veinte contratados—que se filtraban, perdiéndose para Cuba, en comisiones y gastos, sino, además, y principalmente, porque juzgaba que ese empréstito comprometía “los grandes intereses financieros y políticos de Cuba, que yo pienso debe entrar a ejercer su propia soberanía en la República de unión y concordia proclamada en el Manifiesto de Montecristi y sostenida y mantenida en los campos de batalla, libre de todo compromiso y siempre dejando a salvo el honor nacional”.

Ratifica esta actitud la afirmación que ya hicimos de que Máximo Gómez recogió y trató de hacer cumplir en la República—lo mismo que en la revolución—el programa y los ideales de Martí, como no supieron hacerlo en esos momentos—muertos ya Antonio Maceo y Calixto García—sus compañeros de luchas, tanto civiles como militares.

Gómez dió entonces la voz de alarma, que no ha encontrado eco, por desgracia, en los gobiernos republicanos, del peligro gra-

vísimo que para la República representaban esos empréstitos concertados en el extranjero, cadenas de esclavitud económica que se traducían en cadenas de esclavitud política.

Y enseñó, por último, a los cubanos, con sus reiteradas negativas a ocupar la Presidencia de la República, que era posible que un hombre luchase por la conquista de ideales nacionales, sin exigir después al pueblo el precio de sus empeños y sacrificios; haciendo bueno, con el ejemplo de su vida, este juicio de Martí en el famoso artículo que le consagró en Patria, en 1893:

“Y luego, descansará el sable glorioso junto al libro de la libertad”.



Carta a José Martí.

1882.

(Máximo Gómez, siempre resuelto a ocupar el puesto que le señale la revolución bien organizada).

8 octubre de 1882.

San Pedro Sula (Honduras).

Don José Martí

New York.

Ayer he leído con detenimiento su juiciosa cuanto apreciada carta del 20 de julio que con el mayor gusto paso a contestar.

Para que Ud. se persuada de que estamos conformes en nuestras opiniones, con respecto a las cosas de Cuba, creo que será del caso repetir a Ud. las palabras que mucho tiempo ha dirigí al general Iñiguez, cuando desde esa ciudad me llamara para que lo acompañase a una intentona. Le dije—“siempre estoy y estaré dispuesto como el primero a ocupar mi puesto, lleno mi corazón del mismo ardor y el mismo entusiasmo, pero permítame decirle, que a mi juicio, el movimiento que Ud. intenta es prematuro, no ha sonado la hora y es muy posible que Ud. en vez de alcanzar una victoria, recoja un fracaso”.

Es tristísimo, pero necesario dejar que aquel pueblo que se cansó en la larga lucha que terminó en el Zanjón, sufra de nuevo los ultrajes conque España castigara su debilidad o su ceguera, y entonces verá Ud. que, amalgamados el viejo elemento con el nuevo, tendremos madurado el momento del alzamiento menos costoso y más seguro. Mientras tanto preparémoslo todo con calma, sin alarde de ningún género y sobre todo tratemos de conservar nuestro prestigio para que podamos contar con la confianza de aquellos hombres que en su desesperación pueden echarse en brazos de cualquiera.

Ahora bien, Sr. Martí, no sé si la hora ha sonado ya, mejor creo que se aproxima, pero precisamente para eso es que necesitamos mucha cordura, para ni detener ni precipitar los acontecimientos.

No sé la clase de trabajos que Uds. tengan elaborados, o en la forma que los han organizado, y es precisamente,—lo que si es posible—, deseara saber para entonces darle mi humilde opinión.

Por lo demás, sépalo Ud. y sépanlo también los buenos y malos patriotas, que siempre estaré dispuesto a ocupar el puesto que me señale la revolución bien organizada.

M. GÓMEZ.

Papeles de Martí (Archivo de Gonzalo de Quesada), I. Epistolario de José Martí y Máximo Gómez, Recopilación por Gonzalo de Quesada y Miranda, La Habana, 1933, p. 5.



Carta a Serafín Sánchez.

1883.

(La revolución debe ser preparada debidamente y estallar a tiempo.—Las revoluciones jamás se pierden cuando en ellas encarna una idea grande.—Irás a la nueva guerra, pues ha empeñado su palabra y su honor; pero como un simple oficial, a las órdenes del jefe que se nombre.—Su admiración por José de la Luz y Caballero).

Honduras, San Pedro 23 julio 1883.

Don Serafín Sánchez.

Estimado amigo:

El sorprendente término de dos meses ha necesitado la apreciable de usted, de 19 de mayo, para llegar a mis manos; creo que tiempo suficiente para recibir aquí la correspondencia del Japón, que también figura en la Unión Postal.

A la América, cuna de muchas cosas bellas y grandes, no le faltan sus grandes y pequeñas extravagancias.

En este período de dos meses, que ha corrido desde que usted firmó aquélla, es de suponer que alguna mía, con igual retraso, habrá llegado a poder suyo, puesto que ni una sola he dejado sin contestación, y ésta me habrá defendido de los cargos que usted me hace por mi supuesto silencio. No debe olvidarse ni dudar de mi puntualidad, y mucho más para con los amigos.

No juzgo prudente, ni necesario por el momento, darle contestación a los puntos principales que me trata en la suya. Creo que tendremos tiempo bastante para ocuparnos en estudiar todo eso; debiendo, a mi juicio, principar la nueva obra bajo cierto orden y cálculo que aseguren los primeros pasos. La naturaleza del asunto no permite caminar de prisa, so pena de tropezar. La mayor suma de actividad se necesita para la acción.

La naturaleza misma nos da un ejemplo: sus revoluciones más tremendas han necesitado, tal vez, siglos de lentos trabajos. Esos volcanes terribles no se han debido formar por un movimiento rápido y brusco. Necesitan preparación.

Por eso, después que he leído algo de Don Pepe de la Luz, he pensado que es uno de los hombres más grandes, no de Cuba, de América. La vista de aquel hombre era un poderoso telescopio.

Para nosotros, y esta es mi creencia, los planos para levantar el edificio son de orden secundario pues contamos con unos cuantos obreros experimentados y resueltos. No debemos preguntar ¿cómo haremos la guerra sino con qué haremos la guerra? y es por eso que lo más importante ahora, como punto de partida, es acumular y organizar elementos.

Me parece que leo en su pensamiento esta objeción. “Para eso eabalmente lo nombramos a usted”. Enhorabuena, pero, yo le repito para calmar las impacencias de su patriotismo: Si a García y otros no los hubiera enardecido su entusiasmo aturdido, tal vez habrían oído mis consejos, y ahora, en éstos momentos, no necesitaríamos nosotros hacer tan supremo esfuerzo. Les decía yo: “Todo cuanto ustedes hagan ahora, será a favor de España. No cuentan ustedes con más ni mejores elementos que aquellos que la revolución misma enterró en el Zanjón y todo eso no hará más que perpetuar la dominación colonial en la Antilla, porque cada instante de tentativa perdida, le produce muchos días de paz, poniendo valor y confianza a la bayoneta opresora, embotando la espada libertadora”. Así, amigo mío, pensaba entonces y mi juicio desgraciadamente se ha cumplido.

Las revoluciones jamás se pierden cuando en ellas encarna una idea grande; puede suceder que un acontecimiento cualquiera, pero grave, las obligue a guardar sus armas; poco importa el lugar donde las dejen; ellas vuelven a tomarlas, donde quiera, cuando los pueblos despiertan de nuevo. ¡Ah! ¡Pobre Calixto! Muy bien puede llamarle la historia “El valiente importuno”.

La revolución debió decirle al oído, pero él no quiso oírlo, “Detente, hijo, no me turbes ahora en mi trabajo, secreto y lento, pero seguro. Da un poco de descanso a este valiente, pero fatigado pueblo. Aguarda, pues, que la hora llegará y tus impacencias la pueden retardar”.

Me ha parecido prudente dar la contestación que usted verá al honrosísimo Diploma que ese escogido Centro me ha enviado. No tengo noticias de como anda la cosa por New York, Cayo Hueso y otros puntos, y no debemos exponernos usted y yo a algún desaire.

Yo, como hombre de honor, me encuentro tímido para ponerme al frente, siquiera de una parte del ejército que ha de combatir de nuevo en los campos de Cuba—y le daré mis razones.

Mejor que nadie sabe usted que cuando la revolución no soñaba en el *Zanjón*, ya los cubanos habían despreciado mi espada, y como no hay efecto sin causas, me he querido volver loco buscando esta causa. Y como creo que siempre cumplí allí, sólo pienso que pueden muy bien haberse atribuido a otros móviles mi decidido entusiasmo y notoria resolución por la causa de Cuba. De tantas noches de insomnio y de tantos instantes amargos, he ahí lo que he sacado en consecuencia.

Por eso, para no robustecer aquella opinión, no debo, por bien de la misma Cuba, aceptar ningún destino prominente en la nueva guerra. Yo iré, sí, pues tengo en ello empeñados mi palabra y mi honor, pero como un simple oficial, al frente de una falange, que yo mismo puedo organizar, y con ellos me pondré a las órdenes del Jefe que se nombre.

De ese modo lleno un deber de mi conciencia y un deseo de mi corazón.

Yo conozco a los cubanos, pero eso no me desanima para ponerme al lado de ellos y ayudarlos a defender su causa.

Pensé no haberme extendido tanto en esta carta, pero he querido que usted sepa, pocos lo saben, cómo pienso yo respecto de la nueva revolución que se debe preparar en Cuba y el papel que me propongo representar en ella.

Salude cariñosamente a los amigos y soy de usted como siempre

Su amigo

M. GÓMEZ.

Cuadernos de Cultura, 6, Máximo Gómez. *Recuerdos y Previsiones*, La Habana, 1935, p. 107.

Programa.

1884.

(Es indispensable en la guerra emancipadora la unidad de acción.—El General en Jefe, una vez nombrado, por la más posible mayoría de cubanos, que vayan o no a combatir, debe gozar de amplísimas facultades en lo militar, sin intromisiones de instituciones o elementos civiles.— Misión de la prensa.—La bandera de la República de Cuba cobijará a cubanos y españoles, bajo el sagrado principio de unión y fraternidad.—Se deben extirpar los resabios y desconfianzas del pasado).

Al acudir presuroso al llamamiento que me han hecho varios centros revolucionarios ya organizados con el fin y firme propósito de levantar nuevamente la gloriosa revolución que deba darle su independencia de España a la Isla de Cuba, así como los avisos que también he recibido de varios jefes y oficiales valientes y decididos que en la pasada lucha militaban a mis órdenes: cumplo con el sagradísimo empeño de mi palabra y lleno uno de los más ardientes deseos de mi corazón.

Mas, ante todo, y para que procedamos con acierto marchando de acuerdo en tan delicada empresa, para garantía de su buen éxito, me permito someter a la aprobación de la mayoría el siguiente programa, que puede ser acaso susceptible a modificaciones juiciosas sugeridas por talentos más claros.

Art. 1º—Sin perjuicio de que existan y aún se robustezcan en su vida política y sigan funcionando con actividad revolucionaria todos los clubs y comités establecidos y sin embargo también de que se organicen otros para que, si es posible, ni un solo cubano deje de pertenecer de hecho a la asociación, deberá establecerse, a mi juicio, muy conveniente, una *Junta Gubernativa*, que servirá de gran centro para constituir la verdadera unidad de acción, sin la cual todos los esfuerzos serían, si no estériles, por lo menos deficientes para imprimir carácter, vigor y fuerza a la revolución armada.

Art. 2º—La *Junta Gubernativa* podrán componerla cinco individuos escogidos por su respetabilidad e inmaculados antecedentes políticos, sirviendo la misma *Junta Gubernativa* posiblemente de base para la futura organización de un gobierno provisional en Cuba, cuando las circunstancias lo indiquen.

Art. 3º—La *Junta* será el gran centro con quien deberá entenderse el jefe superior a quien se le confíe la dirección de la guerra y mando en jefe del ejecutivo; a la cual quedarán subordinados todos los demás centros revolucionarios en la acción de auxiliar a la patria, sin perjuicio de que cada uno en particular pueda prestarle sus servicios, haciendo llegar por su propia cuenta y riesgo, recursos a manos de los patriotas armados, puestos de acuerdo, bien sea directamente con el General en Jefe del ejército, o con alguno de los jefes subalternos, pero siempre con conocimiento y aprobación de la *Junta Gubernativa*.

Art. 4º—Proceder, organizada la *Junta*, a reunir en término perentorio la suma de doscientos mil pesos, por lo menos, a cuya primera colecta deberán contribuir sin excusas y con todo esfuerzo todos los centros.

Art. 5º—Instituir seguidamente un depósito o Caja militar, para guarda de los fondos a cargo de tres individuos, elegidos del seno de la *Junta*, cuyo cometido no deberá considerarse incompatible con el desempeño de las obligaciones de la *Junta*. La Caja despachará las órdenes de pago que únicamente podrá girar contra ella el General en Jefe con el visto bueno del Presidente de la *Junta Gubernativa*, cuyo General será exclusivamente el encargado de hacer los primeros aprestos de guerra para abrir la campaña.

Art. 6º—Lanzado el General en Jefe, al campo de la lucha, correrá en lo sucesivo por cuenta de la *Junta Gubernativa* el envío de elementos de guerra en acordadas combinaciones con el mismo General para la seguridad de tan arriesgadas operaciones al llegar a Cuba.

Art. 7º—El nombramiento de General en Jefe debe ser hecho por la más posible mayoría de cubanos que vayan o no a combatir a los campos: unos y otros deben hacer uso de ese derecho; así todos están en el deber de prestar sus auxilios a Cuba, ya militarmente o de cualquiera otra manera, según sus circunstancias.

Art. 8º—Nombrado el General en Jefe del ejército que ha de combatir, toca a él su organización, dándosele para tal fin, así como para los asuntos de la guerra en general, amplias facultades para formular reglamentos y órdenes generales, especiales que ayuden y faciliten la ejecución de los planes de la guerra, sin que puedan tener cabida mientras no esté plenamente indicada su necesidad por la fuerza de las circunstancias, ninguna institución civil, debiendo, por consiguiente, mientras tanto, quedar en suspensión absoluta, todas las leyes de esa naturaleza promulgadas en la pasada lucha.

Art. 9º—Las fatalísimas circunstancias y peripecias porque atravesó la revolución cubana, han hecho que hoy se le mire por casi todo el mundo, y aun por aquellas mismas naciones que antes le prestaron sus simpatías y decidido apoyo, con indiferencia marcada y lamentable desdén; y por eso debemos dirigir todos nuestros esfuerzos en Cuba y fuera de ella, hasta reconquistar para la nueva lucha la grande nombradía y respetabilidad de que antes gozara.

Tócale a la prensa cubana, por su parte, tan delicada e importantísima tarea. Débese tener siempre en cuenta que la prensa es una arma más poderosa que la que emplearemos en la desventurada Cuba. Por tanto, a nuestra política es muy conveniente no lastimar de ninguna manera ni a cubanos ni a españoles, cualesquiera que sean sus antecedentes. Debe tenerse muy presente que la bandera de la República de Cuba a todos cobijará bajo el sagrado principio de unión y fraternidad. La espada, en los campos de batalla, se encargará de castigar al que le sea hostil.

La grande y sublime misión de la prensa es difundir ideas conciliatorias, de acuerdo con nuestro programa, procurando que vengan a nuestro lado los hombres de nuestros principios, sin inquirir el lugar en que dejaron su cuna.

Los que vamos a combatir a Cuba procuraremos conseguir ese importantísimo objeto con la palabra y con el hecho. Para eso es preciso a toda costa que la prensa constante y poderosamente trabaje en el mismo sentido y si fuera posible en todos los idiomas. Importante creo que la misma prensa guarde al presente absoluto silencio y reserva sobre todo lo que se piensa y deba hacer.

El medio más seguro de vencer es saber por dónde, cuándo y cómo viene el enemigo. Procuraremos que de nosotros se ignoren esas tres circunstancias.

Todo lo podemos conseguir si al entrar de lleno en la cuestión nos curamos de todos los resabios pasados; ni una queja contra nadie, ni desconfianzas injustificadas, que exasperan los ánimos y engendran vacilaciones en las opiniones ya formadas y asustan a los novicios.

Seamos grandes y valientes en todo y para todo.

San Pedro Sula, Honduras, 30 de marzo de 1884.

MÁXIMO GÓMEZ.

Revista de Historia Cubana y Americana, La Habana, 1916,
t. I. n° 2, p. 81.



Carta a José F. Pérez.

1885.

(El Jefe de la revolución necesita para desenvolverse y triunfar, además de los elementos materiales, estar robustecido por el prestigio que le dé el pueblo.—Siempre será un humilde servidor del pueblo).

Kingston, Abl. 27/85.

Sr. José F. Pérez.

Secretario del *Centro Republicano Cubano*.

Kingston.

Muy señor mío:

Con profunda satisfacción he leído su atenta comunicación, participándome la resolución tomada por el *Centro Republicano Cubano* en una de sus sesiones, para ofrecer su valiosísima cooperación y ayuda a la Jefatura revolucionaria bajo mi dirección, para organizar el movimiento armado, lo más potente y poderoso que sea posible.

Tan noble y patriótica determinación no solamente es un aliento moral que llega oportunamente a robustecer las fuerzas generales porque converge al centro de donde debe partir la iniciativa resuelta y decisiva, sino que ha venido también a garantizar el éxito de la empresa, para la que nunca sobrarán los elementos y materiales, atendida la magnitud de ella misma.

Ante resolución de tal índole yo me siento más valiente para allanar grandes, difíciles y serias dificultades, que no deben escaparse a la penetración de los hombres pensadores, hasta llegar a desarrollar el plan que me he propuesto, que, desamparado por los hombres de influencias y por el pueblo en general, me sería imposible llevar a feliz término, en desprestigio de la misma Revolución.

Yo necesito de dos clases de elementos: de los materiales que se pongan a mi disposición y del mucho prestigio que debe darme el pueblo cubano: con ambas cosas indefectiblemente tendré valor bastante para ponerme frente a frente al enemigo y poder mantener bien alta nuestra gloriosa bandera antes caída.

Por lo demás, puede usted asegurar desde ahora para siempre, que yo no seré más, que el más humilde servidor del pueblo.

Debo esperar que usted disimule le haga el encargo de que signifique así al *Centro Republicano Cubano*, mis deseos y mi resolución.

Admita usted la expresión más sincera de mi consideración y aprecio.

Su atto. y S. S.,

M. GÓMEZ.

Revista de Historia Cubana y Americana, La Habana, 1916, t. I, núm. 2, p. 83.



Carta a Serafín Sánchez.

1891.

(Jamás especuló con la revolución, alistándose en sus banderas con desinterés y lealtad, sin intereses bastardos, o miras caprichosas, o legítimas ambiciones, ni amor al oro, pues, limpio de esas lepras morales, hace muchos años que se siente rico, por haber aprendido a saber ser pobre.—El máximo trabajo preparatorio de la nueva revolución es unificar a los separatistas, y esto deben hacerlo, no los viejos combatientes, sino hombres nuevos).

Monte Cristi, 20 junio 1891.

Señor Serafín Sánchez.

Estimado amigo:

Horas después de haber abandonado Ud. estas playas, que quizás no vuelva a pisar, llegué yo del campo, y como Ud. puede imaginarse muchísimo he sentido no haber podido despedirme personalmente de Ud. Pero yo he sido en las dos semanas anteriores a su partida víctima de varios contratiempos, uno de ellos doloroso y triste, la quemada de mi Andrecito, que me imposibilitaron de moverme a distancia. He leído su carta de despedida de Ud. con profunda tristeza. Yo he sufrido más que nadie con el fracaso de mi empeño con fines laudables, de formar por aquí un núcleo de cubanos de condiciones, y con capacidad, de los más curtidos por la airada mano del infortunio, con lo que se ponen a pruebas las virtudes que dan respeto y estimación. Pero pocos hombres, creo yo, son más defraudados en sus propósitos y esperanzas que yo, por más que busco sin cesar, la causa de mis fracasos, hasta en el fondo de mi propia conciencia, para descubrir si intereses bastardos, o miras caprichosas o legítimas ambiciones me mueven a ello o en resumen, amor al oro y por eso soy castigado. Pero me encuentro limpio de esas lepras morales, pues tengo la conciencia, y

el pequeño círculo donde giro debe saberlo, que jamás he querido especular con el prestigio que han podido darme las grandezas de la revolución de Cuba, en cuyas banderas me alisté con desinterés y lealtad y en cuanto al oro ni en eso pienso, porque hace muchos años que me siento rico por haber aprendido a saber ser pobre. Pues bien, sin embargo, todo ha conspirado contra mis miras. Se va Ud. y se va mal, se fué Carrillo y no se fué como yo soñaba, y volví a quedar solo y todos los planes de congregación se desvanecen y no somos más que fuerzas, poco más o menos útiles, pero dispersas, porque en Cuba misma por más y a pesar, del parecer de personas respetables, no se hará nunca gran cosa en su provecho, con respecto a su emancipación política. Antes por contrario, yo creo que se pierde terreno, pues es necesario que el revolucionario sea muy tieso, para que al fin y a la postre no pierda de su prestigio entrando en el círculo viciado de españolismo, pero de poderosa influencia, por el dinero, el mandato y la posición. Si el republicano Zorrilla se conserva es porque lo conserva el destierro. Le estoy hablando con la franqueza que Ud. en mí conoce. Cuando Ud. se codée en Cuba (y no puede evitarlo) con españoles buenos, sí, pero no de nuestra comunión política, y con cubanos buenos y guapos que junto a Ud. se han visto envueltos en el humo de los combates, pero transigentes después, Ud. perderá mucho de su talla política, que se destacaba desde aquí y la Vega, cuando escribía para *El Yara*. Ahora bien, esto pienso y digo en el sentido revolucionario, pero si se me interrogara si yo creía esto posible y hacedero en los momentos actuales respondería con franqueza, "que no". La causa, la más poderosa. La opinión está dividida y el Gobierno trabaja mañosamente para sostener esa situación que le asegura el poder. El trabajo que corresponde a los separatistas es ese unificar, pero nosotros los viejos combatientes, no somos los llamados a esa labor, han de ser hombres nuevos pues en nosotros mismos prevalecen desacuerdos y hasta desavenencias, y mal pudiéramos desorganizados echarlas de organizadores.

No debo continuar sobre ese tema sobre el cual tanto se habla y se escribe, pues solamente he querido manifestarle, espontáneamente mi modo de pensar al separarnos la suerte, como sincera muestra de mi estimación y compañerismo, ya que al poner Ud. su rumbo a Cuba, como lo creo, es natural tenga formado el plan

de conducta que deberá seguir, para ni hacer papelones, ni caer en la obscuridad, que ambos extremos son poco envidiables.

Salude, por mí y con amoroso recuerdo a esos campos cubanos. Recuérdeme a nuestros viejos y leales soldados que aún quedan del naufragio vivos y puros. Diga a los Sanguily, Spotorno, Collazos, Molas y Aguirre y otros, que aún respiro cubanismo, porque no se pueden borrar de la mente y el corazón, los recuerdos de aquellos tiempos de sublime grandeza donde nos hermanó después de la gloria, la más grande de las desgracias sufridas por hombres nacidos en América.

Se va en fin Ud. y yo quedo aquí, y como es tan difícil leer nada en el porvenir, si algún día se vé Ud. acorralado por nuevas desdichas, que Dios no lo quiera, ponga su rumbo hacia acá y busque a su viejo y sincero amigo,

M. GÓMEZ.

Gerardo Castellanos G., *Un paladín (Serafín Sánchez)*, La Habana, 1926, p. 80.



Nota en Carta a Serafín Sánchez.

1891.

(Los intelectuales difícilmente pueden ser buenos revolucionarios.—Los verdaderos revolucionarios son cirujanos terribles).

Diciembre 28, 1891.

.

Lo que Vd. me dice de la carta para M. Sanguily, es inútil; Manuel no es revolucionario. Esas gentes de letras y de espíritus tranquilos y pacíficos, no son llamados a la rebelión. Como saben tanto siempre confían el mandato de todas las cosas humanas a las ideas y no suponen necesaria la fuerza bruta en ningún caso. Ellos tienen razón en parte, pues cuando con aquella se triunfa queda el camino plagado de desastres, pero para nosotros, cirujanos terribles, por nada nos conmueven los alaridos del paciente y queremos extirpar en una hora y de raíz el tumor canceroso que en un año lo hará la Panacea sin dolor. Eso es lo que sucede.

.

Gerardo Castellanos G., *Un paladín (Serafín Sánchez)*, La Habana, 1926, p. 82.



PATRIMONIO
DOCUMENTAL

OFICINA DEL HISTORIADOR
DE LA HABANA

El viejo Eduá o mi último asistente.

1892.

(La Guerra Grande: sus glorias, contratiempos y dificultades.—De mil modos se puede servir a la patria, lo esencial es servirla.—El derecho y la razón contra la tiranía no significan nada cuando no son pregonados por la voz de los cañones.—La revolución de Cuba no está sólo en el corazón y la mente de sus hijos, está en sus brisas, sus palmas, sus arroyos, sus cavernas: está en toda la América.—Las revoluciones, cuando son buenas, son implacables con sus enemigos; si sensibles y demasiado generosos, los pueblos, parece que no tienen plena conciencia de sus derechos y anda en ellos escasa la dignidad).

¡La guerra de Cuba! ¡Qué guerra aquella tan llena de grandes pequeñeces y de pequeñeces asombrosas por sus grandezas! Así son todas.

Cinco años habían transcurrido, y día por día alumbraba el sol los episodios más sangrientos, las escenas más conmovedoras, de aquel combate permanente que sostuvo Cuba con sin igual bravura para conquistar su independencia. Se combatió con denuedo y sin descanso largo tiempo y se hicieron asombrosos esfuerzos de valor por los que se atrevieron a luchar.

En aquella guerra sostenida por la santa indignación de los menos, nacida de la inmerecida y brutal opresión bien armada de un pueblo entero, tuvieron lugar hazañas heroicas de diferentes modos y maneras. De mil modos se le puede servir a la patria. Lo esencial es servirla.

La lucha era por demás desigual. Cuba, encolerizada y enloquecida, con el corazón herido por tantos dolores y ofendida su dignidad con tantos ultrajes, no se aprestó bien para aquella batalla, y sobranfe de fe y entusiasmo, pero sin fusiles ni pólvora, se levantó para sacudir su oprobiosa tutela. No quiso otra cosa España y abocó sobre ella todos sus cañones y con ellos todo el refinamiento de la matanza y el exterminio para saciar su venganza y producir el terror, sin comprender que las revoluciones ni se asustan ni se exterminan.

¿Cómo matar a una idea?

Cuba sigue erguida y poderosa solamente por el derecho y la razón que le asisten, pero sus defensores no tenemos armas, y el derecho y la razón contra la tiranía no significan nada cuando no son pregonados por la voz de los cañones. Sin embargo, aquel alzamiento asustó a los españoles y se quedaron un instante a la defensiva, mientras hacían sus aprestos de guerra.

La revolución, ¡funesta ilusión! se durmió sobre sus primeros laureles, y hasta llegó a ser—cosa extraña en aquellos momentos de loco entusiasmo—magnánima y generosa con sus propios enemigos, pagando más tarde, y muy caro, su cordial entusiasmo. “¡Ay de aquel que es humano y conspira!”

No se hizo esperar mucho tiempo el látigo de la guerra que España despiadada debía dejar caer encima de la colonia sublevada y un cuerpo de ejército de tropas regulares que comandaba, como General en Jefe un hijo o hermano del Duque de Alba, sin duda se aproximaba sobre la margen derecha del caudaloso Cauto: el General español que más sangre inocente derramó en Cuba, y que más ayes arrancó, y más lágrimas hizo verter a la mujer cubana, General y Conde por añadidura, para ser más fiero: era Valmaseda, que venía dispuesto a exterminar en la heroica Bayamo la Revolución. Como si las revoluciones fueran de un solo punto y una sola fuera su cabeza! La Revolución de Cuba no está sólo en el corazón y la mente de sus hijos, está en sus brisas, en sus palmas, en sus arroyos, en sus cavernas, y está en toda la América.

Se quiso poner resistencia a aquel cuerpo de ejército, y se empeñó el propósito de impedir el paso del Cauto al Conde de Valmaseda. Empresa temeraria por cierto: un ejército de desarmados enfrentarse a otro ejército erizado de cañones y bayonetas. No puede haber mayor arrojo, más inaudito.

Yo me encontraba a la sazón disputándole otro paso del Cauto, —Palma Soriano, en Oriente,—a Campillo,—segundo tomo de Boves, aunque no tan valiente, que con una fuerte división también forzaba marcha hacia el interior a darse las manos con Valmaseda: esa era la combinación. En *La Cuchilla* de Palma Soriano, le tuvimos detenido diez días, hasta que refuerzos llegados de Santiago de Cuba le ayudaron a continuar.

Los Generales Donato Mármol y Modesto Díaz mandaban de consumo el ejército de operaciones contra Valmaseda.

A tres o cuatro mil llegaría el número de patriotas con más de dos mil libertos desarmados unos y mal armados otros, con pésimos machetes y viejas escopetas. Aquella masa de hombres indefensos se arrojó sobre los cañones de Valmaseda: la metralla hizo su carnicería espantosa, muchos se abrazaron de los cañones. Los patriotas al fin se retiran y el Conde plantó su tienda, triunfante, según él, sobre los escombros humeantes de la heroica Bayamo.

A Bayamo seguramente reservará la Historia una página tan honorable como gloriosa. Aquel pueblo no se reservó nada: todo, absolutamente todo, lo ofrendó a la Revolución. Sin distinciones de clases ni categorías, la población en masa, sin quejas y sin esfuerzos, más bien con altanero orgullo y satisfacción extraña y digna a la vez, abandona el campo al enemigo poniendo fuego a sus hogares.

Tal acto de asombroso sacrificio confundió al Conde, cuyo primer impulso fué mandar a preparar cuarteles en la vecina villa de Manzanillo para ir allí a alojar su ejército. Pero tamaño desaire debía ser castigado a fuego y sangre, y eso se propuso después. Puso en práctica la persecución más despiadada y feroz, cebando su rabia en aquella masa de poblaciones indefensas que errante vagaba por las montañas y las selvas, teatro de las escenas más crueles de sangre y de dolor.

Valmaseda, a mi juicio, no nos hizo daño en cierto sentido. Aquel Boves de su época, ayudó al afianzamiento de la idea, a la verdaderamente definitivo de la revolución, al "diente por diente" de las revoluciones cuando son buenas porque son implacables con sus enemigos: de otro modo es decir, cuando demasiado sensibles y generosos los pueblos no les cantan himnos como la *Marsellesa* ni les levantan altares como la guillotina. Entonces tal parece que los pueblos no tienen plena conciencia de sus derechos y anda escasa en ellos la dignidad.

De la masa aquella de patriotas desarmados que en forzosa retirada dejaban libre el paso a las huestes devastadoras del Conde, los 2,000 libertos llenos de espanto se dispersaron por todo el territorio insurreccionado, y muchos de ellos todavía aún ciegos, pues no habían tenido tiempo de alumbrar su cerebro la antorcha de la libertad, se presentaron a sus antiguos dueños.

Eduá, el viejo Eduardo, de 60 años, formó parte de aquella masa arrollada con la metralla y después dispersa; pero él guardó

la fe en su corazón y siguió vagando entre el torbellino y la matanza de la guerra.

Atacada la Revolución por todas partes, España empleó todos los elementos de que podía disponer, que eran muchos.

Le puso sitio. Cuidóse muy mucho de aniquilar en perjuicio nuestro todos los recursos del propio suelo, al mismo tiempo que atenta y vigilante impedía que no viniesen de fuera. Y sin embargo, la Revolución no pudo morir. ¡Ay de España si Cuba, como deberá suceder, se levanta para que se cumpla su destino! ¡Españoles, o quedaos con nosotros como hermanos o arreglad la maleta!

Del acosamiento y la persecución sin descanso, de la matanza sin piedad, de las terribles y constantes privaciones, de todo eso, grande y feroz, resultó otra cosa más poderosa e incontrastable y sublime: la necesidad. Esa es una madre severa, pero buena. España no supo lo que hizo. Nos enseñó a pelear de firme. Llegando a los extremos, nos hicimos seriamente cargo de nuestra situación, y la aceptamos. Hubo más, la amamos. ¡Qué amor tan grande! El combatiente amó la montaña, el matorral, la sabana; amó las palmas, el arroyo, la vereda tortuosa para la emboscada; amó la noche oscura, lóbrega, para el descanso suyo y para el asalto al descuidado o vigilado fuerte enemigo.

Amó más aún la lluvia que obstruía el paso al enemigo y denunciaba su huella; amó el tronco en que hacía fuego a cubierto, y certero; amó el rifle, idolatró al caballo y al machete. Y cuando tal amor fué correspondido y supo acomodarlo a sus miras y propósitos, entonces el combatiente se sintió gigante y se rió de España. España estaba perdida. No sé qué genio fatídico batió sus alas sobre Cuba. Caprichos siniestros y menguados del destino.

Casi no nos explicamos el Zanjón, cuando nos ponemos a pensar situaciones...

La Reforma, Rep. Dominicana, julio, 1892.

General Máximo Gómez y Báez, Revoluciones... Cuba y Hogar, recopilación por el Dr. Bernardo Gómez Toro, La Habana, 1927, p. 35.

Carta a José Martí.

1892.

(Acepta, satisfecho y honrado, al lado de Martí, el puesto de General en Jefe de la nueva revolución, que le ofrece el Partido Revolucionario Cubano.—Confía que el plan de organización, para aunar los elementos de fuerzas de dentro y de fuera, desenvuelto por Martí, seguramente ha de darles la victoria).

Santiago de los Caballeros 15 septiembre 1892.

Sr. José Martí, Delegado del Partido Revolucionario Cubano.

Señor Delegado:

Al enterarme del contenido de su atenta nota, que contesto, en la cual expresa los propósitos del Partido Revolucionario Cubano, cuyo Poder Ejecutivo, tan digna y acertadamente representa Ud., he sentido la más grata satisfacción porque yo también me siento aún capaz de ser entusiasta y leal batallador por alcanzar la independencia de Cuba, y aún es más mi satisfacción, por cuanto dado el plan de organización, para aunar los elementos de fuerzas de dentro y de fuera, que Ud. con tanto tino va llevando a término,—para poder abrir, cuando llegue la hora, una campaña vigorosa—de seguro eso nos ha de dar la victoria.

En cuanto al puesto que se me ha señalado al lado de Ud., como a uno de los viejos soldados del Ejército Libertador de Cuba, para ayudar a continuar la obra interrumpida, tan señalada honra, tan inmerecida confianza, no tan solamente deja comprometida mi gratitud, sino que al aceptar, como acepto tan alto destino, puede Ud. estar seguro, que a dejarlo enteramente cumplido consagraré todas las fuerzas de mi inteligencia y de mi brazo, sin más ambición, y sin otro interés, que dejar bien correspondida, hasta donde alcance la medida de mis facultades, la confianza con que se me honra y distingue.

Para la parte de trabajo que me toca, para la parte de labor revolucionaria que me corresponde, desde ahora puede Ud. disponer de mis servicios.

Patria y Libertad.

M. GÓMEZ.

Papeles de Martí (Archivo de Gonzalo de Quesada), I. Epistolario de José Martí y Máximo Gómez, Recopilación por Gonzalo de Quesada y Miranda, La Habana, 1933, p. 19.



Carta a Enrique Collazo.

1894.

(Martí ha terminado ya la obra estúpida de unificación y concordia de los elementos dispuestos de fuera, que deben en un momento dado unirse con el elemento sano y dispuesto de dentro para salvar a Cuba.—El (Gómez) ocupará su puesto llegada la hora).

Central Valley, abril 12 de 1894.

Sr. Enrique Collazo.

Mi querido Enrique: Mi silencio de tan largo tiempo hasta ahora, y que tal vez a raíz de tanta labor revolucionaria, no tuviese explicación satisfactoria para tí, no lo dudes, era intencional. Tú me conoces y sabes que yo sé ocupar mi puesto, llegada la hora, y debía dejar a Martí que él sin obstáculos ni estorbos realizara la obra estúpida de unificación y concordia de los elementos dispersos de fuera, que deben en un momento dado unirse con el elemento sano y dispuesto de dentro para salvar a Cuba. A mi entender este trabajo está ya terminado y urge que entremos en el terreno de los hechos positivos.

Así, pues, Enrique, la Revolución (y esta es mi opinión), cuenta con dos hombres en primer término para Occidente de los que se encuentran en esas comarcas, que son tú y Carrillo.

.

A otra cosa: un día, no lo olvidaré jamás, en horas tristísimas de mi vida, me tendiste tu mano amiga hoy sé que estás más pobre que entonces, allá, pues, te mando cuatrocientos pesos. Tu familia, cuando quieras y de un modo hábil para que su salida no te

haga sospechoso, haz, si quieres, que se traslade a Cayo Hueso, pues allí habrá órdenes y medios de atenderla.

Y cerrando ésta con un abrazo te quiere tu viejo General.

M. GÓMEZ.

.
Efemérides de la Revolución Cubana, por Enrique Ubieta, La Habana, 1920, t. III, p. 146.



Carta a Domingo Figarola-Caneda.

1894.

(Cuando los pueblos conocen y sienten necesidades, el apremio total producido por ellas mismas, los conduce irremisiblemente a buscar su satisfacción por la vía más pronta, no importa que sea más o menos cruenta y erizada de sacrificios y de peligros.—La fuerza no constituye gobierno legítimo para los pueblos ilustrados, sino para los salvajes.—Sus esperanzas del triunfo revolucionario las funda en el derecho y el valor cubanos.—No se necesita saber si un pueblo tiene armas para pelear, si no tiene valor para hacerlo y si siente tristeza y amargura en su alma.—Predice que España utilizará el autonomismo como arma de defensa en los supremos instantes de agonía de su poder en Cuba.—Su opinión sobre autonomistas y guerrilleros).

Monte-Cristy, Rep. Dominicana agosto de 1894.

Señor Domingo Figarola-Caneda.

París.

Estimado amigo:

Ya podrá usted imaginarse con cuánto placer habré leído su cariñosa carta, por cuanto a la vez que en ella demuestra su afecto hacia mi humilde persona, también me honra como “un soldado autorizado”, interrogándome sobre mis opiniones respecto a la actual situación política y económica de la rica y abatida Isla de Cuba, y de mis fundamentos en la esperanza del triunfo de una revolución salvadora,—porque “ya sabe usted que decididamente me he puesto al lado de José Martí”, competente y autorizado Delegado del Partido Revolucionario Cubano. Y para que más ampliamente pueda usted—“según lo desea”—presentar mis contestaciones en el círculo de mis amigos, y al mundo entero, porque

sólo el crimen trabaja en la obscuridad, allá se las envió en las columnas de un periódico que corresponde nada menos que a la prensa neutral de este tranquilo país (El Montecristeño).

Poco o nada puedo decirle que usted no sepa por la prensa de la misma Isla y de la extranjera, de la situación difícil que abrumba a la infeliz Antilla; y digo difícil, porque siendo la descentralización el último remedio posible para curarla de todos sus males, ese mismo remedio causaría la muerte a seguida del Poder Colonial, cuya existencia ha vivido, para su seguridad, desde Colón, sentado en las puntas de sus bayonetas, pero que desde el 68 acá, ha tenido que rodearse de cañones. Y no siendo ninguna situación de fuerza la paz—la verdadera paz; no constituyendo la fuerza gobierno legítimo, para los pueblos ilustrados, sino para los salvajes, ¿qué se debe deducir de todo eso?

Que el pueblo cubano que no está en condiciones de los últimos, tiene necesidad de buscar su verdadera paz por el camino de la guerra. Y cuando los pueblos conocen y sienten necesidades, el apremio total producido por ellas mismas, los conduce irremisiblemente a buscar su satisfacción por la vía más pronta, no importa que sea más o menos cruenta y erizada de sacrificios y de peligros.

Esa tierra que usted pisa, de históricos heroísmos, ese París de bellos y grandiosos recuerdos para las almas entusiastas por toda obra humana y de libertad, son ejemplos que palpitan a su lado apoyando mis juicios sobre la actual situación política de sus hermanos oprimidos. Así pienso yo en cuanto al estado de la Isla, que conozco como si viviese en ella.

En cuanto a mis esperanzas de triunfo, ellas se fundan en el derecho y el valor cubanos. Ninguno mejor que yo conoce los motivos porque sucumbió un día la Revolución en Cuba; tal vez estuvo falta de otras cosas, nunca lo estuvo de valor; lo tuvo sobran- te hasta para envainar la espada poniendo ella condiciones, parada ya, aniquilada y ensangrentada, en presencia de un ejército de 100.000 hombres armados hasta los dientes. Quien ha visto batirse al cubano; quien vió a esos hombres aprender el arte de la guerra —que para Cuba es inútil enseñarlo, pues cada uno debe saberlo y sacarlo de su valor y su brazo; quien se levantó con la Revolución sin alarde y leal cayó con ella sin abatirse, y a la desgracia de ésta

unió la suya, no puede dudar de su triunfo cuando ella, bien ordenada, se levante de nuevo.

¿Los recursos? ¡Ah! los revolucionarios llevan en su propio seno grandes recursos; pero no pregunte usted esas cosas a ningún revolucionario: todos, por naturaleza, somos optimistas; contamos con la varita mágica que hizo manar agua a la piedra en el desierto. Desde Jesús, que se fué a los barrios de la Ciudad a nombrar sus tenientes, hasta nuestros días, nunca se habrá ido muy lejos en pos de materiales para las obras de regeneración y justicia. Interrogad ahí mismo a los recuerdos en escombros de la Bastilla, si fueron las manos que usaban guantes las que redujeron a polvo el monstruoso edificio, símbolo de la tiranía y crueldad de una casta privilegiada. ¿Y qué armas tenía ese pueblo adolorido y de envidiable heroísmo y resolución? No se necesita saber si un pueblo tiene armas para pelear, sino si tiene valor para hacerlo y si siente tristeza y amargura en su alma. Y yo sé, y lo sabe usted también, que el pueblo cubano tiene lo primero y padece lo segundo.

En cuanto a los demás obstáculos políticos de otro género, no tenga usted ningún temor. Toda solución de reforma en Cuba ya a estas horas, en estos instantes históricos, no tiene razón de ser; es caducar al nacer. Eso tuvo sus días y sus oportunidades que, por fortuna nuestra, España no supo aprovechar. El autonomismo, que nos hubiera sido funesto a raíz del Zanjón, y que yo lo temí, lo veo ya como una idea muerta. Y aunque es muy posible que España—con su política capciosa—se lo reserve como arma de defensa en los supremos instantes de agonía de su poder en América, ya esa arma se ha embotado, y no hay que dudar que ese pueblo frenético, como todo pueblo cuando se subleva, sea más encarnizado con todo lo que huela a autonomista que a conservador.

Pude notar, durante la guerra de los “Diez Años”, que nuestros soldados se sentían más indignados en presencia de criollos armados en contra nuestra, que los mismos soldados españoles. Y la razón se explica: no es indispensable que los hombres usen corbata y sepan llevar levita o chaqueta para que sientan en ciertos momentos supremos de la vida, sublevarse desde el fondo del alma un sentimiento de dignidad nacional. No hay pueblo que no sea capaz de cometer valentías y grandezas en defensa de su tierra, de su nombre y de su honor.

Si entiendo que he podido complacer a usted, será para mí de grandísima satisfacción. Que su salud sea buena, y créame su amigo de siempre.

M. GÓMEZ.

General Máximo Gómez y Báez, Revoluciones, Cuba y Hogar, recopilación por el Dr. Bernardo Gómez Toro, La Habana, 1927, p. 269.



Carta a su hijo Máximo.

1894.

(El hombre.—El padre.—Fuerza es hacernos necesarios, siendo buenos y muy útiles).

Diciembre 1894.

Mi querido Maxito :

No tengo necesidad de decirte nada, ni una palabra por separado, pues *tu tienes que ser compañero inseparable para todo y en todo de Pancho.*

¿Para qué palabras? Los hombres que no hemos nacido para escribir novelas debemos ejecutar hechos para ayudar a la Historia. Y no hay hombre que respire en el globo que no tenga la suya propia. Hasta el infeliz labriego.

Cuídate, cuida y aprende a cuidar. Así como debes prodigarte para el bien sin esperar recompensa huye como caballo desbocado del mal y verás que sueño más tranquilo dormirás por la noche.

Ama mucho a tu mamá y a todos los que te rodean. Solamente haciendo mucho bien es que el hombre logra atraer al pie de su lecho y al lado de su ataúd mucha gente. ¿Quién es ese hombre que van a enterrar? ¡Triste pregunta es esa! Nadie lo conoce, pocos lo han querido.

Fuerza es hacernos necesarios. ¿Cómo? Es muy sencillo: Siendo buenos y muy útiles.

Adiós.

Tu papá

M. GÓMEZ.

Francisco Gómez Toro. En el surco del Generalísimo, por Gerardo Castellanos G., La Habana, 1932, p. 268.

Carta a Enrique Trujillo.

1895.

(La anarquía y la discordia no deben hacer inútiles los esfuerzos y sacrificios de los que luchan y mueren en la revolución).

Montecristi, marzo 25, 1895.

Sr. Enrique Trujillo.

Estimado amigo:

Muéveme a dirigirle estas líneas cuanto he leído con tanto placer en la prensa cubana del destierro, que revela el espíritu de concordia que impera y nos conforta y ayuda en las emigraciones, en estos instantes supremos en que sin duda ha de quedar definida la actitud de la lucha armada en la Isla y la actitud patriótica y pujante de los patriotas de fuera.

Habrà allá en Cuba hombres resueltos y decididos, hombres dispuestos a abnegarse enteros al sacrificio que la Patria exige para su redención. Pero será un gran consuelo para los que allí podemos caer, que la anarquía o la discordia en los que quedan no hará nunca estériles nuestros esfuerzos y sacrificios personales. Morir no es nada; pero morir, caer ensangrentado sobre el polvo por el bien y la dicha de los más, y que esta dicha y este bien jamás sea alcanzado porque el desamor nos quite las fuerzas y nos haga perder la fe y la esperanza, eso es amargo y doloroso.

.

...No descansen usted y trabaje multiplicándose y haciendo que los demás se multipliquen. Ayude a sostener la trabazón patriótica que tenemos fuera, mientras tanto otros marchamos a ajustar bien la de dentro, haciéndola viva y fuerte con las armas, y de este modo esté usted seguro de la victoria.

La guerra implica enormes gastos, ella se traga gran número de hombres y consume caudales fabulosos; pero en una guerra como la de Cuba, si es bien atendida y dirigida, así dentro como

desde fuera, por cada hombre que caiga su baja será cubierta por diez, y por cada peso que se gaste nos entrarán mil.

En la situación que España se encuentra hoy, no provendrán nuestros fracasos y nuestra debilidad de fuerzas y sagacidad del enemigo, sino de nuestros descuidos, torpezas y desacuerdos.

Si la fortuna, como lo espero, protege la marcha de nuestra nave, desde allá, desde los campos de su hermosa Cuba, recibirá *El Porvenir* noticias gratas para el corazón de los buenos patriotas.

Adiós, pues; que la fe y la esperanza mantengan bien puesto el corazón, y vigoroso y recio el brazo para dar muy duro a España.

Su affmo. amigo,

M. GÓMEZ.

El Porvenir, Nueva York, abril 22, 1895.



Carta de despedida a sus hijos al marchar para la última Guerra de Independencia.

1895.

(El hombre.—El padre.—Su sencillez, bondad y ternura).

Cabo Haitiano, 8 de abril de 1895.

Mis amados Urbanito, Bernardito, Andresito e Itica.

Como el sueño es la cosa más buena y dulce que se saborea en la vida, después que se ha trabajado mucho y se ha hecho todo el bien que se pueda, pero en los niños es lo más encantador; y yo me recuerdo de mis sueños de niño; y por eso lo respeto como la cosa más sagrada del mundo, pues me parece que se comete un crimen despertando a un ángel de su sueño que es divino. En la madrugada del día primero de abril de 1895, yo me despedí de ustedes sin ustedes saberlo. Yo los besé dormidos y pedí a Dios, que es el gran padre de todo lo que vemos y sentimos, que me guarde y cuide a todos ustedes para cuando yo vuelva que pasemos días muy llenos de contento.

Yo espero que ustedes cuidarán con mucha dulzura y cariño de su mamá, de Clemencia, de sus tías y de Itica. Espero, que en esa casa santa para todos, no se oiga nunca un mal modo, ni una mala palabra, que se respeten unos a otros, y que siendo su mamá, Clemencia y Margarita las reinas de nuestra casa, el brillo de nuestros nombres y donde debe ir a parar todo nuestro amor, es necesario, pues, que a ellas debamos rendirlas mucho respeto y consideración.

Yo quiero que ustedes se aprendan esta carta de memoria y que cada uno saque una copia, pues así sé que no me han de olvidar.

Espero también que trabajen mucho y voy a ver todo lo que cuando yo vuelva encuentro hecho en ese patio. Muchas cosas bonitas, mucho sembrado, que al mismo tiempo que sea bello, sea útil. Es preciso que hagan ahorros para que lo más pronto que puedan, poner una pluma de agua, pues sin agua no hacemos nada.

Cuando se tenga el agua, de ese patio se puede hacer un conuco y ahí en Monte-Cristy una familia honrada y trabajadora, con un buen patio y que sepa sacar provecho de él, vive tan desahogada y con menos fatiga que Doña Emilia que tiene que atender como los hombres negocios de fuera.

Muy bien pueden ustedes hacerse grandes agricultores en ese patio y hasta pueden tomar más terreno.

Les he dejado libros (y ustedes saben leer), que les enseñan cómo se cultiva todo y cómo se hacen las cosas de la tierra, de modo que no tienen necesidad de importunar a nadie con preguntas ni consultas.

La distribución del trabajo es lo esencial para que nos dé el resultado que nos proponemos, y eso es lo que ustedes deben hacer; les voy a indicar de qué manera tan fácil y sencilla se puede hacer eso.

Nombran su comisión científica, que la debe componer su Mamá, como Presidente y después Clemencia y Margarita como Miembros. Ellas se ocupan con los libros de ver cómo se siembra, por ejemplo, el tomate, cómo se cosecha la lechuga, y el buen tiempo para los frijoles. Todo eso lo preparan ellas mientras ustedes laboran la tierra que es el trabajo recio y duro, que da fuerza y vigor y buena salud a los hombres.

Ya después de practicar un poco apenas se necesitan los libros sino para consultarlos algunas veces.

¡Ay! qué ganas tengo de volver para ver todas las novedades que me van a presentar. Yo recuerdo que una vez que mi Papá hizo un viaje estando yo muy niño, y me dijo lo mismo, yo me volví un loco trabajando, y de contento que se puso cuando volvió y vió todo el empeño que yo hice para quedar bien, me hizo un gran regalo de un caballito.

Voy a darles un recado para Pancho y Maxito. Les dicen que es necesario que se propongan hacer venir un gran velocípedo para ellos, aunque les cueste un buen poco de dinero, pero que si se ofrece pueda ir en él a Dajabón y Guayubín, pues no veo la razón por que un hombre de ese país no haga lo mismo que uno de Norte América, que anda 15 y 20 leguas y más, en un día, en sus velocípedos. Mientras más y más rápido se mueve un hombre será más hombre.

Adiós mis hijos. Guárdenme en su memoria y en sus corazones, que yo los llevo viviendo en mi alma.

Besen a su Mamá, a Clemencia y a todos, de su Papá que los ama.

M. GÓMEZ.

General Máximo Gómez y Báez. Revoluciones... Cuba y Hogar, Recopilación del Dr. Bernardo Gómez Toro, La Habana, 1927, p. 297.



PATRIMONIO
DOCUMENTAL

OFICINA DEL HISTORIADOR
DE LA HABANA

Circular.

1895.

(Las dolorosas pero justas necesidades de la guerra emancipadora.—Quien respete la revolución, será respetado por ella.—Será inquebrantable en imponer en el ejército y a la población pacífica, el orden y la moralidad).

Cuartel General en Campaña, abril 26 de 1895.

A los hacendados y dueños de fincas rurales de la jurisdicción de Cuba.

Duele tener que hacer la guerra para conquistar la Independencia y la honra de la noble Nación cubana, y hacerla, poniendo en vigor sus leyes penosas, pero necesarias.

Al hacer la guerra para extirpar la tiranía, en el propio país, y lograr con los sacrificios pasajeros de hoy, la paz feliz y durable de mañana, sobre el país han de pesar naturalmente las necesidades inevitables y justas, de la contienda empeñada, para dar al fin seguridad y orden. Los cubanos que dan la vida por la felicidad de sus compatriotas, tienen derecho a que el país porque se sacrifican atienda a las exacciones naturales de la guerra con que lo redimen.

Como General en Jefe del Ejército Libertador, cumpliré con imparcialidad y energía todos los deberes que la guerra me impone, y exigiré estrictamente para esta guerra justa, los derechos de mantenimiento y respeto que reconocen los pueblos civilizados.

Todo el que respete la Revolución será respetado por ella. Todo lo que sirva a los enemigos de la Revolución será destruido por ella. La guerra demandará con moderación los servicios indispensables para su mantenimiento, y usará sin vacilar de los servicios legítimos que con imprudencia, ingratitud e injusticia se le nieguen.

Las propiedades extranjeras, serán siempre respetadas, en observancia estricta de las leyes de la guerra culta, a menos que no

pierdan de su propia voluntad el derecho que las protege, amparando o sirviendo al enemigo. La guerra tiene derecho a mantenerse del país en cuyo bien se hace, y de él se mantendrá, pero condenando la violencia innecesaria y la devastación inútil.

Inquebrantables serán en el Ejército de mi mando la moralidad y el orden; y con la misma decisión exigiré de él estos deberes, como de los habitantes pacíficos de la Isla la satisfacción debida a las exigencias de la guerra.

Invito, pues, a los señores hacendados y dueños de fincas rurales de la jurisdicción a que, con prudente atención a las justas necesidades de esta guerra honrada y útil, contribuyan a mantener la guerra libre de violencia y destrucción de que serían únicos responsables los que la hubiesen provocado con su punible hostilidad o su culpable indiferencia.

Doy a los jefes de operaciones órdenes terminantes de acuerdo con estas declaraciones.

El General en Jefe,

MÁXIMO GÓMEZ.

Efemérides de la Revolución Cubana, por Enrique Ubieta, La Habana, 1920, t. III, p. 290.



Carta a Federico Henríquez y Carvajal.

1895.

(El ideal cubano, ideal antillano.—Deber de la República Dominicana de cooperar, por su propio bien, y por el bien de los cubanos, a la libertad e independencia de Cuba.—No aceptó, en la revolución, la Presidencia, por considerarse incompetente y estimar que esa altísima representación debe recaer sobre un cubano).

Señor Federico Henríquez y Carvajal.

Camagüey, Cuba, Stbre. 20-95.

Estimado amigo: Siento la necesidad de dirigirle dos líneas; pues el tiempo de que puedo disponer, siempre ocupadísimo, no me permite escribir una larga y detallada correspondencia, como es mi deseo.

Conoce Ud. mis anhelos, mis aspiraciones, y mis miras desinteresadas al tomar parte en esta contienda, emprendida por este Pueblo ansioso de derechos y libertades.

Sabe Ud. que enamorado del ideal cubano, que lo es Antillano, me he entregado todo entero a amarlo y defenderlo, sacrificando todo cuanto los hombres bien nacidos, podemos disfrutar de dulce y consolador; la familia y el hogar.

Sin embargo de todo eso, mi amor a Cuba no ha causado merma en el amor a mi Patria y pienso mucho, en el lado bueno que de esta cruenta lucha, se le presenta a la República Dominicana.

Bien se comprende, que respetándose Santo Domingo en sus tratados con España, no puede cometer la falta de deslealtad, protegiendo nuestros propósitos; pero, como las leyes estrictas de neutralidad, bien entendida, no están contrapuestas con las leyes y deberes humanos, creo que Santo Domingo puede y debe, hasta para su propio provecho abrir sus puertas y sus brazos, a tanto elemento emigrante, de este País, que no puede permanecer en este suelo ensangrentado.

La República Dominicana puede y debe no permitir, que se dispersen por el Mundo tantos elementos preciosos, que mañana le puede devolver a su hermana, la futura República Cubana, sanos y conservados, con el hábito del trabajo, y la práctica de los principios republicanos, si, como es de suponer, la paz mantiene en esa Tierra el espíritu nacional en reposo, para el desarrollo del progreso en todas sus manifestaciones.

Para todo eso, debe Ud. aconsejar a los hombres de la Situación—sus amigos—que vale la pena que el Gobierno haga algunos sacrificios, que al fin no lo serán, para la protección de la emigración cubana. A poco que estudiamos el Mapa, vemos que Santo Domingo, es el llamado a ejercer, sin disputa, y sin compromisos, la obra grandiosa de ayudar a salvar a Cuba para Las Antillas.

En cuanto a la campaña, ella se sostiene favorable a las armas republicanas, lo que Uds. pueden deducir de todo lo que publica la prensa enemiga, con cínica falsedad, si se cuidan de juzgar a la inversa los relatos de hechos de Armas.

Y en cuanto a mí, me encuentro querido y respetado de los cubanos en mi puesto de General en Jefe rodeado de una juventud, decente, ilustrada y entusiasta, de todas las Comarcas de la Isla.

Acabamos de constituir Gobierno, lo único y principal que nos faltaba para ser verdaderamente fuertes, y ya podemos decir que está asegurada la Revolución y solamente lo que nos queda que hacer es luchar hasta triunfar.

Sin que parezca jactancia de parte mía, no soy hombre de esas cosas; pero debo decirlo para satisfacción de mis compatriotas, que la Constituyente ha querido darme la Presidencia, pero yo he rechazado la proposición, primero, porque me considero incompetente para tan alto destino, y segundo, porque considero que esa altísima Representación debe recaer sobre un cubano.

Como yo soy el blanco principal del odio español, y sobre mi personalidad se asestan tantos ataques, le envió copia de una *Circular* que he dado, y que se cumple al pie de la letra y en la cual he respondido a la diatriba española. Ojalá la publique Ud.

Saludo en Ud. a mis amigos todos, y créame su affmo, amigo.

M. GÓMEZ.

Carta a su hijo Máximo.

1895.

(El hombre.—El padre.—La única y mejor de todas las religiones es la del deber.—Hay que huir, como caballo desbocado, de la falsedad y de la mentira, y no temer jamás el andar por los laberintos que parezcan más oscuros, si se puede llevar por luz que alumbré el camino, la justicia y la verdad).

Camagüey, septiembre 1895.

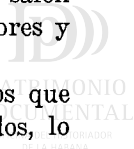
Mi querido hijo Máximo:

Como es muy posible que Pancho venga a ponerse al lado mío, en esta vida tan rodeada de peligros, desde ese instante, no solamente considero lo intenso que será tu pesar al separarse tu compañero sino que también sabrás comprender el peso de las grandes responsabilidades y obligaciones que gravitarán sobre tus hombros.

Yo nada tengo que decirte a este respecto, pues desde muy niños les he enseñado a todos que la única y mejor de todas las religiones es la del deber, y que cuando los hombres saben llenar y cumplir sus exigencias, no solamente ganamos méritos indisputables, en la opinión pública, sino que también nuestra propia conciencia, juez inexorable, nos llena de alegrías el alma aun en medio de las mayores adversidades de la vida.

El respeto y estimación públicas a que tengas derecho por tus propios méritos y por tu conducta intachable, en grado igual irá para nuestro hogar estimación y respeto. El hombre que no labora desde el umbral de su casa hasta la plaza pública y el salón a donde galantea a la dama, que se retire de entre los hombres y vaya a pedir un sitio entre las bestias.

Estudia en el gran libro social, siempre abierto para los que quieren leerlo, y trata de imitar a los hombres bien portados, lo



mismo en las acciones que en el vestir; a los correctos de pensamientos, a los limpios de corazón y de las manos, a los puros. Huye como caballo desbocado de la falsedad y de la mentira y jamás tengas temor de andar por los laberintos que parecerían más obscuros, si puedes llevar por luz que te alumbre el camino la Justicia y la Verdad.

Ser buen hijo y buen hermano es ser hombre bueno y honrado, títulos de tan inapreciable valor que parece mentira el poco costo que cuesta conseguirlo; sin embargo, tu conoces a muchos que lo desdeñan.

Nunca seas de esos, y entonces cuenta con mi amor y mi respeto. Mi último pensamiento, si caigo, será para tí; al que dejo mi nombre entero y las obligaciones todas.

Te besa tu papá

M. GÓMEZ.

Francisco Gómez Toro. En el surco del Generalísimo, por Gerardo Castellanos G., La Habana, 1932, p. 298.



Carta a Tomás Estrada Palma.

1895.

(Sin organización previa ninguna empresa humana puede lograr que el éxito la favorezca.—Necesidad de impedir la zafra.—La revolución es irresponsable y la historia sólo podría hacerle el cargo de no haber sabido triunfar por sus debilidades y menguadas transigencias.—El orden y la moralidad, lemas de la revolución.—Su juicio del plan de campaña del general Martínez Campos.—El triunfo lo confía al esfuerzo propio de los cubanos, no a la ayuda extraña, ni a la declaración de beligerancia por los E. U.—Predice que la beligerancia sólo será reconocida cuando a los norteamericanos convenga).

Ctel. Gral. del Ejército Libertador.

Sancti Spíritus, Novbre. 8-1895.

Sor. Tomás Estrada Palma.

New York.

Mi respetable y buen amigo: Desde comarcas más occidentales, me es grato dirigirle estas líneas, informándole del verdadero estado de la guerra en toda la Isla, que poco a poco va respondiendo al reclamo del derecho y la razón.

Como Ud. habrá notado desde allá, mi marcha ha sido lenta, y así habría de ser para que fuese segura, pues no siempre es la rapidez alocada garantía de triunfo. Sin organización previa, ninguna empresa humana puede obligar al éxito que la favorezca.

Desarrollado mi plan, tal cual lo tengo concebido no bastarán a España 60.000 hombres para fatigar siquiera a la Revolución. Y en el estado de debilidad y falta de fe en sus armas que aqueja a esa nación, ya puede Ud. imaginarse si le será posible enviar en conjunto ese cuerpo de Ejército, que enviado por fracciones no

servirá sino para cubrir las bajas diarias, cuya cifra es bastante seria.

El Gral. Campos, tal vez por ilusiones y fortalecer su fe perdida, se permite cimentar sus esperanzas de triunfo, no en la justicia de su causa, ni en el esforzado empeño de sus armas; sino en lo que él llama la mala organización nuestra que por su mal no alcanza a comprender y en nuestras rencillas y desunión. Nunca, empero, como esta vez, ha existido más concordia y unidad de miras en el pueblo cubano alzado.

Por acá se habla demasiado de reconocimiento de beligerancia, pero nosotros—sin preocuparnos poco ni mucho de sucesos que han de venir—todo lo fiamos al esfuerzo de nuestro brazo e inquebrantable resolución.

Como Ud. verá por la copia de la circular que le adjunto, he resuelto impedir la zafra, aunque nos privemos de la adquisición de algunos caudales. Pérdida aceptable, puesto que nuestros enemigos habrían de recabar mayor cantidad, y lo que es peor: aparecería ostensiblemente débil la Revolución, quien parecería no poder destruir las fuentes de recursos y manifestaciones de poder de sus enemigos.

Además de que tan dura medida está justificada por las necesidades de nuestra guerra, ante la avaricia de España que no ceja en sus propósitos de usurpación eterna, me sugestionan la valiosa aprobación de algunas de las víctimas de esa destrucción forzosa. ¡Hasta tanto llega la abnegación de corazones magnánimos que...

Tanta grandeza patriótica me recuerda la destrucción de la "Numancia" cubana, Bayamo,—cuando sus valientes habitantes la entregaron con sus propias manos al sacrificio de las llamas.

Sobre sus cenizas fué que pudo sentar su planta el feroz Balmaseda, con su ejército de asesinos y bandidos. ¡Cuánta sangre y afrenta tenemos que vengar! Y en la presente campaña llegaremos a todos los sacrificios, emplearemos todos los procedimientos a que nos impela la tenacidad y obcecación de nuestros enemigos. La Revolución es irresponsable, y la historia sólo podría hacerle el cargo, de no haber sabido triunfar por sus debilidades y menguadas transigencias.

Es muy difícil que el Gl. Campos entienda la guerra de hoy. Y no me atrevería a expresar esta opinión con la franqueza y hon-



radez de todos mis actos (tratándose de un Jefe español que siempre me ha merecido consideración y respeto como militar pundonoroso y hombre culto) si él mismo en *entreviú* celebradas con el Dtor. de *El Imparcial* de Madrid y *Repórters* del *The Times* y *The World* de New York, no hubiese usado ostentación y jactancia militar juzgándonos débiles, cobardes, y hasta ineptos para poderlos organizar.

Yo pudiera hacer una pregunta al Gl. Campos quien de seguro se vería en grande aprieto para contestarla con exactitud. ¿Cómo se explica que habiendo llegado a la vez que él a la Isla de Cuba, los Gles. Maceo, Martí y yo, en ocasión en que apenas se contaban sobre las armas las fuerzas diezmadas de los Grales. Pedro Pérez en Guantánamo, en Cuba las de Guillermo Moncada huérfanas por muerte de su Jefe envenenado; en Holgn. las del Coronel Miró compuestas de este osado y tenaz Jefe y puñado de jóvenes holguineros, y las del Gl. Bartolo Masó en Manzanillo: ¿Cómo se explica repito, que no pudo sofocar en su cuna una Revolución naciente, que a pesar de sus talentos militares, de sus grandes recursos, de sus facultades omnímodas y de su influencia en el País, se ha extendido como un gran incendio en toda la Isla? Y si el Gral. Campos no pudo conjurar en aquellos días una situación menos comprometida, menos erizada de peligros y complicaciones. ¿Cómo pretende salvarla en estos momentos, teniendo enfrente un Ejército de más de 50.000 combatientes suficientemente organizados para sostener una campaña sin término? ¿Por qué no sofocó en su cuna el alzamiento cuando aún éramos débiles y él fuerte, que todavía no le había recortado el Gral Antº Maceo con la derrota que le infringió en *Valenzuela* su talla y prestigio de guerrero y los Grales. Roloff y Sánchez y Rodríguez., no habían burlado con el desembarco y transporte de su expedición en pleno día y en carretas, su prestigio de experto y avisado militar? Y ofuscado pretende y ofrece matar ahora o hacer rendir a 50.000 hombres, no pudiendo al principio hacer prisioneros a 20.

Paréceme cuerdo que el Sr. Cánovas del Castillo se fije un poco en esto.

Soy hombre poco instruído; pero jamás he negado la lógica incontrovertible de los hechos, y puede ser—amigo Estrada—que ena-

morado de la justa causa de este gran pueblo sufra optimismo; pero me parece que sin apurarnos llegaremos muy pronto al término que nos hemos propuesto.

Dejemos al Gral. Campos que se agite y mueva incesantemente sin motivos justificados, sin resultados apreciables y siempre por el litoral en vapores. Dos marchas ha hecho por el interior: la una tristemente célebre a Bayamo y ahora de *Ciego de Avila* a Sancti Spíritus. Marchas que han tenido por objeto según él mismo lo expresa “enseñar a sus generales a marchar con pequeñas columnas (¿...?) dos mil hombres.

No sé hasta qué grado de ofensa habrán podido sentir sus subalternos con semejantes apreciaciones. Pero sí se que entre militares pundonorosos y valientes como los que acompañan al Gl. en esta campaña sin gloria y sin pan, esa jactancia traída como ejemplo viviente reviste carácter excepcionalmente grave.

Cuando el Gral. Campos decía eso al repórter olvidaba que el bravo Santoscildes murió en primera línea en el combate de *Valenzuela*, y lo que es más significativo aun; que hasta el día anterior había marchado sólo con su columna más reducida en número.

Según mi leal saber y entender de las cosas actuales en Cuba, sobre dos de ellas, únicamente ha dicho la verdad el Gral. Campos. Primera “que será reconocida la beligerancia por los Americanos, cuando a aquella nación le convenga”, sin negar—por supuesto—que nuestra actitud nos dá derecho a ella. Por sabido se lo calla. Segunda y más importante y trascendental: “que dado caso que los Americanos reconozcan a Cuba su derecho de beligerancia, no sostendrá España una guerra tan deslucida, como la que actualmente sostiene con los cubanos, pues complicado el negocio, España se pondría en pie de guerra no sólo contra los Yankes, si que tal vez contra toda la América libre”.

En eso no nos metemos. Los sucesos seguirán su natural desenvolvimiento, y cada cual sabrá mirar y entender en sus negocios y nosotros en el nuestro.

El orden y la moralidad es nuestro lema, y en el estado actual de la contienda, podemos decir: que aunque España envíe miles de sus hijos a este *moridero* de infelices españoles, ya hemos estatuí-

do las bases de la República Cubana, y la República será, no obstante caigamos unos cuantos en la tumba.

Como siempre y créame su leal compañero y amigo.

M. GÓMEZ.

.

Boletín del Archivo Nacional, La Habana, 1923, t. XXII, p. 217.



Arenga al Ejército Invasor.

1895.

(Cómo debe hacerse la guerra y quiénes pueden llevarla adelante.—El guerrero, el gran guerrero revolucionario, el Libertador, con plena conciencia de su dura, pero necesaria y justa misión emancipadora, resplandece en estas vibrantes y elocuentes palabras).

Soldados: La guerra empieza ahora. La guerra dura y despiadada. Los pusilánimes tendrán que renunciar a ella: sólo los fuertes y los intrépidos podrán soportarla.

En esas filas que veo tan nutridas, la muerte abrirá grandes claros. No os esperan recompensas, sino sufrimientos y trabajos. El enemigo es fuerte y tenaz. El día que no haya combate, será un día perdido o mal empleado. El triunfo sólo podrá obtenerse con el derramamiento de mucha sangre. ¡Soldados! no os espante la destrucción del país; no os espante la muerte en el campo de batalla. Espantaos, sí, ante la idea horrible del porvenir de Cuba si por nuestra debilidad España llegara a vencer en esta contienda. Los manes de tantas víctimas inmoladas por la tiranía os exhortan a que luchéis con decisión y vigor, para que la rapidez del triunfo no dé ocasión a levantar nuevos cadalzos... Poco se ha hecho hasta ahora; poco hemos andado; no estamos aún en *Las Villas*, donde os esperan grandes peleas.

Esta guerra no registra más que dos acontecimientos notables. La acción de Peralejo y la expedición de Roloff. España ha mandado para combatirnos al más entendido de sus Generales. ¿Y bien?, con eso demuestra nuestra pujanza, porque empieza por donde acabó la otra vez. Yo le auguro a Martínez Campos un fracaso cabal que ya empezó para él en la sabana de Peralejo, pronóstico que habrá de cumplirse al llegar los invasores a las puertas de la

Habana, con la bandera victoria, entre el humo rojizo del incendio y el estrépito de la fusilería. ¡Soldados! llegaremos hasta los últimos confines de Occidente; hasta donde haya tierra española: ¡allí se dará el Ayacucho Cubano!

[Noviembre 30, 1895]

Cuba. Crónicas de la guerra (La Campaña de la Invasión), por José Miró, La Habana, 1909, t. I, p. 92.



Carta a Tomás Estrada Palma.

1895.

(Necesidad de impedir la zafra, para que las fuentes de donde el enemigo aun sueña con sacar recursos, se estanquen o se sequen.—En las revoluciones lo que se necesita es triunfar, utilizando los medios, aunque parezcan duros, más eficaces y resueltos; lo desgraciado, lo deshonoroso, es no triunfar; y lo cruel y torpe, dilatar el triunfo).

Remedios, Cuba, 8 Dbre. 1895.

Señor Tomás E. Palma.

Mi querido y buen am^o

No ha mucho le escribí, siempre lo hago, y ahora allá van dos líneas más, precipitadas (para probar esta nueva vía) pues tengo en estos momentos encima de mí, este Mundo y otro, de trabajo.

Hace 8 días que yo y el Gral. Maceo nos batimos con enemigo fuerte de las tres armas, pero con ventajas para las armas de la República. Avanzamos lentamente pero con pie firme y seguro. Los españoles están faltos de todo, de soldados, de dinero de simpatías, de Jefes de valor y de fe. Si el valor y la resolución cubanas no faltan en esta hermosa tierra, si esas virtudes o cualidades revolucionarias no flaquean en el corazón de sus hijos, de sus hombres, en la campaña ya abierta de seis meses, pienso yo que todo quedará resuelto. Que no se haga zafra por ningún dinero (sigan mi consejo, sigan el dictamen del amigo más leal que Cuba puede tener) que las fuentes de donde el enemigo aun sueña con sacar recursos, se estanquen o se sequen. No hay que tener miedo a las quejas del Mundo superficial y tonto. Los cubanos no buscamos, no queremos tener primero, más que honor, Patria y Libertad. Todo lo demás llega obligado y grande después de todo aquello. Lo

que se necesita es triunfar, y los medios más eficaces y más resueltos, aunque parezcan duros, para llegar hasta allí, siempre serán los mejores, los más decorosos y aplaudidos. Lo malo, lo desgraciado, lo deshonroso es no triunfar, y lo malo, lo cruel y lo torpe, es dilatar el triunfo. Eso es no amar al País. Siempre he pensado que no se debe ser sanguinario, pero sí Revolucionario radical. Ayer nos separamos del Gobierno, no quise siguiere nuestro rastro y es mejor que nos empuje desde lejos. Regresa pues para Oriente. Le recomiendo mucho la adjunta para Manana, y vengan cañones y dinamita y la Patria será libre muy pronto.

Su humilde amigo,

M. GÓMEZ.

Boletín del Archivo Nacional, La Habana, 1923, t. XXII, p. 222.



Arenga a los Españoles hechos prisioneros en el asalto y toma de Güira de Melena.

1896.

(Crueldad del Ejército español.—Generosidad y nobleza del Ejército Libertador).

¡Españoles! Si se invirtieran los papeles y ustedes fueran los vencedores, ni uno solo de nosotros quedaría con vida para contar el suceso; pero somos nosotros los cubanos los que triunfamos y ni Antonio Maceo ni yo sabemos matar prisioneros de guerra. Ambos respetamos como se debe al enemigo vencido y éste es siempre más digno de consideración, cuando como ustedes, es valiente. ¡Así pues, españoles! quedan ustedes en completa libertad a pesar de haber hecho derramar sangre nuestra, por una mala entendida defensa de sus intereses. Adviértanle a sus compañeros los comerciantes españoles, que el Gran Ejército Libertador Cubano, respetará en sus personas e intereses a los que acaten y respeten Nuestra Revolución, pero a los que le hagan frente, los arrollará con sus briosos corceles y les cruzará por encima.

Enero 4, 1896.

Mi Diario de la Guerra... por Bernabé Boza, 2ª Ed., La Habana, 1924, t. I, p. 128.



PATRIMONIO
DOCUMENTAL

OFICINA DEL HISTORIADOR
DE LA HABANA

Carta a Tomás Estrada Palma.

1896.

(La sanguinaria crueldad de Weyler no lleva al Ejército Libertador a tomar represalias, porque la revolución jamás tendrá necesidad, para triunfar, de ser cruel y sanguinaria.—El reconocimiento de beligerancia por el Gobierno norteamericano, es conveniente, pero él y sus hombres sólo cuentan con la fuerza de sus brazos y la resolución inquebrantable de triunfar).

Sagua 19 marzo /96.

Señor T. Estrada Palma.

Estimado amigo:

No hace muchos días he escrito a U. pero como no quiero despreciar ocasión de hacerlo, siempre qe. puedo, allá le van estas líneas a vuela pluma. Sigue la guerra más recia y dura por el carácter feroz que le ha impreso el cruel Weyler.

Nuestros heridos son perseguidos y asesinados cruelmente el que tiene la desgracia de caer en poder de las tropas españolas. La gente pacífica de los campos sólo cuenta con la muerte y la deshonra. Cuba ahora como en el 68, sólo presenta charcas de sangre calcinadas por el incendio. Ya nuestros enemigos incendian las casas; para privarnos de cuarteles, según ellos, en la primavera qe. nos espera. Nosotros, jamás tomaremos la represalia, porque entendemos que la Revolución, jamás tendrá necesidad, para triunfar, ser cruel y sanguinaria. Seguimos la guerra (y no tenga Ud. cuidados) con éxitos para las de la República. Nos batimos cuando nos conviene con un enemigo cansado y falto de fe. Mi plan, ya es bien comprendido por mis subalternos, y cada uno sabe bien, de lo que debe ocuparse y lo que le corresponde hacer. Como le he

dicho antes, si logramos que U. nos ayude a poner más municiones, en las cartucheras de nuestros soldados, es seguro que en esta campaña de primavera, el Ejército enemigo quedará muy reducido y será necesario el envío de otro Ejército de reemplazos, y no sé si será aventurado decir, que tal vez España no cuente con dinero para tanto. Contamos con una gran ventaja militar, la ineptitud de la generalidad de los Generales, con que cuenta Weyler, y de ahí la falsedad de sus partes oficiales, de supuestas victorias. Con el cinismo que se engañan asimismo, a su Gobierno y pretenden hacerlo con el Mundo, cuenta la Revolución para su más pronto triunfo. Ninguna obra humana que tiene por base la falsedad y la infamia, puede firme y duradera cimentarse. Todo cuanto España, "ordena y manda" para esta tierra que tanto ha empapado con la sangre de sus propios hijos, solo le sirve para la ruina de su poder. Nunca un hombre tan escogido, como el Gral. Weyler, para representar, en estos tiempos, y en la América, a la España de Felipe 5º

Mucho se habla y se escribe de reconocimiento de Beligerancia por el Gobierno Americano, y mucho nos convendría ese suceso, pero como nosotros al lanzarnos, solo contamos con la fuerza de nuestro brazo y la resolución inquebrantable de triunfar, impávidos seguimos nuestra marcha seguros, que lo qe. debe suceder sucederá.

Me impacienta no saber de Calixto y de mi hijo Pancho.

Diga a mi Manana que estoy bien.

Saludos a mis amigos y lo quiere y respeta su amigo,

M. GÓMEZ.

Boletín del Archivo Nacional, La Habana, 1924, t. XXIII, p. 308.



Mis recuerdos.

1896.

(El mal de España en Cuba.—Los héroes y mártires de la libertad.—José Martí.—Calixto García.—José Maceo).

Todo se ama en la vida: desde el recuerdo encantador de nuestros sueños puros de virgen, cuando niños, hasta el rincón del calabozo obscuro, en donde, presos, por la ingratitud de los hombres hemos derramado una lágrima. La diferencia está en que unos recuerdos entristecen y otros nos dan placer, como si el espíritu en toda su plenitud empezara a vivir vida nueva en nosotros.

He pensado así al trotar de mi caballo, por las riberas de este Cauto, tantas y tantas veces vadeado por mí, y en cuyas márgenes me detengo a escribir estas líneas.

Si es verdad que en la Isla de Cuba no existe un lugar, ni aún en lo más intrincado de sus selvas, que no guarde un recuerdo sagrado de su lucha, larga y cruenta, por la Independencia, cierto es también que ninguno como el caudaloso Cauto puede ofrecer al historiador, entusiasta o frío, mayor caudal, como el de sus aguas, de episodios interesantes. Pudiera decirse: la historia del Cauto, dentro de la historia de Cuba. Como que la murmuran incesantes sus aguas y la enseñan las devastaciones que la mano terrible de la guerra ha causado en sus orillas. Por doquiera, ¡ruina y soledad!

¡Ah! ¡España! ¡Cuánto mal has hecho y cuánto mal has obligado a hacer! ¡Y aún no te condueles?

Se conturba el espíritu al contemplar el crimen de pretender el dominio, de ejercer ese derecho, caducado ya, sacrificando a sus propios hijos. Desde el cándido siboney y hasta nuestros días, muchas lágrimas y mucha sangre han ido a aumentar las aguas del impetuoso Cauto. ¡Cómo se derramó sangre cubana, disputando un día al fiero Balmaseda el paso de este río por los generales Mosto Díaz y Donato Mármol, de veneranda memoria! La metralla

barrió incautos batallones, desarmados o mal armados, que con ciego entusiasmo pretendieron detener a ese tigre que sembró el espanto y el odio.

Balmaseda pasó el Cauto, dejando detrás la carnicería y llevando por delante el terror. Pero nada de eso pudo aprovechar al déspota; ocupó el centro (Bayamo); extendió sus líneas por toda la comarca que soñó pacificar y castigar, por haber sido la cuna de aquel gran alzamiento: y el Cauto fué una de aquellas líneas que estimó preferente guardar. El célebre campamento de Vuelta Grande fué teatro de crueles escenas de muerte, de profanaciones que la pluma se siente impotente para describir.

Después... la muerte siempre, en la emboscada, detrás del barranco, en la selva descuajada, en el escombros de la casa derruída, en el fondo de sus corrientes... Y eso, siempre: de día, de noche, a todas horas, y durante ¡diez años!

El eco del último disparo de aquella lucha titánica se perdió en las montañas de Oriente. El libertador se sintió extenuado, depuso las armas; y Cuba, ensangrentada y abatida, tornó a la servidumbre, aún más inicua.

No pudo durar mucho tiempo esa paz indecorosa, que los pueblos jamás pueden perder la conciencia de sus derechos y de su honra; y el pueblo cubano de nuevo se alza, resuelto y bravo. Y vuelvo yo también, como soldado leal a su bandera, a ocupar un puesto en las filas de los batalladores por su libertad; y piso otra vez esta tierra de héroes y mártires, abrevando mi caballo en las aguas turbias del Cauto y evocando sagrados y queridos recuerdos.

Por aquí pasé, con el alma entristecida, dejando por detrás, marcado con la sangre de uno de mis compañeros, el lugar donde él cayó, como caen los hombres: que para eso se viene a la Guerra. Y fué ese hombre el inmaculado maestro; fué José Martí.

El ha muerto en una hora de ruda refriega y a los primeros disparos de esta guerra, como si al despertar de este pueblo, que él mismo sacudiera para que se desperezara y se irguiese, digno y altivo, quisiera darle con su muerte ejemplo de resolución y bravura... ¡Más grandeza no se puede esperar de un hombre!

En la plaza pública y en la tribuna fué inspirado, oportuno; estuvo siempre tan a la altura de su causa, que los suyos, sus her-

manos, le queríamos admirándole; y a nuestros enemigos les fué imposible odiarlo ni siquiera desdeñarlo.

Murió, pues, Martí a los primeros resplandores de este gran incendio que ilumina a la América toda. Y sin embargo de su muerte prematura, vivirá en la memoria de sus compañeros como si hubiera sido un héroe de cien batallas. Y es que a Martí, como obrero afortunado en la preparación de esta obra redentora de su tierra, el Destino le tenía preparado como premio tumba gloriosa en "Dos Ríos".

¡Qué mayor fortuna, ya que de morir se tiene, sino principiar la sagrada labor en la tribuna y concluir-la en el campo de batalla! ¡Mayor grandeza no se puede esperar de un hombre!

Duerme en paz, compatriota, amigo querido: que yo digo de tí lo que la historia ha dicho del héroe griego: "Bajo el cielo azul de tu patria no hay tumba más gloriosa que la tuya".

Y yo vengo, no como guerrero fatigado, de lejanas regiones, y sí como trabajador tenaz sobre el yunque allá también cayeron dos compañeros más de expedición (éramos seis, quedamos tres): el General Borrero y Guerra fueron arrebatados de mi lado por el plomo enemigo; y por aquí voy, atormentado con sus recuerdos, que avivan estas riberas en donde juntos y resueltos nos envolvió el humo del primer combate.

¡De cuántas emociones, con todos estos recuerdos, se siente vivamente impresionado el espíritu, a pesar de la permanente dureza de esta vida de combate!

Aquí también, a las orillas de este Cauto, acabo de abrazar, después de tantos años de separación, al immaculado General García.

A este hombre, varias veces escapado de las uñas de la muerte, hay que rendirle el respeto que se merecen los resucitados. Si me dejara apasionar por los lazos que nos unen, pudiera decir que el General Calixto ha tenido la osadía de amedrentar a la muerte con su desprecio. Ningún cubano ha pasado por lances más desesperados y fieros: pues además de otros instantes supremos de peligro, de los que nadie se explica como haya podido escapar, su último naufragio en el Hawkins basta para creer que por algo providencial este compañero del 68 se encuentra sano y salvo entre nosotros. A los que nos dispersó la paz, nos ha de congregar la guerra; ésto predije una vez a Manuel Sanguily.

Y aquí también en las márgenes de este Cauto, recibo la infausta noticia de la muerte del General José Maceo. ¡Se desplomó aquel gigante! La patria ha perdido a uno de sus mejores defensores, y yo a uno de mis amigos más leales.

El General José Maceo ha muerto ¿cómo aconteció su muerte? eso no hay que preguntarlo; encima del enemigo, en reñido combate. Una bala de tantas y tantas que habían respetado aquella vida, lo derribó en tierra.

Los españoles pueden decir, que lo digan, que han matado a un héroe. Sólo lo han hecho demasiado tarde, porque la escuela del general Maceo ha sido larga, como larga es también la cadena de discípulos a los que ha dejado su herencia de valor sin igual.

No hay un solo soldado de nuestro Ejército que habiéndose visto, una vez siquiera, al lado de José Maceo, en el combate, pueda ser flojo en la pelea. A su solo recuerdo, el espíritu de aquel hombre cuyos restos ya no son más que un poco de polvo en el fondo de solitaria tumba, vendrá a reforzar el ánimo de sus compañeros.

Siguen cayendo unos, y otros aún quedamos de pie. Seguimos luchando, y triunfaremos. Los pueblos no pueden conquistar a bajo precio el supremo bien de su libertad: ese don cuesta caro, muy caro. Por eso, al sentir la eterna ausencia de nuestros compañeros que se alejaron de nosotros para siempre, hay que recordar la frase de las heroicas mujeres de Esparta, que al marchar sus hijos al combate, les decían: “¡Con el escudo sobre el escudo!”

El General José Maceo ha muerto y al pasar por delante de la tumba de ese soldado intrépido, hay que descubrirse, en honor de ese héroe de cien batallas, de ese amigo querido que debió serlo de todos los que amen la Independencia de Cuba.

El General

M. GÓMEZ.

El Cubano Libre, República de Cuba; julio 20, 1896.



Odisea del Gral. José Maceo.

1896.

(José Maceo.—Por la historia y la naturaleza, Santo Domingo debe ser la primera aliada de la nación cubana.—Aunque Norteamérica, con su poderoso mercantilismo y sus aspiraciones absorbentes, trate de enamorar a Cuba, aprovechándose de sus conflictos, Cuba, ya libre, debe pagarle sus favores cortesmente, pero no echarse en sus brazos.—Cuba, y Puerto Rico, ya independientes, y Santo Domingo, tres naciones y una sola patria).

Altagracia Venero, julio 27 de 1896.

Sra. Bernarda Toro de Gómez.

Mi amada esposa:

Sin la seguridad que tengo de que todas tus miradas y todos tus pensamientos santos de mujer, y de mujer cubana se dirigen a tu Cuba: sin la convicción profunda de que a mí te une un mismo fin de honores y de gloria, como dos cabezas que juntas han sentido y pensado sobre la misma almohada tantas cosas de la Patria, no te enviaría estas líneas para desahogar un dolor buscando alivio a una gran pena.

Y es que creo—Dios me conserve esa ilusión—que cuando tú sabes que yo padezco y sufro, es mucho menos intenso el sufrimiento y me siento consolado en las horas tristes de la vida, plagadas de azares y duras privaciones. Me embarga la pérdida del General José Maceo, que murió el día 5 en combate fiero y rudo, como él sabía pelear contra los enemigos de su Patria. He perdido un amigo fiel y un General que deja un gran vacío en las filas del Ejército a mis órdenes. Ha muerto después de añadir nuevas y brillantes hazañas a sus hazañas antiguas que más de una vez me has oído referir y que han hecho interesantísima su historia mi-

litar. Jamás olvidaré la situación y el campo en que nos encontramos yo y mis cinco compañeros de expedición con aquel hombre patriota, denodado y sufrido, al pisar esta tierra de Cuba: aquello fué glorioso y sublime.

Como se deja consignado, al día siguiente de la entrada del General José Maceo al campamento cubano, se difundió la noticia de tan fausto acontecimiento, y la reacción producida hizo temblar a los españoles que en vano hicieron esfuerzos para contrarrestarlos.

La revolución se levantó entusiasta y poderosa, reaccionando los espíritus muertos o sin fe, afianzó sus raíces con la firme convicción en la mente popular de que España ha perdido ya su poder en Cuba.

No he querido yo contarte las peripecias y las desdichas que junto con mis compañeros también sufrimos desde aquella noche amarga y dolorosa en que el destino me arrancó de tus brazos y me lanzó a la mar en débil barco, hasta pisar esta tierra que he venido a ayudar a redimir. Todo eso lo sabrás algún día y sólo puedo añadir, para terminar esta carta que te envío con mi cariño, que después de varios días de marcha terribles por las mismas montañas de Baracoa, nos reunimos con el General José Maceo que ya al frente de 500 hombres marchaba en auxilio de nosotros, previo aviso. En un lugar poblado que se llama Arroyo Hondo, y a corta distancia oímos un fuego bastante nutrido y cuando ya próximos al lugar supimos que fuerzas al mando de Pedro Pérez se batían, tuve la agradable sorpresa de encontrarme a José Maceo triunfador y glorioso, pues acaba de derrotar a los españoles que a marcha forzada se refugiaban en la Ciudad de Guantánamo.

Ya te puedes imaginar cuál sería nuestro entusiasmo y alegría al abrazarnos todos sobre aquel campo de batalla conquistado por las armas cubanas, dirigidas en aquel combate por tan insigne campeón. Fueron aquellos momentos de gozo inmenso para todos y que a mí no me es dado explicarte en éstos de pena y congoja. Pocos días pude estar con él pues tenía que continuar y continué hasta allá a los confines de Occidente, donde he ido. La lucha ha sido terrible y grande como grandiosa es la causa que defendemos, y por allá durante aquella campaña recia y dura se han ido quedando la mitad de mis compañeros que tú también despediste con lágrimas y amor de hermana cariñosa:—el primero José Martí,

después Borrero y Guerra; ellos cayeron a mi lado como buenos: la tierra guarda sus restos y en nosotros su memoria será eterna.

Solamente aquí quedamos dos: yo y Marcos; de César no sé. Venía ahora a ver al General José Maceo y a abrazarlo y la muerte no nos dió tiempo, se antepuso a mis deseos y se lo arrebató a la Patria. En esta lucha donde lo natural, lo lógico es la muerte y no la vida, no es extraño que se muera; pero a mí a quien todos los cubanos respetan y aman, me conmueve la ausencia eterna de aquellos que más me han acompañado en los peligros y más me han demostrado su respeto y su cariño; y a este número pertenecía el General José Maceo.

Era preciso haber conocido bien a fondo el carácter de aquel hombre sin dobleces y de rústica franqueza para poder estimarle y estimar su cariño cuando lo demostraba. El General José Maceo era todo verdad y por eso para muchos aparecía amargo.

Descubrí en él la grande y noble gratitud del león que la historia cuenta, y entendía la grandeza de su valor admirable e intrépido cual ninguno, por su generosidad y su amor a las mujeres y a los niños. El español más cruel rendido al General en mitad de la refriega más sangrienta, podía contar con la vida.

El destierro, la prisión, la persecución, la guerra y el infortunio, en fin, le habían educado admirablemente, y de ahí que hubiese aprendido a conocer y a apreciar a los hombres no por el traje ni las palabras ni por las formas, sino por sus hechos y por el fondo; y por eso por la idea exagerada que se había formado del aseo moral de los demás hombres era que muchos engalanados por la fortuna o la astucia o la casualidad no podían caber con él, puertas adentro, en su trato y modo de ser.

La pureza en el manejo de intereses públicos era en él otra cualidad distinguida, y la probaba tomando dinero si creía que debía tomarlo y lo decía con franqueza dando cuenta. No tenía miedo a las responsabilidades, ni jamás se asustaba con los procedimientos, cuando el tenía conciencia de que así debía procederse; y cuando no, lo decía con franqueza rechazando toda imposición. Era un carácter insugestionable. No pedía nada, y mucho menos cabía la queja en su grandeza y abnegación; pero no permitía tampoco que se le cohibieran sus derechos y sus facultades, porque

entonces se sentía sublevado. De aquí que algunas veces, con condiciones de carácter tan independiente y exageradas, apareciese como indisciplinado, pero cuando se le convencía se dejaba manejar como un niño. Tenía mucho de parecido al intrépido General Páez, según nos relata la historia de aquel héroe de la independencia de Sur América. Pocos cubanos he conocido más libre, más trabajador y más valiente; y más resuelto, ninguno. Puedo decir que la Patria ha perdido en él a uno de sus mejores y más decididos y probados servidores.

En cuanto a mí, vive creyendo para tu satisfacción, pues de ello me dió pruebas, después de su hermano el General Antonio, fué a mí el que más quiso; y como respetuoso y sumiso subalterno, jamás ni siquiera intentó menoscabar el principio de autoridad militar que el país me ha confiado con el mando en Jefe del Ejército.

Ha muerto el General José Maceo, es verdad, como moriremos muchos, pero su memoria no puede ser olvidada; y guarda tú estas líneas que desde estos campos donde retumba el cañón te escribo, porque ellas significan mi duelo de guerrero por la pérdida del compañero y del amigo que murió en su puesto, derribado de su caballo de batalla para aparecer mañana más alto y hermoso en la historia de su Patria. Guárdalas para que sean leídas en nuestro hogar con santo y religioso respeto cuando de las cosas grandes de tu Cuba redimida se trate. Consérvalas que ellas también son memorias mías, porque en esta tierra en donde todos los días caen unos hombres para levantarse otros y donde España siempre cruel hace derramar tanta lágrima y tanta sangre, no puede haber nada pequeño ni olvidado para la heroica historia de tu nación. Mucho has llorado la pérdida de tus hermanos queridos que uno a uno fueron cayendo en aquella otra guerra cruel. Lloraste también la muerte de tu amada mamá, separada de tí por el brutal poder de España. Lloro ahora y paga con el tributo de tus lágrimas algo de lo mucho que tu Cuba debe al valor y al esfuerzo del héroe de La Indiana, de La Galleta, del Jobito, de Pinar Redondo, de Majaguabo, San Luis, Dos Caminos, Sao del Indio, El Triunfo, Cauto Abajo, Mayarí, Arroyo Hondo, Sagua, Songo y mil más y Loma del Gato, en donde como un

atleta invencible rindió su última jornada el Mayor General José Maceo, magnífico soldado de la Patria y amigo distinguido de tu

MÁXIMO.

Posdata.—Pienso que una carta sin ella dirigida a una persona querida no está completa pues eso aparte de otras consideraciones, demuestra que no quisiera uno concluir y esta vez no puedo prescindir de significarte eso mismo.

Debo suponer que te interesarás muchísimo amparando y ayudando a que se ampare a la emigración cubana que busca refugio en ese país. Conozco la bondad de todos los habitantes de esa tierra, y no dudo que el General Pichardo, hombre de corazón hará cuanto pueda en ese sentido y en la localidad, jurisdicción de su mando. No se necesita ser enemigo de España para querer la felicidad de Cuba y proteger a los cubanos—eso sería estúpido—y si los hombres de la actual situación política de ese país comprenden bien eso y lo saben cumplir, no incurrirán en responsabilidades que les ocasionan molestias diplomáticas. Lo natural y lógico nunca ofende ni trastorna, al decero, pues la justicia, base de toda la felicidad humana así lo proclama.

Santo Domingo es la nación, de todas las Américas, la más obligada por la ley de la Historia y de la Naturaleza (dos leyes que se comete gran pecado en conculcar) a ser la primera aliada de la nación cubana.

En vano los Yankees con su poderoso mercantilismo y sus aspiraciones absorbentes tratan de enamorar a Cuba aprovechándose de sus conflictos. Ella será libre; les pagará sus favores cortesmente pero no se echará en sus brazos y Santo Domingo será su predilecta y lo será por la sangre y por la Historia; por su sol y por sus brisas.

A Santo Domingo le conviene eso, le conviene a Cuba. De otra manera no puede ser, del mismo modo que en vano serían mis esfuerzos por querer aparecer más cercana mi parentela con Mr. Cleveland y Mr. Morgan que con los Generales Martínez Campos y Weyler.

(Sueño con una ley, que con muy insignificantes retribuciones declarase lo mismo con Puerto Rico cuando fuese libre) que el dominicano fuese cubano en Cuba y viceversa.

Dígote todas estas cosas para que las pienses y las consideres con mis amigos y los amigos de Cuba que no tienen tampoco por qué ser enemigos de España.

MÁXIMO.

General Máximo Gómez y Báez. Revoluciones... Cuba y Hogar, recopilación del Dr. Bernardo Gómez Toro, La Habana, 1927, p. 83.



Declaraciones a Fermín Valdés Domínguez.

1896.

(Absoluto desinterés de su labor revolucionaria.—Libre de vanidades y ambiciones).

Mi cuna, honrada, está en Santo Domingo. No le debo a los cubanos más que la gloria: no me he vendido a ellos; y a mi familia le he dicho que viva de lo que le den mis paisanos, y que no acepten ni un real de la Junta Revolucionaria; ya usted sabe que mi expedición me la costé yo, y si se habla de la Guerra de ahora, nadie puede ignorar que yo fui quien llevó a Maceo a Occidente, ese hecho quedará para siempre en la Historia. Los cubanos pueden darme y estimarme cuanto quieran, pero yo sólo quiero que después de terminada la guerra me dejen tranquilo en mi casa. No tengo vanidades ni ambiciones...

[En marcha hacia El Salado, agosto 28, 1896].

Diario de la Guerra, de Fermín Valdés Domínguez, *Avance*, La Habana, mayo 5, 1936.



PATRIMONIO
DOCUMENTAL

OFICINA DEL HISTORIADOR
DE LA HABANA

Orden General sobre la muerte de Antonio Maceo.

1896.

(La más sobria, elocuente y sentida de las órdenes militares: la dictada para dar cuenta de la muerte de Antonio Maceo.—El padre sabe sobreponer su dolor, para dejar que sólo hable el Generalísimo de la revolución).

Cuartel General en *Santa Teresa*. ¡Confirmación de una desgraciada noticia!: El Lugarteniente General Antonio Maceo ha muerto el día 7 del actual en rudo combate contra los enemigos de su Patria.

Cayó el héroe en *San Pedro*, término de *Hoyo Colorado*, en la Provincia de la Habana.

La Patria llora la pérdida de uno de sus más esforzados defensores, Cuba al más glorioso de sus hijos y el Ejército, al primero de sus generales.

¡Soldados! ¡El general Maceo ha muerto y es preciso seguir su ejemplo de bravura y heroico patriotismo en la defensa de la Patria!

¡El Ejército está de duelo! Ordeno por lo tanto: diez días de luto, sin más toques que los de ordenanza y el mayor silencio y recogimiento en los campamentos. El General en Jefe.

[Diciembre 28, 1896]

MÁXIMO GÓMEZ.

Mi Diario de la Guerra... por Bernabé Boza, 2ª Ed., La Habana, 1924, t. I, p. 328.



PATRIMONIO
DOCUMENTAL

OFICINA DEL HISTORIADOR
DE LA HABANA

Carta a María Cabrales, Vda. del Gral. Antonio Maceo.

1897.

(La más conmovedora carta de pésame, reveladora del hombre todo nobleza y sentimiento que era Máximo Gómez).

Ejército Libertador de Cuba

—
Cuartel General
—

Las Villas, Enero 1º de 1897.

Sra. María Cabrales de Maceo.

Costa Rica.

Mi buena amiga:

Nuestra antigua amistad, de suyo íntima y cordial, acaba de ser santificada por el vínculo doloroso de una común desgracia.

Apenas si encuentro palabras con que expresar a usted la amarga pena y la tristeza inmensa que embarga mi espíritu. El General Antonio Maceo ha muerto gloriosamente sobre los campos de batalla, el día 7 del mes anterior, en San Pedro, Provincia de la Habana. Con la desaparición de ese hombre extraordinario, pierde usted el dulce compañero de su vida, pierdo yo el más ilustre y al más bravo de mis amigos y pierde en fin el Ejército Libertador a la figura más excelsa de la Revolución.

Hay que acatar, mi buena María, los mandamientos irrevocables del Destino. Ha muerto el General Antonio Maceo en el apogeo de una gloria que hombre alguno alcanzó sobre la tierra, y con su caída en el seno de la inmortalidad, lega a su patria un nombre que por sí solo bastaría, ante el resto de la Humanidad para salvarla del horroroso estigma de los pueblos oprimidos.

A esta pena se me une, allá en el fondo del alma, la pena cruelísima también de mi Pancho, caído junto al cadáver del heroico guerrero y sepultado con él, en una misma fosa, como si la Providencia hubiera querido con este hecho conceder a mi desgracia el triste consuelo de ver unidos en la tumba a dos seres cuyos nombres vivieron eternamente unidos en el fondo de mi corazón.

Usted que es mujer; usted que puede—sin sonrojarse ni sonrojar a nadie—entregarse a los inefables desbordes del dolor, llore, llore María, por ambos, por usted y por mí, ya que a este viejo infeliz no le es dable el privilegio de desahogar sus tristezas íntimas desatándose en un reguero de llanto.

El infortunio hace hermanos. Hágame el favor, María, de creer que fraterniza con usted en toda la amargua de su soledad y de sus sufrimientos.

Su affmo, amigo.

M. GÓMEZ.

General Máximo Gómez y Báez, Revoluciones... Cuba y Hogar, Recopilación del Dr. Bernardo Gómez Toro, La Habana, 1927, p. 99.



Carta a Tomás Estrada Palma.

1897.

(Inaceptabilidad de todo pacto con España que no sea bajo la base de la absoluta independencia de Cuba).

Sancti Spíritus (Campos), 5 de febrero de 1897.

Ciudadano Tomás Estrada Palma.

Ministro Plenipotenciario de la República de Cuba.
New York.

Mi querido amigo:

En mi poder es la suya del 14 del pasado mes de enero. Quedo perfectamente enterado de su contenido; y me detengo al llegar allí donde ella trata de la calumnia que los enemigos de Cuba pretenden propalar haciendo aparecer en algunos periódicos americanos columnas que hablan de plan de pacificación, bajo las bases de reformas administrativas que España concedería, con la garantía de los Estados Unidos, y con el cual se dice estar yo conforme. El recorte del *World* que usted me envía, viene plagado de estas falsedades.

Acaso mi mayor mentís, que iría como afilada espada a echar a rodar la lengua que calumnia, sería oponer a cuanto sobre el particular se diga y se escriba, la contestación que con fecha 15 del próximo pasado mes, y públicamente, creí de mi deber dar a los conceptos equívocos del Mensaje del Presidente Cleveland; en ese documento dejo claramente explicado, una vez más, que nos hemos lanzado a la lucha, a que nos ha precipitado España con su mal Gobierno, dispuestos a conquistar, con el sacrificio de nuestras vidas, la independencia absoluta de esta Isla; así también he contestado a los corresponsales del mismo *World* y del *New York*

Herald, en conversaciones que sobre el particular hemos sostenido en estos últimos días. Pero si todo lo dicho no fuera suficiente a desmentir cuantas inventivas aparezcan publicadas con el fin de torcer la opinión en esta cuestión cubana, sea esta carta mía un nuevo documento, en el que va ratificada la suprema voluntad del pueblo cubano que ha firmado, con sangre derramada en los combates, la completa separación de España para implantar una República democrática.

Y no es cuerdo pensar que este pueblo, burlado por España en todo lo pactado cuando la terminación de la pasada guerra de Diez Años, explotado y vejado en el largo período de paz que reinó hasta el comienzo de la presente, convencido hasta la evidencia de que continuar bajo la dominación española, en cualquier forma que ésta sea, equivaldría a conformarse a un eterno estado de miseria material y rebajamiento moral, se resigne a pactar, a los dos años ya de nueva lucha, en los que ha probado a España y al mundo su entereza y su decisión a ser libre, en los que tantos de sus hombres de valer han caído gloriosamente, y tantas vidas y fortunas se han sacrificado—bajo ninguna otra base que no sea la absoluta independencia de la Isla de Cuba.

Queda contestado el particular más saliente de su muy apreciable carta.

Suyo siempre, antiguo amigo que lo quiere.

M. GÓMEZ.

Boletín del Archivo Nacional, La Habana, 1931, t. XXX, p. 48.



Carta al Coronel Andrés Moreno.

1897.

(Cómo está constituida la industria azucarera en Cuba: enorme e intolerable desigualdad social.—El dueño del central: un todo poderoso; el colono: un esclavo.—Asombrosa opulencia, junto a honda miseria moral y material.—Ante la conducta reprobable de las clases elevadas del país para con el pueblo, fué tal su indignación que exclamó: “¡Bendita sea la tea!”.—Si en la República—que debe ser libre y sin trabas de ninguna clase, sin privilegios de ningún linaje—continuaran esas formas viejas, se perdería la esperanza de que la República fuese tan fecunda en bienes como ha sido costosa en sacrificios).

Juan Criollo, Sancti-Spíritus, febrero 6, 1897.

Coronel Andrés Moreno.

Estimado compatriota:

Siento la necesidad de cambiar mis ideas con usted respecto a un asunto, a mi juicio de no escasa importancia, y sobre el cual me atormentan dudas, que quisiera desvanecer, encontrando luz y más luz en el ilustrado y sano criterio de usted para poder mañana responder con conocimiento verdadero de causa, del a mi entender tristemente deficiente sistema o forma de cómo está constituida en Cuba la industria azucarera, riqueza que aún así, se pudiera decir fabulosa, del país cubano. Y voy a principiar, para que usted pueda compenetrarse bien de mis intenciones o deseos, por comunicarle hasta mis más íntimas impresiones, que he sentido por este asunto.

Yo había oído hablar, con verdadero placer, de la riqueza de las comarcas occidentales, consistentes en su mayor parte, en sus soberbios campos de caña y fábricas de elaborar azúcar, que yo

no conocía, pero que mis amigos me pintaban de un modo maravilloso. Aquellas relaciones me encantaban, pero como cuando todo esto veía, también bullía en mi mente, con entusiasmo, la idea de la revolución redentora, a la cual había ofrecido mi espada, más de una vez, se lo confieso, sentía mi espíritu consternado al pensar que tanta riqueza pudiera ser destruída por la mano terrible de la guerra, y perderse en unos instantes todo el patrimonio de un pueblo, levantado en muchos años de labor; y todo ese atroz procedimiento seguramente me tocaría dirigirlo, y firmar el Decreto de su destrucción, como medida justificada de la guerra, si esas riquezas perjudicaban en vez de favorecer la Revolución. Y encariñado yo desde niño con la Agricultura, pues mi padre me enseñó a amarla, imagínese usted mis perplejidades y hasta mis dudas algunas veces.

Así sucedió: vino la Revolución fraguada por la misma España y vine yo a entrar en ella, cumpliendo mi palabra empeñada, y firmé el Decreto, preparando a la vez y sin reserva intencionalmente, el Ejército invasor, con la ridícula esperanza de que los hombres de bien no dejaran encender la tea.

El Ejército: Diez mil hombres mal armados y sin organización (¡Cuál podía yo darle en tan corto tiempo!) emprendió su marcha triunfal, y cuando la tea empezó su infernal tarea y todos aquellos valles hermosísimos se convirtieron en una horrible hoguera, cuando ocupamos a viva fuerza aquellos bateyes ocupados por los españoles, aquellas casas palacios, con tanto portentoso laberinto de maquinarias, todo aquel conjunto de producción, de comodidades, de lujo, y hasta de cultura, cuando yo ví todo eso le confieso a usted que quedé abismado y hubo un momento que hasta dudé de la pureza de los principios que sustentaba la Revolución; pensé que marchábamos por caminos torcidos, y yo mismo no me sentía bueno, como quiero serlo. Fué esa noche molesta para mí, pensando de semejante modo, con mi asiento recostado en las verjas de hierro bruñido del hermoso jardín de la bella señora de Pulido de cuyo Ingenio, su Mayordomo acaba de decirme, que había costado más de cien mil pesos. Yo había dado orden de que cuidado quien se atreviese a tocar aquel plantío de flores y plantas bellísimas.

Mas, continué, como tenía que hacerlo, y bien pronto se operó en mi ánimo y en mis juicios un cambio, que al no explicarle a

usted las causas, le parecería desde luego extraño y en modo alguno justificado.

Cuando llegué al fondo, cuando puse mi mano en el corazón adolorido del pueblo trabajador y lo sentí herido de tristeza, cuando palpé al lado de toda aquella opulencia, alrededor de toda aquella asombrosa riqueza, tanta miseria material y tanta pobreza moral; cuando todo esto ví en la casa del colono, y me lo encontré embrutecido para ser engañado, con su mujer y sus hijitos cubiertos de andrajos y viviendo en una pobre choza, plantada en la tierra ajena; cuando pregunté por la escuela y se me contestó que no la había habido nunca, y cuando entramos en pueblos como Alquízar, Ceiba del Agua, El Caimito, Hoyo Colorado, Vereda Nueva, Tapaste y cincuenta más, no ví absolutamente nada que acusara ni cultura ni aseo moral, ni pueblos limpios, ni riquezas limpias, ni vida acomodada, y nos recibían del brazo del Alcalde y el Cura; entonces yo me sentí indignado y profundamente predisposto en contra de las clases elevadas del país, y en un instante de coraje, a la vista de tan marcado como triste y doloroso desequilibrio exclamé: ¡Bendita sea la tea!

Se me representó la Edad Media, con su Feudalismo que nos refiere la Historia, y pensé de nuevo, como he pensado siempre, que para sacudir la opresión y la barbarie, todos los medios y todas las ocasiones son buenos.

Y después se me ha ocurrido, que si no se podría acaso establecer más equidad en las relaciones entre el Agricultor y el Industrial, entre el primero, a quien el segundo se lo debe todo, a quien pudiéramos decir que le debe la vida, a quien le es deudor el artesano, el maquinista, y hasta el inventor también; y pudiéramos decir que hasta Cuba misma le debe su grandeza. ¿Cómo es que por desgracia se puede notar distancia tanta entre un Colono y el dueño de un Central al extremo de que el primero comparativamente, me ha parecido una bestia y el segundo un hombre?

¿Qué razón existe, que yo no la he podido encontrar, para que al Agricultor le esté vedado decir a sus hijos "Ayúdame a plantar este árbol, bajo cuya sombra podré descansar mañana en mi vejez cansada, mientras vosotros recogéis el fruto"? ¿Qué motivo prohíbe que el hijo del infeliz colono sepa menos, no sepa nada, ni tanto como el buey que ara, mientras los hijos y las hijas del dueño del Central, cuando la zafra está terminada, pueden irse a París,

a pasar una temporada, a exhibirse con todo el esplendor que proporciona el lujo, siempre pagado a caro precio, como toda cosa superflua para la vida práctica de los pueblos? ¿Y a dónde pueden ir acaso el Colono, su mujer y sus hijos? Esos quedan estancados e inmóviles, como la máquina que tritura la caña. ¿Qué causa habrá para que la esposa del colono no pueda tener un jardín y la señora del Central sí puede tenerlo; es que aquella familia, a pesar de ser trabajadora (virtud primera) está condenada a vegetar en el embrutecimiento, a no asimilarse jamás, con uso y ejercicios de ventajas conquistadas con su trabajo, a sus naturales y obligados consocios, de los cuales, al contrario, es desdeñada? ¿Qué causa, cuáles razones se oponen, para mengua social, a que cada uno de esos centros maravillosos de elaborar azúcar no puedan convertirse, de una manera hábil a la vez en centro de civilización y de productos distintos, que den para todos bienestar relativo, que proporcionen recursos de toda clase para la vida social y material de las familias todas, en vez de estar concentradas en el batey, cuyos límites, como la *Muralla china* nadie puede traspasar?

¿Cómo se explica que el que tanto dulce suda pase, sin embargo, una vida tan amarga? Ahora bien, Coronel Moreno, yo no he podido comprender bien claro las causas primordiales de tan injusta desproporción de las situaciones entre el colono y el industrial, por qué esa inmensa distancia en que viven el uno y el otro, no obstante el fraternal lazo que parece lo debe constituir la materia prima, la caña, dentro de la cual se mueven ambos. Necesito, pues, que usted, honrado y bueno, y que pertenece al número de los hacendados de Occidente, se sirva darme más luz sobre este asunto, que no creo de escasa importancia, y que tanto me interesa conocer bien para que sus fórmulas nuevas sirvan también de norma a Santo Domingo, en donde hace poco ha principiado a desarrollarse la industria azucarera. Y he dicho fórmulas nuevas, porque entiendo que si después de la paz, después de constituída la República, libre y sin trabas de ninguna clase, sin privilegios de ningún linaje, y cuando este pueblo, que ha de surgir nuevo, alegre y distinto, para ejercer con bríos y ansias de libertad sus energías, para todos los progresos, si las formas continuaran con sus formas viejas, desde luego, Coronel Moreno, perderíamos la esperanza de que la República fuese tan fecunda en bienes como

ha sido costosa en sacrificios; y como yo y usted y todos los buenos patriotas tenemos derecho a esperar que sea, para completar nuestra obra.

Quedo de usted muy amigo afmo.,

M. GÓMEZ.

Cuadernos de Cultura, 6, Máximo Gómez, *Recuerdos y Previsiones*, La Habana, 1935, p. 129.



Carta a Luis Morote.

1897.

(No puede ser sanguinario porque a ello se oponen su temperamento y educación, pero su dolor de padre a quien han arrebatado, rematándolo, su hijo amado, y su dignidad de Jefe del Ejército Libertador, estallan ante la osadía del periodista español, que allana su campamento, y lamenta que el consejo de guerra que juzgó a Morote no lo hubiese condenado a muerte, en acto de verdadera justicia y de decoro nacional).

Ejército Libertador de Cuba

Cuartel General

Los Barrancones, febrero 15 de 1897.

Sr. Luis Morote, corresponsal del periódico *El Liberal* de Madrid.

Al separarse V. de mi presencia le debo una explicación por lo mismo que V. escribe para un periódico que condena y pide se ahoguen en sangre nuestras más justas aspiraciones.

Yo no puedo ser sanguinario, para eso se opone mi temperamento y mi educación, y sin embargo confieso a V. con la sinceridad de hombre honrado, que he sentido que por circunstancias especiales no haya debido el Consejo de guerra, que conocía de su extraña osadía, dictar sentencia de muerte contra V. ejecutándose así, en estos campos, tan empapados en sangre cubana, un acto de verdadera justicia y decoro nacional.

Yo lo he sentido por eso y lo siento también—y lo digo a V. sin reparos—porque tengo necesidad natural de derramar mucha sangre española para curarme el dolor que me ha causado la que se derramó en “Punta Brava”.

El machetazo de Francisco Gómez en Punta Brava, eso, no se puede olvidar nunca en Cuba, en Puerto Rico, no se olvidará.

jamás en Santo Domingo y quizás no se olvide en otras partes de América.

Los fallos de la opinión ante la Historia, las más de las veces, son irrevocables.

El machetazo para rematar a los héroes caídos en Punta Brava, como caen los hombres, no puede olvidarlo nunca ni perdonarlo jamás el que ha perdonado miles de prisioneros españoles y curado cientos de heridos.

Y decidle a vuestra Reina—hombre gobernado por mujer— a la esposa del asesino Cirujeda, que no obstante el contraste doloroso y triste que se ha ofrecido al mundo con sus alegres coloquios y el dolor y las lágrimas de Bernarda Toro de Gómez, quizás la América pueda tolerar eso, sin censurarlo, porque está acostumbrada a verlo en España desde los tiempos de Colón, los Ovando y los Bobadilla.

Mientras tanto márchese V. para España lleno de placer por haber palpado la ruina de la infeliz Cuba y haber hundido sus pies en los charcos de sangre de inocente gente cubana, y cuando V. reciba el precio pagado por su visita, no olvide que aquí seguimos peleando por la Libertad y que la Justicia que baja de lo alto hará terminar esta lucha sangrienta y cruel que España sostiene para su deshonra y ruina.

M. GÓMEZ.

El Yara, Key West, mayo 17, 1897.



Carta a Manuel Sanguily y José D. Poyo, acompañando- les la dirigida a Luis Morote.

1897.

(El fracaso y desprestigio de Weyler, fracaso y desprestigio de España.— Las crueldades y concupiscencias del régimen colonial español en todo tiempo.—Para el Generalísimo, su campamento era templo a la libertad, altar de las virtudes de un pueblo digno, peana hermosa en que descansa el edificio de la regeneración de esta tierra, por él tan amada.—El caso Morote sirvió para reafirmar el hermoso espíritu del Ejército Libertador, contrario a cuanto no fuese llevar a cima, íntegro, sin mutilaciones, el credo de la revolución: la más cabal e integérrima independencia de Cuba.—Disciplina; respeto y acatamiento a las leyes y tribunales de la revolución).

Cuartel General en Barrancones.

Sancti Spíritus, febrero 16 de 1897.

Sres. Coronel Manuel Sanguily y José D. Poyo

New York.

De algo extraordinario, por lo poco común del caso y por las condiciones personales y antecedentes políticos del que fué origen del mismo, escribo a Vdes. hoy, para que conozcan el hecho, que si no interesante de momento, lo es mucho, y más que interesante merecedor de nuestra atención, al estudiarse los detalles y circunstancias que lo rodean y de las que Vdes. que son hombres pensadores y convencidos patriotas, deducirán a cuánto se atreve la arrogancia española y cómo está al ser abatida la dominación que combatimos.

Un audaz aventurero español, corresponsal del diario *El Liberal*, que se publica allá en Madrid, donde reside, con su corte de políticos corrompidos y ministros venales, el gobierno explotador de la infortunada Colonia; un tipo fiel, continuación del que inspiró a Cervantes el retrato que de sus paisanos da testimonio *El Quijote*, imbuído en ideas estrafalarias, ha intentado adquirir de nosotros mismos noticias referentes a la situación de la guerra, por lo que a la Revolución respecta, a objeto de comunicar a su periódico lo que ya parece ser el convencimiento de nuestros enemigos: que Weyler, como cualquier otro general que lo sustituya, ha fracasado y con su desprestigio labrado la ruina de la nación haciendo irrealizables los dorados ensueños que en su estulticia forjó la imaginación delirante de los españoles de hoy, que son los mismos—ni arrepentidos ni enmendados—que dejaron tristes recuerdos de sus concupiscencias y crueldades en las ya, felizmente, libres repúblicas de Centro y Sur América.

Esa pretensión—aparentemente—que motivos fundados tengo para creer que otra y más atrevida guió los pasos del aventurero—trajo el tal corresponsal Luis Morote Graux al campo de la Revolución, escogiendo mi Cuartel General como posible fuente de información para satisfacer las enemistades, quizás simuladas, pero de todos modos interesadas, que el diario que representa tiene con Weyler, no porque éste sea, como es, el monstruo que de impiedad se alimenta y de crueldades se nutre, sino porque no ha sabido—y yo agrego que no ha podido ni podrá a pesar de contar con ejército enorme y elementos de guerra poderosos—desmoronar, confundir ni tan siquiera debilitar la Revolución a cada día crecida en pujanza, a cada hora aumentada en energías y siempre, en todos los momentos avasalladora y triunfante.

Crejó Morote—emisario de la maldad y de la despreocupación acabado modelo—que podría impunemente, sin llenar las fórmulas de “autorización competente” penetrar en nuestro campo, y como si tratara de habérselas con una horda de beduinos y no con los soldados de la libertad cubana, profanar con su planta nuestro campamento, que es templo a la libertad erigido, altar de las virtudes de un pueblo digno, peana hermosa en que descansa el edificio de la regeneración de esta tierra para mí tan amada, que guarda cariñosa los augustos restos de mi madre, que fué la cuna de la esposa amante que lleva destrozado el corazón y fué, y es a

la vez, cuna y sepulcro de Pancho, mi hijo idolatrado, que como militar pundonoroso supo morir y como cubano hacer más efectivo el heroísmo de los generosos hijos de Cuba, presa insaciable de la indolente nación que una mujer gobierna, y cuyo poder está al derrocarse estrepitosamente en la tierra americana.

Parecióle al intruso que llegar a mi tienda de campaña era cosa igual que entrar con aire de perdona-vidas en *Fornos* o en *El Suizo*; en esos cafés españoles donde se hace granjería de la ajena honra y jirones del honor de la mujer, y así, sin formas sociales, sin solicitar la venia cual cumple a todo hombre bien educado; súbito como su propia audacia, con genuflexiones de cómico, entre adulaciones y estudiadas actitudes, intenta manifestar su misión. La entereza de mi carácter, el prestigio de mi pabellón, el respeto que debí merecerle; toda mi altivez revolucionaria y toda la dignidad de mi cargo, creció por manera extraordinaria y brusco, descompuesto, hice salir, sin oírle, al atrevido, que quedó confundido con un proceder que no creería posible dado su descoco y desfachatez, deteniéndole en el acto como espía furtivamente introducido en el campamento.

La opinión de todo el campamento grandemente excitado contra Morote, me ha dado nuevo elocuente motivo, por más que de ello estuve persuadido, para aseverar, afirmándolo, el hermoso espíritu de nuestro ejército, contrario a cuanto no sea llevar a cima íntegro, completo, sin mutilaciones, el credo de la Revolución, la más cabal e integérrima independencia de Cuba.

Sometido Morote a un consejo de guerra sumarísimo; a ese hombre que en *El Liberal* y bajo su firma, tantas y tan infames calumnias ha lanzado contra la Revolución y sus hombres, cantando himnos en pro de la bestial y salvaje conducta de las columnas españolas que saquean, incendian, matan sin que la súplica del anciano pacífico indefenso, el llanto del inocente niño, ni la turbación de la débil mujer llamen a piedad el corazón de sus Jefes, fieles cumplidores de la tradición española y de las órdenes de Weyler y su Gobierno con su política de crueldades.

El consejo de guerra no encontró pruebas suficientes para condenar a Morote como espía, pues solo pudo comprobar que venía en busca de noticias para apoyar la política de su periódico contra la más alta autoridad española en Cuba, y comunicarle, como periodista español, lo que creyere beneficioso a su España.

Absuelto Morote—y sirva esto para contrastar el procedimiento de España y su gobierno, contra todo lo que sea cubano; por ejemplo las prisiones de distinguidas damas camagüeyanas a quienes encierra en *Las Recogidas* confundiéndolas con rameras, es y este, además, un nuevo agravio lanzado al pueblo cubano, enrojeciendo de vergüenza y de indignación nuestras mejillas—absuelto, digo, el atrevido aventurero, le dirigí la enérgica y sentida carta que en copia les acompaño, poniéndole acto seguido en libertad en acatamiento del fallo de nuestros Tribunales, modelos de corrección que ya los quisieran para sí, por su honradez y patriotismo, nuestros propios enemigos.

Ahora bien: Morote, que confesó espontáneamente lo errado de la opinión española; que presenció como un grupo de rifleros cubanos batió a una columna entera; que vió asimismo a esa columna incendiar y saquear, ¿será tan poco honrado que lo oculte? ¿Negará su confesión de que España es impotente, no para terminar sino tan siquiera para alargar tres meses más la guerra?

Niéguelo o no, nuestros éxitos son positivos y diarios. Puede que Morote—ciertos procedimientos no me extrañan en los españoles—al negar esos hechos continúe injuriando y calumniando sin provecho para su España, como no lo ha sido su visita para *El Liberal*, ni lo es tampoco para los que, oportunistas hoy, como lo fueron ayer, quizás, alentarán, torpes y degradados, al tal Morote.

Soy de Vds. con cariñosa consideración, su amigo y General

M. GÓMEZ.

El Yara, Key West, mayo 17, 1897.



Carta al Brigadier José Miguel Gómez.

1897.

(Mientras Cuba no sea libre, rechaza todo aplauso español y necesita el odio español frente al suyo.—Desde Ovando a Weyler, el régimen colonial, tiránico y cruel, de España, no ha variado.—Por eso, él no puede sentirse orgulloso de su origen español, como un negro de las Bahamas lo está de ser inglés). W

La Gloria, 25 de marzo de 1897.

Brigadier José Miguel Gómez: Mi estimado Brigadier, me favorece su grata carta que acabo de leer, con las halagüeñas noticias que nos mandan de dentro. No me extraña la marcha de Weyler para la Habana, tampoco me extraña la suma de simpatía, si es que gozan de algunas, que ha hecho perder a los españoles en todas estas comarcas en las que ha dejado con sus 20,000 hombres, marcado su rastro de sangre, lágrimas y cenizas como el bíblico Holofernes.

Nada de eso me extraña, pues yo conozco a ese hombre desde que en el 68 se destacó su figura, mandando al batallón "Valmaseda" organizado por el Brigadier Acosta y Albear, con asesinos y bandidos, sacados de los presidios.

Irresistible Weyler hasta para su propio gobierno, fué relevado de aquel mando en vísperas de ser partido por un tajo aquel batallón, en el campo glorioso de *Palo seco*. Desapareció Vilches, su sustituto y se salvó aquella fiera. Para algún fin providencial; para que purgando sus crímenes se lave un poco España de esa mancha, seguramente es que se le conserva la vida a este hombre funesto.

Con respecto al asunto del intruso Morote, diga usted al doctor Villuendas que queda autorizado para informar de todo como

pasó, pero exactamente sin quitar ni poner una coma. Me han hecho gracia los insultos que me prodigan los españoles. Lo de mercenario es ridículo, pues bien saben ellos que no es así; que soy de la tierra donde tenemos mucho pan. Han ido allá muchos españoles a engordar y la historia de los favorecidos en este mundo de las veleidades, no nos cuenta que a España haya ido ningún dominicano a buscar dinero ni a hacerse gente. Los que van llevan la corbata bien puesta y los zapatos bien limpios.

En cuanto a lo de *incivil* y *brutal* ¡magnífico! todo esto lo acepto por ser verdadero separatista. Mientras Cuba no sea libre, no quiero, rechazo todo aplauso español. Yo necesito de su odio siempre frente del mío. Yo quiero que ellos y el mundo entero sepan y entiendan, que yo tengo capacidad bastante para sentir y vengar los ultrajes que se me hagan. Me siento colocado en magnífica actitud, castigando un crimen; tiemblen los criminales, que encima de ellos está y estará la inmensa responsabilidad del doble crimen de Punta Brava, sembrando en mi corazón bueno la amarga hiel de la venganza. Yo no tengo la culpa de sentir eso. La culpa deben tenerla los inspiradores de la maldad, pues yo amaba a mi hijo con toda la pureza de mi alma. ¡Ah!, si Cirujeda hubiera respetado el cadáver de mi hijo, se hubiera colocado más alto que Capdevila. Si la Reina no hubiera batido palmas por la muerte del bravo Maceo y de Francisco Gómez, yo me postraría mañana a los pies de esa gran señora, pero a ello no me siento obligado. En todos los tiempos de la Historia del mundo, siempre ha sido más chocante, más condenable la crueldad en las mujeres que en los hombres y sobre todo, después que la naturaleza las ha hecho madres. Recuerdo en este momento un pensamiento que he leído de Dumas: “Nadie es capaz de asegurar que ha visto las lágrimas derramadas por los ojos de un Rey”.

Si Cirujeda se hubiera parado con respeto delante de los cadáveres de los bravos de Punta Brava, como lo hizo Jiménez de Sandoval frente al del héroe de *Boca de Dos Ríos* José Martí, mañana yo no tendría ningún motivo racional para negarle un saludo; pero del modo que lo hizo, esa es una culpa que le alcanzará hasta la quinta generación.

La Historia se escribirá, ya se escribe, y en ella han de aparecer los villanos y los cobardes que han militado en uno y otro

bando que sostienen esta lucha, en la cual se pone a prueba diariamente las virtudes que honran a los hombres.

¡Cuántos ascensos y cuántas condecoraciones conseguidas a precio de acciones infames, cuando no casuales, se han conseguido en esta guerra la gente “militar española”! ¡Pobre España! pudiéramos exclamar nosotros los hijos de esta tierra que ella descubrió; ¿por qué renegamos tantos hombres de nuestro origen? ¿Por qué yo no puedo sentirme orgulloso de ser español como un negro de las Bahamas lo está de ser inglés?

Interrogad la Historia, hemos de encontrar la contestación. Desde Ovando hasta Weyler, veremos lo mismo, y cuidado que pasa ya de cuatro siglos. La verdad es que los españoles son terribles para modificarse, sólo se prestan dóciles al llamamiento del progreso, para la matanza y la tiranía; por eso se explica que en esta guerra hayan adoptado el mausser y no hayan resucitado el fusil de chispa; pero se han quedado con el garrote y con el verdugo Valentín.

Dejo la pluma pues, mis exploradores me avisan de seria novedad y voy a salir a su encuentro.

Que se restablezca usted muy pronto, pues nos hace falta, es lo que desea su afectísimo General,

MÁXIMO GÓMEZ.

Mi Diario de la Guerra... por Bernabé Boza, 2ª Ed., La Habana, 1924, t. II, p. 51.



Ultima palabra.

1897.

(Rechaza indignado la falaz imputación que le hizo Morote de ejercer dictadura sobre los revolucionarios libertadores.—La firmeza de sus determinaciones y su convicción revolucionaria, las comparten los cubanos; y es también propósito cubano, el que él persigue de que la República se implante sobre la ruina total y completa de la soberanía española en Cuba).

Cuartel General del Ejército Libertador.

No pudo alcanzar mi previsión, cuando en 13 de febrero entregué y sometí al audaz aventurero Luis Morote Gueux a un Consejo de Guerra para que lo juzgara y sentenciara como presunto reo de delito de espionaje que prevee y castiga nuestra Ley Penal, que tuviera yo, enemigo como soy de dar a los hombres y a las cosas mayor importancia de las que merecen, de ocuparme de quien con la calumnia por emblema, por escudo la mala fé y por único fin el logro de un efectismo efimero, se ha atrevido a tergiversar a sabiendas y maliciosamente hechos que dieron origen al aludido Consejo de Guerra, haciendo gala de una valentía y patriotismo que estuvo muy lejos de demostrar, así como estampando bajo su firma, declaraciones falsas y no menos que falsas, calumniosas.

No he de parar mientes en las falsedades que consigna para desvirtuar su espontánea declaración de que: “los cubanos peleaban con razón y que España era impotente para vencerlos”. No entretendré mi pluma en recordarle su declaración ante el Consejo de Guerra y su indecorosa manifestación de que: “su desgracia era ser español”. No se enderezan estos renglones a desvirtuar el cargo gratuito y torpe que me hace, declarándome un Dictador, cuando precisamente, conociendo mi modo de pensar respecto a él,

lo puse en libertad en acatamiento del fallo respetable de un tribunal de hombres de honor incapaces de ser sugestionados en el ejercicio de su cargo. Y de nada de esto habré de ocuparme, porque vendría a negar lo que antes expuse, mi desafección a hacerle carrera a los que no tienen otra cosa que la poca envidiable de vocingleros charlatanes.

Pero no dejaré de contestar, protestando enérgicamente contra ella, la imputación, que no sería duro calificar de infame, de suponer en los cubanos tal suma de debilidad, tamaña falta de honradez política, carencia tal de sentido práctico que sólo los ligue a la obra redentora de la Revolución pujante que ha obligado a España a declarar su impotencia de vencerla por sólo las armas, del temor a mi personalidad, a mi intransigencia fiera con los españoles. Es verdad que sólo quiero la implantación de la República Cubana sobre la ruina total y completa de la soberanía española en esta tierra que tantos años la ha soportado con el alma lacerada por los crímenes y expoliaciones realizadas por los sicarios del Gobierno más justamente odiado en el Continente Americano. Pero también lo quieren así los cubanos; y como afecta a su decoro esa suposición, de ahí que la recoja, por lo mismo que la dignidad de este pueblo me es tan cara.

A mí me honra y me regocija que mis propios enemigos reconozcan la firmeza de mis determinaciones, mi convicción revolucionaria; pero no he de permitir, ni puedo tolerarlo, que se quiera asentar mi reputación política sobre la depresión del civismo incomparable sobre el ultraje del pueblo que como yo piensa, como yo siente y con tanta fe como yo—identificados en un todo luchamos con un afán jamás entibiado y con entusiasmo que nuestros diarios triunfos aumentan por hacer de Cuba un pueblo libre y soberano, ya que es capaz de regir bien y cumplidamente sus destinos.

No sería honrado en mí, cuando menos merecería acerba censura que yo buscara mi gloria de firmísimo revolucionario, en el rebajamiento—siquiera supuesto—del pueblo cubano, cuya decisión por sacudir el yugo que lo tiraniza y lo corrompe, para mejor explotarlo, está sobradamente demostrada en las guerras anteriores, y cuando no, en la protesta latente siempre, contra la ominosa dominación y los procedimientos criminales del gobierno español.

Hay que confesarlo y lo hago con orgullo; sobre todas las virtudes de los hijos de esta tierra tan empapada en sangre de héroes, descuella hermosa y elocuente la de su amor a la independencia. Pueblo culto como lo es el de Cuba, ¿cómo dudar de la fe de sus ideales, si a ellos están unidos los recuerdos de las vejaciones sufridas, el luto y las lágrimas que le han costado sus martirios por la conquista de su libertad.

¿No dice nada el hecho elocuentísimo de figurar en la Revolución médicos, abogados, ingenieros, farmacéuticos, magistrados, diputados, periodistas, hacendados, propietarios, agricultores, artesanos, en fin todo cuanto alienta y palpita en la sociedad cubana?

¿La inteligencia, el capital y el trabajo tan dignamente representados en la obra redentora, van a estar a merced de los caprichos de un hombre y no ser el producto de una idea grandiosa?

No; los cubanos combaten a España por patriotismo, sin que nadie pueda sugerírsele, porque las explosiones del sentimiento público no son, no pueden serlo, objeto de la imposición; la combaten por amor a Cuba, no por odio a esa Nación.

Luchan por la libertad y luchan sin paga; sin exigir nada, y dándolo todo, ofreciéndolo todo por su tierra y por su honor.

No son los cubanos que forman el valiente Ejército Libertador, míseros instrumentos de mi pasión. Su honor no se podría conformar con ser brazos que ejecutan a ciegas por temor, los mandatos de un hombre, así sea éste quien como yo, que me honro en ser su General en Jefe, les merece absoluta confianza. Son patriotas convencidos y ¡ay! del que intentase por grande que fuera su ascendiente, para con ellos, provocar sus iras combatiéndoles su santo amor a la libertad completa que es la independencia de Cuba.

Y con esa fe con que luchan, saben proseguir resistiendo y venciendo un Ejército enemigo tenaz y muchas veces mayor y muchas veces mejor armado y municionado, cayendo hoy uno y mañana otro, de los más prestigiosos, sin que por ello la Revolución se resienta.

¿No es torpe decir, como aseguró Morote, que el temor a mí (que si soy jefe de los cubanos soy su compañero cariñoso también) es lo que sostiene nutrido y potente el Ejército Libertador?

¡Eso es una calumnia indigna!

Demostrado queda que en eso, como en sus otras afirmaciones falta Morote a la verdad y a los dictados de una conciencia honrada; y expuesta mi protesta, sea éste el punto final que acabe los comentarios producidos por la relación falsa de Morote. Harto debe escocerle la vergüenza que ha de producirle el recuerdo de las manifestaciones hechas bajo su firma, y las otras que expuso ante el Consejo, así como el dictado de *renegado* que él mismo se dió por congraciarse con los que hoy de lejos insulta y calumnia.

MÁXIMO GÓMEZ.

Campamento en *Ojo del Agua*.—Sancti-Spíritus, 31 de marzo de 1897.

Mi Diario de la Guerra... por Bernabé Boza, 2ª Ed., La Habana, 1924, t. II, p. 56.



Carta al Coronel Alberto Nodarse.

1897.

(El hombre: su nobleza de corazón.—El revolucionario: por sobre sus dolores de padre, sólo piensa y predica la necesidad de defender bravamente la honra de la patria y seguir luchando sin descanso).

La Gloria, abril 25 de 1897.

Estimado coronel: recibo de manos del teniente coronel Rodríguez su comunicación fecha 14 de abril y con ella la sentida relación que me hace de los sucesos que recuerdan la muerte de mi querido compañero el general Antonio Maceo y de mi hijo idolatrado.

No es ahora como usted bien dice, momento de esclarecer hechos, pero la verdad se escribe con frases tales que es imposible adulterar los conceptos, para producir efecto, siempre pasajero.

Guardo yo cariño en mi corazón para todos los que en vida, supieron amar a mi hijo y usted que fué el último que oyera sus palabras, puede contar siempre con mi afecto y con mi estimación sincera.

¡Gracias por sus frases de consuelo, gracias por su testimonio de simpatía!

Siga usted defendiendo bravamente la honra de la Patria: siga usted luchando sin descanso. ¡Que nunca el desencanto ponga flaqueza en su brazo! Y cuando la gloria tenga para usted esos momentos en los que se vence o se muere, no olvide usted que a su lado estarán mi afecto y mi aplauso.

Mientras tanto ordene usted a su seguro servidor y general.

MÁXIMO GÓMEZ.

Mi Diario de la Guerra... por Bernabé Boza, 2ª Ed., La Habana, 1924, t. I, p. 340.

Párrafo de una carta.

1897.

(El general Blanco, al proponer la autonomía, profana el decoro y la honra del pueblo cubano.—Por ello, comparando a Blanco con Weyler, asesino de gente pacífica, no es fácil saber cual de los dos será menos digno).

[Octubre 25, 1897]

Se fué el General Weyler y no va glorioso ni mucho menos. Sus manos manchadas de sangre inocente cubana no han de encontrar sin duda muchas manos amigas que estrechar allá en la Península, pues al fin y al cabo todos los españoles no son tan malos. Ahora vendrá el General Blanco y, según se dice, a lanzarnos el último insulto proponiendo la Autonomía. ¡Ah! qué idea tan mezquina y triste tienen los españoles de los cubanos! Se fué Weyler, asesino de gente pacífica y sacrificador de ganados, y ahora viene Blanco a profanar el decoro y la honra del pueblo cubano. No sabemos cuál de los dos será menos digno. Qué ganas tengo de batirme con un General de nobleza y altura militar, pues el que menos se ocupa de perseguir infelices familias, como Weyler, o como Blanco de proponer soluciones que deshonran a ambas partes. No quiero predecir lo que pueda acontecerle al nuevo Gobernador de Cuba, y esperaremos a que los mismos sucesos se encarguen de definir su desairada y quizás algo más, situación. Será conveniente no olvide a Sabanita de Viada y a Varona. La historia tiene luego sus caprichos: le gusta repetirse.

El Yara, Key West, noviembre 26, 1897.



PATRIMONIO
DOCUMENTAL

OFICINA DEL HISTORIADOR
DE LA HABANA

Proclama.

1897.

(La autonomía ofrecida por Blanco, postrer esfuerzo de España para dominar la revolución.—Frente a los proyectos autonomistas, el Ejército Libertador reafirma sus propósitos proclamados ante el mundo: la independencia del país, Cuba para los cubanos, la América para los americanos).

Cuartel General del Ejército Libertador de Cuba.

Al Ejército Libertador:

Soldados, hombres que peleáis por la redención de un pueblo, el sustituto del sanguinario Weyler, el General Ramón Blanco, nos desprecia y amenaza y viene a imponer nuevos rumbos a esta guerra. Eso dice en su proclama al País y al Ejército.

Nosotros no tenemos necesidad de hacer modificación ninguna, y la guerra la seguiremos haciendo como la principiamos, pues mis circulares todas están ajustadas a las leyes de la guerra. Todo lo que favorezca al enemigo debe destruirse, y todo lo que pueda perjudicarlo debe hacerse.

En cuanto a nuestros propósitos, ellos están bien definidos y demasiados proclamados ante el mundo.

La independencia del país: Cuba para los cubanos.

La América para los americanos.

Para realizar esos altos y honrosos fines, contamos con nuestro honor comprometido, la posesión de la Isla y el tiempo. Los recursos brotan de nuestra resistencia.

La esperanza de España para dominarnos son esperanzas muertas ya y el General Blanco representa su postrer y último esfuerzo.

La Reforma, 8 de noviembre de 1897.

Vuestro General en Jefe,

MÁXIMO GÓMEZ.

El Yara, Key West, diciembre 18, 1897.

Carta al Gobernador General Ramón Blanco.

1897.

(Jamás, por decoro, se dirigió a Weyler; sí lo hizo con el honrado y humano Martínez Campos, y lo repite con Blanco: no más sangre, no más tea, y España evite que Cuba deba su independencia, ni poco ni mucho, a favores extraños, y se enaltezca borrando el abismo que separa a cubanos y españoles, con el abrazo que implica el reconocimiento de la República de Cuba; de lo contrario, continuarán la sangre y el fuego hasta lograr la victoria, que es siempre para los defensores fervientes del derecho).

En campaña, noviembre de 1897.

Excelentísimo Señor Gobernador General Ramón Blanco:

Es muy posible obre en conocimiento de usted, lo que en una carta dirigida al General D. Arsenio Martínez Campos, dije un día, no obstante encontrarse aquel en mejores condiciones que usted para dirigir su ejército en esta guerra sangrienta y cruel. No hizo caso el General, a mis sinceras y humanas insinuaciones de Paz, hermosa para todos y en aquella época, más provechosa todavía, y la contestación fué confiada a la espada sangrienta de Weyler. A este hombre inspirado más en el odio profundo a esta bella tierra y a sus heroicos hijos, que en la gloria, no era decoroso que yo me dirigiera en el sentido que lo hice aquella vez con aquel humano y honrado español. El tiempo ha pasado impasible, como pasa siempre por encima de todas las catástrofes, y los hechos han justificado plenamente todas mis predicciones, y el General Weyler después de haber ensangrentado inútilmente este suelo de una manera despiadada, y reduciéndolo a cenizas, dejando la guerra en pie, se retira para la Península con su espada rota por el fra-

caso. Y viene usted a sustituir a Weyler, pero a un hombre de las condiciones de usted, lo mismo que lo hice con el General Campos, sí me atrevo a dirigirle las siguientes preguntas: ¿Con qué objeto y cuáles propósitos? ¿De exterminarnos? Es posible; y el pretenderlo, puede ser poco honroso para usted. ¿De someternos? Es absurdo y puede ser un ridículo para usted. Nuestro credo está bien conocido y claro, y en este concepto ni los exterminios ni los sometimientos significan Paz. Por esta razón de mucho peso repito a usted, lo mismo que le dije un día al General Martínez Campos:

“No más sangre, General; no más tea”.

España no debe permitir que Cuba deba su independencia, ni poco ni mucho, a favores extraños. Las deudas mejores y las que mejor se pagan, son las impuestas por la gratitud, aparte de la honra, que más cabe a la mano que se extiende para dar el beneficio, que a la mano que lo recibe. Las armas españolas, están ya demasiado honradas en esta contienda, y esa competente declaración corresponde legítimamente hacerla a nosotros los cubanos y al mundo que nos contempla asombrado. No puede España hacer mayores esfuerzos para hacer morir en su inútil empeño a tantos valientes que reclaman la Humanidad y el amor de la Madre España. Bórrese de una vez para siempre el abismo que separa a cubanos y españoles, con el abrazo que implica el reconocimiento de la República de Cuba, y entonces se habrá firmado la paz eterna.

Que sea usted General, el predestinado a recoger la gloria inmensa, como el valiente entre los españoles, iniciador de esta obra grandiosa levantada en medio de la América libre, para beneficio de España misma en su presente y porvenir.

De lo contrario, fuego y sangre nos manda nuestro honor y decoro y eso haremos hasta que el Dios de las batallas resuelva y que para los defensores fervientes del Derecho es siempre la victoria.—De usted, atento s. s.

MÁXIMO GÓMEZ.

Mi Diario de la Guerra... por Bernabé Boza, 2ª Ed., La Habana, 1924, t. II, p. 179.

Carta a Tomás Estrada Palma.

1897.

(La política de Blanco, más infame aún que la de Weyler.—Su pronunciamiento contra los atentados personales como sistema revolucionario.—Frente a la crueldad española, la humanidad cubana.—La autonomía, una ridiculez sagastina).

Campos de Cuba. Diciembre 18 de 1897.

Señor Tomás Estrada Palma.

Mi querido y respetado amigo: Anteriormente con Méndez que llevó cartas para usted he escrito como siempre lo hago cuando me ocurre alguna cosa que yo juzgo de importancia comunicarle. Ahora lo hago porque conviene que usted sepa, y por hombres como yo, que jamás se manchan con la mentira que el General Blanco, a sabiendas o engañado por sus subalternos, es lo cierto que está ejecutando una política más infame que la del General Weyler, pues siquiera éste mataba y saqueaba las familias a la luz del día y sus órdenes y sus bandos en ese sentido eran bien conocidos y podía muy bien aplicarse aquel dicho: “guerra avisada no mata gente”. Pero el General Blanco a pesar de su desconcentración, persigue a unas familias mientras deja libres a otras, destruye sus sembrados a las que están de viejo instaladas en sus ranchos, mientras se propone establecer zonas de cultivo alrededor de poblados y fuertes en terrenos que no pueden producir sino espinas. Es una agricultura sin competente dirección, sin plan adecuado y sin recursos de ningún linaje. Una reconstrucción ilusoria y hasta cruel, pues es un sistema de condenar a un pueblo que se quiere salvar, a un trabajo estéril y sin retribución; no sé si será peor que la antigua esclavitud de los hombres de color.

A los hombres que se les encuentra proveyéndose de ganado para sus familias se les despoja y mata, y ya cualquiera podrá imaginarse cuántos de estos casos ocurrirán al confiar el campesino sencillo en la bandera de paz que mañosamente viene tremolando el General Blanco.

Ampara, protege y aprovecha, en cuanto puede, a los asesinos traidores como lo está haciendo actualmente con el asesino y traidor Antonio M. Guzmán.

Si a Angiolillo se le hubiera ocurrido escaparse después de su atentado contra Cánovas y refugiarse en nuestras filas, pensando salvarse, de seguro que se habría equivocado tristemente, porque aquí la Justicia, que debe ser la elegida de los hombres civilizados, hubiera sido cumplida como se cumplió en Madrid. Nosotros no podemos codearnos con los reos de delitos comunes pues eso sería manchar la bandera de la Libertad y el Orden que tremolamos en estos campos de gloria; y por el contrario, los españoles pasan por encima de todo miramiento de honra y decoro, cuando de todo ello sacan provecho contra los cubanos. El mejor y más íntimo amigo del General Pando y del General Salcedo lo es hoy Antonio M. Guzmán. Pero hay más, y en esto se ve el mayor cinismo, que nos achacan a nosotros crueldades y de muertes con las familias que son nuestras familias mismas, imposible de creerlo como acaban de decirlo en la toma de Guisa. Dios libre al cubano que se le ocurriese faltar a una mujer, a un niño, a un anciano; para castigar a ese no se necesita la autoridad de ningún general pues todos nos sentimos sublevados contra el criminal y en seguida el imperio de la opinión y la ley le caerían de lleno encima.

Las familias aquí, así dentro como fuera, al considerarlas carnes de nuestras carnes y huesos de nuestros huesos vienen a ser objeto precioso de nuestra predilección y de mí sé decir que en cada mujer cubana veo a Bernarda Toro y a Clemencia Gómez.

No así los españoles que han jurado guerra y exterminio a todo lo que respira en esta tierra y lo mismo Weyler que Blanco, aunque con distintos sistemas van a parar al mismo fin. El último viene a engañar y corromper, cifrando su triunfo, ya que la fuerza de las armas les han sido inútiles, en la fuerza de la falsía, la infamia y el dolor. No pudiendo matarnos en buena lid en los campos de batalla, ofrece recompensas cuantiosas a asesinos que salgan

disfrazados de amigos al campo a suprimir por cualquier medio a los que ellos nos titulan cabecillas.

Necesario es que usted haga conocer al mundo civilizado que nos contempla, semejantes infamias.

Ha gustado mucho aquí la protesta escrita hecha por las emigraciones contra las pretensiones de la Autonomía. Y aunque aquí no hay un solo combatiente que piense en semejante ridiculez sagastina, el entusiasmo ha subido de punto cuando hemos leído en letras de molde la firmeza de nuestros hermanos de más allá de los mares, en sostener también, los principios por los cuales tanta sangre se derrama aquí a diario.

La campaña de invierno se ha principiado ya con ventajas para nuestras armas; y como lo tengo informado en mis anteriores comunicaciones sin nada de optimismo, bien constituida la guerra en toda la Isla, a España, le es materialmente imposible pacificar esto, aunque pudiera echarnos encima doscientos mil hombres. Mucho menos es, locura o necesidad pretenderlo, contando con los restos enfermos y cansados del ejército que Weyler ha dejado junto con las deudas por herencia a Blanco.

Trabajen usted y sus compañeros con calma y sin apuros, para que, bien pensados los asuntos, todo salga derecho, que en cuanto a los que aquí combatimos jamás notará usted flaquezas. Y en cuanto a presentados, no se preocupe de eso, pues no son hombres que restan fuerzas a la Revolución, que no pudieron crear por falta de valor, iniciativa y prestigio: son bocas menos que mantener.

Su amigo,

MÁXIMO GÓMEZ.

Mi Diario de la Guerra... por Bernabé Boza, 2ª Ed., La Habana, 1924, t. II, p. 200.



Mi protesta.

1897.

(España cree salvarse del abismo hacia el cual rueda, echando mano de los autonomistas, a los que antes engañó y despreció; pero el pueblo cubano considera a éstos, pigmeos extenuados y enfermos y a la autonomía, necia pretensión).

Al compatriota José D. Poyo.

El Partido Autonomista Cubano es el partido menos afortunado que se conoce en el mundo político. Cuando de rodillas suplicaba a la Metrópoli la autonomía para el Pueblo cubano, y éste, bueno y sencillo, esperó sin protestar, con toda su honradez, tal solución—negósele la Metrópoli, aquel fué desairado y éste burlado en sus esperanzas. Ahora la madrastra en sus apuros, echa mano de lo mismo que antes desdeñó, o, mejor dicho, despreció, y llamando a los autonomistas para que la ayuden a salvarse del abismo hacia el cual rueda, no ve que estos se encuentran desarmados y a su alrededor el vacío, pues el pueblo cubano que, como el león, ha sacudido la melena y siente retozarle su propia viril iniciativa, mira ya muy por debajo a aquellos hombres, porque con su arrogancia de guerrero batallador y ensangrentado, los considera pigmeos extenuados y enfermos. Así son los pueblos: ellos tienen sus horas lúcidas y por eso el de Cuba solo mira a los que le dirigen al combate por su absoluta libertad y no se ocupa ni oye a los oradores que les predicán mansedumbres. Los patriotas marchan derecho al ideal supremo de la Independencia inspirándose sobre los sepuleros de los héroes que han muerto en esta lucha, y nadie piensa sino en el triunfo o en la muerte.

Y no quiere esto decir que este pueblo heroico sienta en su alma grande síntomas siquiera de la soberbia, nó, que a tal altura de grandeza no caben las mezquindades de miras y sentimientos,

y por esto siempre ha tenido sus brazos abiertos para todos, y con más consideración para los restos dispersos del autonomismo, que al fin hermanos son en la Patria, en los sufrimientos y por el desprecio cruel de España.

Esto es lo que se siente y lo real; esta la situación, sin que esfuerzos humanos puedan hacerla variar; lo que fatalmente determina la paz eterna con la Independencia, siendo, por lo tanto, necia pretensión la autonomía para los cubanos.

Su amigo,

M. GÓMEZ.

Cuba, Dbre. 1897.

El Yara, Key West, enero 14, 1898.



Carta al Editor de "The Herald", de New York.

1897.

(El pueblo cubano rechaza la autonomía, por sentimiento y por interés, y sólo acepta como solución a la contienda, la independencia absoluta).

Al editor de *The Herald*.

Me pregunta usted qué efecto producirá respecto a la pacificación de la Isla el régimen autonómico que España trata de implantar en Cuba:

Con placer daré a usted mi opinión, a pesar de haberlo hecho antes en distintas ocasiones, desde que se publicó el programa de la Revolución en Montecristy.

Los cubanos en armas no abandonan su propósito, ni cederán nunca en su lucha contra la metrópoli, hasta que hayan establecido su independencia absoluta. Poco importa que el Gobierno español, cualquiera que sea, conceda a Cuba las más amplias libertades, aún llegando al extremo de que España solo se reservase el derecho de conservar en Cuba su bandera como símbolo nominal de soberanía. Ni así lograría poner término a la guerra. El pueblo cubano no aceptará otra solución de la actual contienda sino aquella por la cual Cuba sea reconocida como una de tantos miembros en la familia de las naciones libres.

Al asumir esta actitud radical tenemos dos razones poderosas, el sentimiento y el interés, que se confunden en fuerza única para compeler a los cubanos en masa e individualmente, a adoptar la magna resolución que ha de resolver el problema de su existencia. Mueve a los cubanos el sentimiento por hallarse profundamente heridos en virtud de los métodos salvajes empleados para hacerles la guerra. Muévelos el interés porque están firmemente convenci-

dos de que solo como pueblo libre estarán en aptitud de disfrutar la paz y adquirir el crédito indispensable para reconstruir su país, que ha sido devastado por la misma España. En resumen, Cuba no sólo desea sino que necesita ser libre. Ha llegado el momento de que los estadistas españoles se convenzan de esta verdad, y dejando a un lado su caótico plan de autonomía, virilmente afronten el problema tal como es en realidad.

Reconozca España la independencia de Cuba, a que ésta aspira con tanta justicia y reciba en cambio una compensación razonable y equitativa. Solicite de nuestro gobierno algunas concesiones en la tarifa cubana que tiendan a favorecer sus industrias. Entonces y sólo entonces lucirá el iris de paz en el horizonte velado hoy por el resplandor de los campos incendiados, al ruido atronador de los cañones.

Queda de usted con la mayor consideración,

MÁXIMO GÓMEZ.

[Diciembre 1897]

Mi Diario de la Guerra... por Bernabé Boza, 2ª Ed., La Habana, 1924, t. II, p. 202.



Cartas a diversos Autonomistas.

1898.

(La autonomía no tiene más fin que dividir a los cubanos.—No es prudente ni sensato fiarse de la sinceridad de los gobiernos españoles.—Predice la intervención de los Estados Unidos).

República Cubana.—Administración de Correos de Ciego de Avila.

No puedo aceptar la Autonomía, porque creo que su único fin es dividir a los cubanos.

Los que se interesan por nuestra Cuba deben rechazar esa forma hipócritamente concedida por España. No es prudente ni sensato fiarse de la sinceridad de los gobiernos españoles.

Deben ustedes unirse a nosotros y venir a ayudarnos. El sacrificio es tanto más fácil de hacer, cuanto que se aproxima al triunfo.

Nuestras fuerzas crecen, y nuestra esperanzas serán pronto un hecho.

Antes escribía por vía extranjera. Ahora la organización de los servicios de la República Cubana me permite hacerlo desde los campamentos libres de Cuba.

Pronto y como coronación de nuestra campaña sobrevendrá una gran sorpresa. Una intervención extranjera determinará el fin de nuestros esfuerzos.

[Febrero 12, 1898]

(*Efemérides de la Revolución Cubana*, por Enrique Ubieta, t. I, La Habana [1910], p. 305).

Carta a Ramón Blanco, Gral. en Jefe del Ejército Español en Cuba. (*)

1898.

(Rechaza la alianza que le propone Blanco para combatir a los norteamericanos.—La monarquía española, una vieja y desacreditada monarquía.—Los cubanos luchan por el mismo principio americano de Bolívar y Washington.—No admite diferencias de sangre ni de raza, pues solo cree en una raza: la humanidad.—Todo hombre es digno de respeto, según su honradez y sentimientos.—Sólo hay naciones buenas o malas.—No ve el peligro del exterminio cubano por los Estados Unidos, pero si así ocurriese, la historia los juzgará).

General Don Ramón Blanco:

General en Jefe del Ejército Español en Cuba.

Señor:

Me asombra su atrevimiento al proponerme otra vez términos de paz, cuando usted sabe que cubanos y españoles jamás pueden vivir en paz en el suelo de Cuba. Usted representa en este Continente una monarquía vieja y desacreditada y nosotros combatimos por un principio americano: el mismo de Bolívar y Washington.

Usted dice que pertenecemos a la misma raza y me invita a luchar contra un invasor extranjero; pero usted se equivoca otra vez, porque no hay diferencias de sangre ni de razas.

Yo sólo creo en una raza: la humanidad, y para mí no hay sino naciones buenas y malas. España habiendo sido hasta aquí mala y cumpliendo en estos momentos los Estados Unidos hacia

(*) Esta carta es la respuesta a la siguiente que el general Gómez recibió del general Blanco:

General Máximo Gómez,

General en Jefe de las fuerzas revolucionarias.

Señor:

Con la sinceridad que siempre ha caracterizado todos mis actos me dirijo a usted no dudando por un momento que su clara inteligencia

Cuba un deber de humanidad y civilización; desde el atezado indio salvaje, hasta el rubio inglés refinado, un hombre para mí es digno de respeto, según su honradez y sentimientos, cualquiera que sea el país o raza a que pertenezca o la religión que profese.

Así son para mí, las naciones y hasta el presente, sólo he tenido motivos de admiración hacia los Estados Unidos. He escrito al Presidente Mac Kinley y al General Miles dándoles gracias por la intervención americana en Cuba. No veo el peligro de nuestro exterminio por los Estados Unidos a que usted se refiere en su carta. Si así fuese, la Historia los juzgará.

Por el presente sólo tengo que repetirle que es muy tarde.

Su atento servidor,

MÁXIMO GÓMEZ.

[Mayo de 1898]

Mi Diario de la Guerra... por Bernabé Boza, 2ª Ed., La Habana, 1924, t. II, p. 251.

y nobles sentimientos, los que como enemigo honrado reconózcole, hará acoger mi carta favorablemente.

No puede ocultarse a usted que el problema cubano ha cambiado radicalmente. Españoles y cubanos nos encontramos ahora de frente a un extranjero de distinta raza, de tendencia naturalmente absorbente y cuyas intenciones no son solamente privar a España de su bandera sobre el suelo cubano, sino también exterminar al pueblo cubano por razón de su sangre española.

El bloqueo de los puertos de la Isla no tiene otro objeto. No sólo es dañoso a los españoles sino que afecta también a los cubanos completando la obra de exterminio comenzada en nuestra guerra civil. Ha llegado por tanto el momento supremo en que olvidemos nuestras pasadas diferencias y en que unidos cubanos y españoles para nuestra propia defensa rechacemos al invasor.

España no olvidará la noble ayuda de sus hijos de Cuba, y una vez rechazado de la Isla el enemigo extranjero, ella, como madre cariñosa abrirá sus brazos a otra nueva hija de las naciones del Nuevo Mundo que habla su lengua, profesa su religión y siente correr en sus venas la noble sangre española.

General, por estas razones propongo a usted hacer una alianza de ambos ejércitos en la ciudad de Santa Clara. Los cubanos recibirán las armas del ejército español y al grito de Viva España y Viva Cuba rechazaremos al invasor y libraremos de un yugo extranjero a los descendientes de un mismo pueblo.

Su affmo. servidor,

RAMON BLANCO.

Carta a Tomás Estrada Palma.

1898.

(Primeras y hondas decepciones por la intervención norteamericana en la contienda hispanocubana.—Su juicio sobre la no declaración de beligerancia de los revolucionarios cubanos por los Estados Unidos.—Ha ayudado a los cubanos cuanto humanamente ha podido y cree haber cumplido su palabra y su misión).

República de Cuba

Cuartel General del Ejército.

Las Villas, Cuba, junio 1898.

Señor Tomás Estrada Palma.

Mi estimado amigo:

No extrañe U. que principie esta carta con estas frases de justas quejas. ¡Qué seré yo el eterno abandonado! Es posible que U. no lo sepa pero es lo cierto que a pesar de los americanos enfrente de España, y de las ofertas, espontáneas del Almirante Sampson aún no he recibido un tiro. Desgraciadamente Juan Joba, mi comisionado para entender y gestionar sobre el alijo de dos expediciones (según nota) no ha podido conseguir nada, no obstante que me pasa aviso, y fué inútil y costosa la concentración de fuerzas, pues no aparecieron más que españoles con los cuales nos vimos obligados a batirnos con poco parque. Más de 12 días de inútil espera, dos mil hombres castigados por el hambre, las aguas torrenciales y la terrible plaga de las costas, ese martirio y después extenuados batirnos con los españoles, ha sido todo lo que he podido hacer con estos valientes que me acompañan. En cambio

por Oriente, olvidándose de la trocha del Júcaro cada día más fortificada, se acaba de hacer un valioso alijo de hombres, armas y pertrechos de guerra.

No sé, ignoro cómo y por quién se disponen esas cosas. Y no será aventurado pensar que por lo que pasa aquí, y sospecho que pasa en el exterior, me parece que están demás el General en Jefe y el Delegado Plenipotenciario.

En virtud a estas dilaciones y trastornos y para ver si puedo moverme o qué hago, para aclararlo todo, en fin, mando en comisión cerca del Almirante Sampson o su delegado el Comodoro, al Coronel de mi E. M. Bernabé Boza, con pliego de instrucciones, como hombre de mi entera confianza, y que como está siempre a mi lado está bien conocedor de la situación, compenetrado de mis propósitos y es hombre de capacidad para ayudar a vencer dificultades, que muy bien puede sucederle a los americanos pocos conocedores de esta guerra, que no se apereiban de ellas en donde realmente están, y viceversa, que obren con timidez, en lo que la rapidez garantiza el éxito.

Con la reserva consiguiente, le incluyo copia de los documentos que lleva Boza, para que así pueda U. saber a qué atenerse en el caso que se le pida su valioso concurso. No sé si el Coronel pueda tener necesidad de ir hasta donde U., lo que en verdad sentiría, pues esos viajes implican dilaciones que desde luego prolongaría mi situación violenta. Sin qué comer ni con qué pelear. Para nadie, más que para mí, y los valientes que me acompañan, se ha hecho más real y efectivo el bloqueo.

Como U. se puede imaginar lamento no conocer el plan de campaña de los americanos, pero cualquiera que el sea, yo entiendo que mientras nosotros no marchemos hacia occidente en donde los españoles han acumulado sus mejores y mayores fuerzas, no se le prestará base al Ejército Americano. No he podido hacer comprender eso al General García. ¿Recuerda U. lo de Naranjo? Pues se están repitiendo los mismos extremos. Para mayor desgracia, que mata el ardimiento y el entusiasmo, muchos se creen que ya la guerra se ha concluído y que solo falta firmar la Paz.

Tengo interés de saber el resultado del viaje de Méndez Capote, que siempre he creído inútil, fundado en que lo que no ha podido arreglar U. que debe tener todos los hilos cogidos, menos lo puede arreglar Méndez Capote que sale ciego de estos mani-

guazos. Toda la pesadilla de esta gente es que Mr. Mac Kinley no los ha reconocido como Gobierno, y nadie los convence de que eso no puede ser (a mi juicio) pues ellos no constituyen más que un gobierno Revolucionario, y no Gobierno de la República. Mr. Mac Kinley lo ha dicho bien claro a los españoles: "Dejen libres a los cubanos para que ellos nombren el Gobierno que le dé su gana". Es decir que nos reconoce capacidad para ello, pero eso mismo no lo podemos hacer hasta ser dueños absolutos de la tierra. Siempre me ha parecido una tontería cuando leo *República de Cuba*.

Como veo que van las cosas, ya poca falta hacemos algunos hombres y por lo que a mí toca, como lo que ansío con toda mi alma es descansar, no es muy difícil que de repente, le dé el abrazo de despedida. Cuanto humanamente he podido he ayudado a los cubanos, y me parece que como un hombre honrado he cumplido mi palabra y veo casi cumplida mi misión.

Saludo a compatriotas, y quedo de U. su siempre invariable amigo,

Boletín del Archivo Nacional, La Habana, 1932, t. XXXI, p. 107.



Carta abierta a Tomás Estrada Palma.

1898.

(Despectiva actitud de los E. U. con el Ejército Libertador.—Desea que no se hable de vencedores y vencidos, ni de razas, sino de gentes republicanas, de hombres de virtudes y trabajo.—Necesidad de oponerse a los desmanes de los perversos y organizar la escuela que anula el presidio.—La República con todos y para todos.—Se brinda para ayudar a consolidar la paz).

República de Cuba

Cuartel General del Ejército

Carta abierta.

Sr. Tomás Estrada Palma.

Muy distinguido amigo:

Según todos los rumores que han llegado hasta mí parece que la Paz se ajusta entre España y los hombres del Gobierno de Norte América.

He leído el decreto de suspensión de hostilidades; pero no se nada oficialmente.

Se declaró la Guerra y se firmará la Paz sin que yo reciba ni la menor atención oficial de parte de los americanos, pero nada de eso ha hecho ni hará mella alguna en mi espíritu, ni tampoco mermará nunca en mi corazón cubano mi más profundo agradecimiento al Pueblo americano por la eficaz ayuda que nos ha prestado para alcanzar la independencia de Cuba: aspiración de toda mi vida.

Entiendo que los hombres de juicio y desapasionados no deben ocuparse de sus personalidades, frente a los intereses generales de

un País y que no pueden incurrir en la falta de confundir las formas con el fondo.

Los americanos han sido secos conmigo; pero son bienhechores para Cuba, pues yo estoy contentísimo. Ellos y yo somos extranjeros en esta tierra.

Sí, amigo mío: ha sonado ya el último tiro y terminó la terrible contienda. Lástima que este suceso feliz no ocurriese al principio pudiéndose evitar tanta sangre vertida, tantas lágrimas y ruinas. ¿Habrá acaso mañana alguien responsable,—ante la Historia—, del largo martirio de Cuba? Es posible que sí lo haya. Por eso estimo a Mr. Mac Kinley y a esos hombres protectores de la Justicia y el honor, como a uno de los hombres más honorables de América.

Y quizás, y sin quizás, es muy posible que, en estos momentos, recuerde el General Martínez Campos los conceptos de mi carta (y con él tanto español honrado) que le dirigí en enero del 95 desde el ingenio *Pulido*. Del enemigo leal el consejo.

Pero nada útil nos es ahora recordar aquel pasado, al encontrarnos en un presente decisivo y frente a un porvenir que resolver y organizar. Entramos pobres y, extenuados en el primer período de la Paz, laborioso,—como toda obra en sus comienzos,—y para nosotros más por bizoños en el arte de gobernar. Debemos ser sinceros.

Noto que hablan y escriben los españoles en Cuba, con el natural aturdimiento de los vencidos, sin criterio reposado y sin verdadero espíritu de justicia y de cordura política. Y hablan y escriben cubanos y americanos un tanto apasionados por la gloria del triunfo: y yo quisiera, por ser tan mala la guerra, que nunca se hablara de vencedores y vencidos. Yo quisiera que en Cuba no se hablara de razas, sino de gentes republicanas: de hombres de virtudes y de trabajo.

Debemos enseñar a todo el mundo que no ha surgido de entre las llamas del incendio, la República de Cuba, para el cubano solamente. Nó, que eso es muy pequeño y menguado y en esta tierra y bajo la bandera de la Nación pueden y deben vivir todos los hombres que quieran,—de distintas regiones y climas—, amparados por la Ley que para todos es igual. Debemos ofrecer al mundo una tierra fértil, libre y feliz en donde se le ha erigido un templo a las virtudes republicanas y en donde es obligación de todos oponerse

a los desmanes de los perversos, mientras se organiza la escuela que anula el presidio.

No estimo la grandeza del cubano en haber concebido y sentido la dignidad de aspirar al goce de sus libertades, no está esa grandeza en haber defendido sus ideas con la prensa y en la tribuna—ni en haber sucumbido muchos en el cadalso y el destierro—, tampoco en haber peleado como héroes,—y como héroes—, haber caído en los campos de batalla. No: la grandeza del Pueblo cubano está en haber perdonado ahora a sus enemigos y exclamar con la honrada sinceridad de los hombres de bien ¡Viva la Paz! ¡Viva la República para todos, con la concordia y el respeto a los hombres y a las cosas! Eso es lo que cabe, esto es lo que debe ser—después de esta gran guerra—para restaurar pronto en el País todos los respetos humanos, y responder, de una manera digna, al reclamo del progreso, en todas sus manifestaciones, cumpliéndose así cuanto de antemano ofreció al País, en su *Manifiesto*, la Revolución redentora.

Lo digo a Ud., lo digo a mis amigos y lo digo a todos expresando así, lo que honradamente pienso que así como he sido uno de los más activos para hacer la guerra, ahora me brindo el más dispuesto para ayudar a consolidar la Paz, en esta tierra a la que tanto debo.

Para que el Derecho sea garantía de las conquistas de la Libertad, para que la virtud levante su templo y la verdad borre las tristezas del error, han de sostener los hombres de Cuba noble labor: en ella ha de estar a su lado y al lado de todos los que se dispongan a afianzar las bases cordiales de la República su adicto amigo y compañero en los días de la lucha.

M. GÓMEZ.

La Reforma, Agto. 26/1898.

Boletín del Archivo Nacional, La Habana, 1933, t. XXXII, p. 92.



Carta a Tomás Estrada Palma.

1898.

(Su interés y preocupación por el bienestar, en la paz, de los soldados del Ejército Libertador.—Este ha luchado no sólo por Cuba, sino para la civilización, para el mundo todo.—Preve que el esfuerzo cubano beneficiará de manera especial a los norteamericanos).

Ingenio Central *Narcisa*, en Yaguajay, 28 de octubre de 1898.

Señor Tomás Estrada Palma.

Muy estimado amigo mío:

Obligado por la situación más triste en que ningunos hombres en el mundo hayan podido encontrarse después de haber luchado con tanto denuedo por su país, escribo una carta al Presidente Mc. Kinley para conseguir que de algún modo se alivien o curen nuestros sufrimientos.

Para evitarme el trabajo de enterarlo del contenido de esa carta, repitiendo los mismos conceptos en ella expresados, se la envió abierta, a fin de que tomando conocimiento de la misma, forme su juicio y la entregue al Presidente, poniendo a la vez en práctica sus gestiones para obtener de él lo más que se pueda. Como verá, yo no toco ningún punto de política, sino que me limito a plantear la cuestión de humanidad, moralidad, orden y justicia.

Conviene que usted o Gonzalo corra en seguida a poner esa carta en manos del Presidente, recabando del mismo cuanto sea posible en beneficio de este pueblo que se muere de hambre.

Yo, por mi parte, había aguardado hasta ahora en silencio, resignándome a soportar tanta miseria, porque creo que en todos los asuntos humanos hay que saber siempre sufrir y esperar sin im-

paciencias que puedan parecer injustificadas para lograr el bien que uno se propone alcanzar; pero la situación no cambia, el tiempo corre y el mal se agrava cada día más. Somos, en estos históricos momentos, los hombres más desgraciados. Nunca se habían sometido a pruebas tan rigurosas nuestras virtudes, cuando tan altos hemos sabido mantener el honor y el decoro humanos, como en estos instantes en que nos encontramos en el abandono más injustificado.

No hemos luchado, no, sólo para nosotros y para Cuba, sino para la civilización, para el mundo todo, y acaso nuestros esfuerzos aprovechen más que a nadie a los americanos.

Conforme a este criterio, que la razón y la justicia aprueban, ya ve usted si nos asiste derecho para pedir que se nos atienda como corresponde, y por lo mismo, al poner en práctica las gestiones que le confío, debe usted levantar su voz con la seguridad y firmeza que inspiran lo racional y lo justo.

Réstame sólo encargarle con el mayor encarecimiento que tenga a su lado al oficial a quien comisiono para entregarle esta carta, el joven recomendado suyo Enrique Conill, del cual, por lo mismo que usted me lo recomendó, nada tengo que decirle, hasta que pueda despacharlo con una contestación a mi carta del Presidente Mac Kinley, que espero que usted y Gonzalo pongan todo el empeño que sean capaces de emplear para obtener que sea satisfactoria.

Entre tanto quedo su antiguo y afectísimo amigo y compañero,

M. GÓMEZ.

Boletín del Archivo Nacional, La Habana, 1933, t. XXXII, p. 94.



Carta a Tomás Estrada Palma.

1898.

(Nuevas y tristes decepciones de la intervención norteamericana.—Respecto a la conducta de los E. U. con Cuba, la justicia tiene abiertos sus grandes ojos, y, expectante, aguarda para fallar).

Central *Narcisa*, 9 Dobre. 1898.

Señor Tomás Estrada Palma.

Nueva York.

Mi querido amigo:

Acuso a usted recibo de su atenta carta de fecha 19 del pasado noviembre, y de la cual fué portador el Teniente Enrique Conill. Recibí también su delicado obsequio.

Yo les estoy muy reconocido a Vds. por sus buenas gestiones. Ustedes han hecho todo cuanto han podido; pero el esfuerzo y la actividad desplegados no han correspondido al resultado. Este ha sido ni más ni menos la repetición del ridículo *parto de los montes*. . . Hará cosa de ocho días se me presentó en Yaguajay míster Gould, con muchísimo aparato; yo le puse el punto a las íes, y esta es la hora en que este Cuartel General no ha recibido una sola ración de las tantas que diz que venían para pueblo y fuerzas. Nosotros no pedimos limosnas. Cuba es muy rica y puede pagar con holgura el pan que, a cuenta, le adelanten los americanos. Estos vienen obrando con una parsimoniosa e incomprensible economía rayana en tacañería que a ratos casi me subleva. . .

Y pasando a otro orden de consideraciones: aguardamos el resultado práctico de la Comisión de la Asamblea que ha ido a avis-

tarse con Mc. Kinley. Veremos el fruto de esta labor. La justicia tiene abiertos sus grandes ojos, y, expectante, aguarda para fallar!

Mis afectuosos recuerdos a toda su casa, y queda siempre a sus órdenes, su sincero apreciador y antiguo amigo,

M. GÓMEZ.

Boletín del Archivo Nacional, La Habana, 1933, t. XXXII,
p. 96.



Proclama.

1898.

(Ante la ocupación norteamericana, permanece en actitud expectante, dispuesto siempre a ayudar a los cubanos a concluir la obra a que ha consagrado toda su vida.—Su certera visión de aquel momento.—Cuba no es libre ni independiente todavía.—Necesidad de hacer cesar las causas determinantes de la ocupación y poner término a ésta en el más breve tiempo posible).

Al pueblo cubano y al ejército:

Ha llegado el momento de dar pública explicación de mi conducta y de mis propósitos, siempre, según mi criterio, en bien del país a que sirvo. Terminada la guerra de España, firmada la paz por nuestros aliados—tácitamente—los americanos, creía de mi deber no moverme, sin un objeto político determinado, del lugar en donde disparé el último tiro y envainé mi espada, y mientras el ejército enemigo no abandonase por completo la Isla, para no perturbar, quizás, con mi presencia el reposo y la calma necesarios para consolidar la paz ni molestar tampoco a los cubanos con manifestaciones de júbilo innecesarias.

El período de transición va a terminar. El Ejército enemigo abandona el país y entrará a ejercer la soberanía entera de la Isla, *ni libre ni independiente* todavía, el Gobierno de la gran nación en virtud a lo estipulado en el Protocolo de la Paz.

La cesación en la Isla del poder extranjero, la desocupación militar no puede suceder entretanto no se constituya el gobierno propio del país, y a esa labor es necesario que nos dediquemos inmediatamente para dar cumplimiento a las causas determinantes de la intervención y poner término a ésta en el más breve tiempo posible.

Mas antes es preciso—por el espíritu de justicia que encarnan—y para que el ejército libertador quede disuelto y vayamos

todos a formar en las filas del pueblo, como garantía de orden, que se lleven a feliz término las negociaciones comenzadas para satisfacer en la medida de lo equitativo la deuda que con sus servidores ha contraído el país.

Mientras todo esto queda resuelto, guardaré mi situación de espera en el punto que crea más conveniente, dispuesto siempre a ayudar a los cubanos a concluir la obra a que he consagrado toda mi vida.

MÁXIMO GÓMEZ.

Cuartel General en *Narcisa*, 29 de diciembre de 1898.

Cuba. Los primeros años de independencia... por el Dr. Rafael Martínez Ortiz, 3ª Ed., t. I, p. 33.



Carta a William Mc. Kinley, Presidente de los E. Unidos.

1898.

(Relaciones especiales, que por su posición geográfica y necesidades mercantiles, unirán a Cuba con los Estados Unidos, además del vínculo del afecto.—El, que fué testigo excepcional de los horrores y crueldades de la guerra, se siente hondamente conmovido ante el movimiento compasivo que agita al pueblo norteamericano.—Sus demandas en favor del pueblo no combatiente, víctima de la guerra).

Al Señor William Mc. Kinley

Presidente de los E.E. U.U. de América

Señor :

Posee el heroico pueblo cubano como cualidad característica de su fisonomía moral y desarrollada en alto grado uno de los más nobles sentimientos humanos, la gratitud; el que bien hizo a los cubanos, ganóse para siempre el vivo reconocimiento de los hijos de esta tierra.

Vuestro gran pueblo, dando al mundo alto ejemplo de virtud y para mancilla y vergüenza de España, no sólo se ha manifestado conmovido ante los grandes infortunios que en Cuba originara la feroz política española, sino que ha extendido una mano generosa a tanta víctima infeliz del sistema de guerra observado por el Ejército de aquella Nación. La gratitud de este pueblo tiene que estar pues, al nivel de ese grande y generoso impulso, y si Cuba, por su posición geográfica y las necesidades de su existencia mercantil estuvo llamada siempre a sostener, una vez libre, y en mutuo beneficio más estrechas relaciones con esa gran República que con otra nación alguna, de hoy más en lo adelante se considerará obli-

gada por el nuevo vínculo con que ligó su afecto la hermosa magnanimidad Norte-Americana.

Jamás podréis Señor, ni vos ni vuestro pueblo, por verídicos y minuciosos que hayan sido los relatos que escuchárais, formaros una idea cabal de cuánta sangre, cuánta ruina, cuánta miseria y cuánto dolor cuesta a la afligida Cuba obtener su Independencia; y cómo se ha cebado en la destrucción más implacable de todas, vidas y propiedades, el espíritu despótico de España irritado hasta el paroxismo ante la más justa de las rebeliones. La Nación que en un tiempo acogió la Inquisición e inventó sus torturas, ideó ahora la concentración, medio el más horrendo para martirizar primero y a la postre aniquilar a un pueblo entero, y si ha retrocedido en su camino de perversidad débese en gran manera al grito de indignación que el conocimiento de esos horrores arrancó unánime del seno de los Estados que gobernáis.

El pueblo que se salva de la muerte y cuya necesidad van vuestras dádivas a remediar, es el pueblo por cuya libertad derramamos nuestra sangre a diario en los campos de batalla; la Patria cuya Independencia conquistamos con la punta de la espada, para ellos es a la par que para nosotros, sangre de nuestra sangre y nervios de nuestro nervio, hemos de gozar con sus alegrías como lloramos y sentimos con sus penas y dolores. No extrañéis pues, que como General en Jefe de este Ejército de Cubanos me sienta hondamente conmovido ante el movimiento compasivo que agita a vuestro noble pueblo y que acceda emocionado al ruego de los patriotas que comando siendo ante vos, representante de esa gran Nación, fiel intérprete de nuestra gran gratitud.

Resta sólo Señor cumplir con un deber de mi conciencia exponiendo un hecho que os ruego hagais llegar a conocimiento de las personas a quienes se encuentra encomendada la filantrópica misión de socorrer a los desvalidos cubanos, y a fin de que la ignorancia de ciertos antecedentes no impida que muchos necesitados se vean privados de esos hermosos destellos de la caridad Norte-Americana.

Dueña absoluta de los campos la Revolución, jamás prohibió nuestro Gobierno a ningún ciudadano fuese cual fuere su nacionalidad, que en ellos librara su sustento, y así fué que apenas se derogara el bárbaro decreto de concentración, innumerables familias han salido y salen sin cesar de la ciudad al campo hostigados

por el hambre a buscar en la feraz vegetación cubana medios de remediar las más apremiantes necesidades de la vida. ¡Ignoraban aquellos infelices que si los españoles con el acero y la privación enlutaron sus hogares, también guardaba luto la floresta de Cuba devastada por la tala y el incendio! Siendo, pues, la misma la condición el propio derecho tienen en el orden moral esos desgraciados para participar del socorro que a los necesitados de Cuba otorga hoy vuestro generoso pueblo. Mucha viuda, mucha madre, mucho huérfano, Señor, encontramos sin cesar en nuestro camino pidiendo un auxilio que solo nos es dable darles en forma deficiente y por eso al señalarlos a la caridad que en esa noble Nación se despierta me honro ofreciéndome para coadyuvar a tan hermosa obra con todas las facilidades y medios que estén al alcance de las fuerzas de mi mando.

Soy de V. con la más distinguida consideración.

[1898]

M. GÓMEZ.

Boletín del Archivo Nacional, La Habana, 1932, t. XXXI, p. 94.



Mi Escolta.

1898.

(La historia de la guerra de independencia de Cuba, una de las más bellas leyendas que se pueden dejar a nuestros hijos y a los hijos de los que vengan después.—La independencia de Cuba será un suceso de trascendencia tanta para el mundo, que no habrá una sola porción de Europa y América que pueda sustraerse a su influjo bienhechor).

La Historia de la Guerra de Independencia de Cuba, o la Historia militar de los cubanos, o bien la lucha cruenta por la emancipación de un pueblo esclavo—que todo viene a decir la misma cosa—es sin duda una de las más bellas leyendas que se pueden legar a nuestros hijos y a los hijos de los que vengan después. Y debe ser así por lo fecunda en hechos históricos, en grandezas que dignifican y elevan el espíritu de la familia americana, por el respeto y simpatía que justamente ha de inspirar a las generaciones que se sucedan, la gran obra emprendida por la generación presente, y por el sentimiento más noble que puede abrigar el corazón humano: la gratitud nacional.

Los episodios interesantísimos e históricos que pudiéramos escribir de esta lucha grandiosa, serían en verdad suficientes para formar muchos y gruesos volúmenes.

Aquí cada hombre tiene su historia escrita con sangre: éste, un brazo roto cuyos restos han volado en astillas; el otro, los huesos de las piernas molidos y las carnes deshechas; muchos, las mandíbulas perforadas a balazos; otros tantos, atravesados los pulmones, con terribles hemorragias y dejados al acaso, casi abandonados y después, como por obra de milagro, apareciendo de nuevo a caballo, en el campo de batalla, más resueltos y más valerosos. Todos, en fin, unos más y otros menos, llevan en el cuerpo la mano indeleble del plomo enemigo y ya perdida la cuenta de los caballos que les quedaron sin vida en la ruda y diaria pelea.

Y al lado de ese destrozo de huesos y de carne que sangra y duele, el dolor mucho más hondo que se sufre al depositar en el fondo de fosa cavada en la sabana o en el monte, al amado compañero muerto en el combate. Como diría el poeta:

“¡Cuántos Césares ocultos
descansan en dulce sueño!”

Y al lado de todo eso—repito—y como si el destino no estuviese satisfecho de poner a prueba la fortaleza de estos hombres, les llega entonces la abrumadora noticia de la muerte de la madre, el hijo o la esposa, ocurrida cuando menos en lejana tierra, o en ésta, por la mano del tirano siempre.

¡Ah! yo que he mandado este ejército de valientes, bien quisiera dejar escrita la historia de cada uno de sus soldados; mas como esto **no es tan fácil para mí**, me limitaré simplemente, por deber y por gratitud, a consignar a grandes rasgos y en conjunto, la historia de mi Escolta, con el propósito de hacer valer la honra militar que cabe a esos hombres, así como también a la comarca, a que pertenecen.

Surgieron entonces a mi lado los patriotas valerosos y leales, que estaban destinados a seguirme a todas partes sin reparos y sin miedos.

El cubano en general, está dotado de espíritu de regionalismo; pero es opinión comunmente aceptada de que en el hijo del Camagüey, es donde más se acentúa o se demuestra lo arraigado de aquel sentimiento. Y esto en honor de la verdad, no es así,—porque por experiencia dilatada—sé que en tal sentido, la idiosincracia de los cubanos, sin exceptuar provincia alguna, no varía ni se diferencia en lo más mínimo. Esa cualidad de índole local que los caracteriza a todos, tiene su origen en la misma sencillez de las costumbres del país. El hijo de la tierra es hombre de condición esencialmente doméstica; mejor dicho, es hombre de casa. Ni siquiera es dado a las aventuras callejeras. Joven contrae matrimonio, crea una familia, la educa en el molde de sus hábitos y llega a la vejez sin que la modesta historia de su vida, haya traspasado los límites estrechos del batey de su hogar.

De aquí la causa principal de que en esta guerra nos haya sido difícil formar contingentes de individuos de una comarca pa-

ra invadir otra. Y de aquí también los méritos excepcionales de los hombres que forman mi Escolta, combatientes en todas partes y en todas partes vencedores, pues cuando no han podido recoger los laureles de la victoria, jamás tuvieron que sufrir la vergüenza de la derrota.

Situado mi Cuartel General en el Centro, principié desde ese punto a organizar el Ejército, cuyo mando se me había confiado, y a preparar el Plan de campaña que necesariamente había de desarrollarse en toda la Isla con los elementos de que pude disponer que, por cierto, eran bien pocos o ninguno. El interés capital de la campaña consistía en la invasión formal de las comarcas occidentales; pero para su ejecución apenas contábamos con algunos cientos de armas y muy escasas municiones en las cananas.

Por más que procuraba activar las operaciones, no pude conseguir que se moviese el Ejército de Oriente antes de la acción de Peralejo, librada por el General Antonio Maceo contra el General Martínez Campos. Hubo necesidad de un intervalo de espera para reponer bajas y reorganizar aquellas tropas bisoñas y mal armadas. Como los contratiempos por lo general se encadenan, el estado de salud del General Maceo, que no era muy bueno, se empeoró, y en vista de que aquella situación se prolongaba indefinidamente, me adelanté a las Villas, ya desesperado, en los últimos días de octubre de 1895. En esta época, los Generales Carlos Roloff y Serafín Sánchez habían logrado entrar su expedición por las Tunas de Sancti-Spíritus. Al arrancar definitivamente para las Villas, la única fuerza que debía acompañarme, pues no quería debilitar el Camagüey, era mi escolta de 100 hombres. Tuve el buen cuidado de recomendar al Jefe de ella que explorase la voluntad de todos, pues habiendo empeñado, conmigo mismo, mi palabra de no volver grupas sino después de haberme franqueado el camino hasta las provincias más occidentales, no quería ser acompañado sino por hombres resueltos y decididos.

General,—me contestó con arrogancia y orgullo el Jefe camagüeyano—estos hombres nos han de seguir a todas partes. Yo había previsto el caso y tengo mi gente preparada para la hora que decida usted marchar.

El día último de octubre traspuse, sin novedad, la trocha de Júcaro a Morón, tan guarnecida por los españoles, y entré en la

jurisdicción de Sancti-Spíritus. En espera del General Maceo, hice allí una campaña de movimientos continuos, con objeto de cansar al enemigo sin consumir nuestras municiones, campaña que coronó el éxito, pues nos apoderamos de 25,000 tiros y 50 armamentos en el asalto al fuerte *Pelayo*. Después amagué a la ciudad de Sancti-Spíritus y, por último, puse sitio y atacué al fuerte Río Grande. Me proponía con todo esto que los españoles dejasen libre el paso de la Trocha al General Maceo de quien tenía avisos que venía aproximándose a la cabeza del Cuerpo del Ejército invasor, y secundaba, por otro lado, nuestro plan de penetrar enteros en el territorio de las Villas. La actividad y pericia del General Maceo hicieron lo demás. El cuerpo del Ejército invasor, sin consumir un cartucho, traspuso la deçantada Trocha y el día 29 de noviembre yo y mi Lugarteniente nos dábamos la mano en San Juan. Al otro día acampábamos en el extenso potrero La Reforma, en donde maduramos, retocándolo, nuestro plan de invasión.

El primer paso estaba dado. Se había puesto en ejecución la parte más difícil y escabrosa de toda empresa humana: el principio. A partir de aquel momento, a mi juicio comenzaba la era en que se iba a jugar la suerte de la Revolución. Era preciso proceder con tino y acierto no confiándolo todo a la Fortuna, y a ese fin, con el mapa a la vista siempre, nos concretamos a ejecutar estos propósitos de capitalísima importancia. “Marcha viva ganando terreno, no importa retaguarda o flanco sucio del enemigo buscando siempre frente limpio”.

Siguiendo siempre este orden de cosas esperamos el ataque del enemigo en *La Reforma*; arrancamos de allí el 2 de diciembre y el 3 triunfábamos en *Iguará*, el 9 en *Casa de Tejas* y los días 11 y 12 en *Boca del Toro*. Después en *Mal Tiempo*, y *Calimete*, y *Coliseo*, y *Güira de Melena*, y la Revolución en fin, fué a plantar su lábaro de redención a los confines de la tierra esclavizada.

España entonces sintió la violenta sacudida de nuestro brazo; los políticos miopes de allende y aquende, se convencieron de que la Revolución era una realidad, y desde ese instante, a mi entender, quedó asegurada la independenciam de Cuba, porque no cabe en el humano esfuerzo que España pueda, atendidos sus pobres recursos, apagar la llama de este formidable incendio. La lucha ha continuado sin embargo, porque así tenía que suceder, pero eso no ha

sido más que la fórmula, fatalmente necesaria, para llegar a la paz decorosa y digna que debe existir entre Cuba y España.

No sabemos, no se puede saber si estamos a la mitad o al fin de la jornada; lo que haya de ser, será; pero no es dudoso que a ellos corresponda el triste deber de levantar un día, polvoriento y ensangrentado, el cadáver de su viejo y leal compañero de armas, para depositarlo en fosa abierta a la sombra del bosque, mudo espectador de nuestros dolores y teatro de nuestra abnegación y patriotismo. Entonces cuando eso suceda, el cuadro que se ofrezca a la vista será bien sencillo: un hombre más caído por la Libertad y un grupo de guerreros, que después de dar su adiós al camarada muerto, volverán la espalda y seguirán de nuevo al campo de la lucha a continuar una obra que el Orbe entero espera con ansiedad ver gloriosamente terminada; esto es, la conquista de la Libertad cubana con la cual el Nuevo Mundo completará y justificará su título de América Libre.

Como he dicho ya algunas veces;—como lo han dicho otros también—en Cuba y en esta guerra terrible, cruenta y prolongada, no puede haber nada pequeño. ¡La Independencia será un suceso magno! No, no es la apertura del canal inter-oceánico que sirve a la civilización, al tráfico del comercio y hasta a la satisfacción de los estómagos; no es el hallazgo de un invento portentoso que dá renombre y dinero al inventor: la Independencia de Cuba será un suceso de trascendencia tanta para el mundo, que no habrá una sola porción de Europa y América que pueda sustraerse a su influencia bienhechora. España misma, que en los primeros momentos creará haberlo perdido todo, podrá contener de ese modo el insaciable antojo de sus elementos burocráticos que hoy la desangran, tendrá tiempo de pensar en la unidad de sus pueblos, amenazados por un espíritu latente de cantonalismo, que en vano trata de disimular y rivalizará ante el mundo su título de nación civilizada, borrando de la carta geográfica el estigma de una colonia explotada y de la frente de un millón y medio de almas, la mancha afrentosa de su esclavitud.

Por eso, el último—si es que puede haber primeros y últimos—de los obreros en esta labor sangrienta, aparecerá mañana pobre, mutilado, desdeñado quizás por aquellos que a la hora del sacrificio, no supieron estar en sus puestos,—o muertos tal vez—pero nun-

ca para la Historia en cuyo altar sacrosanto los que se sacrificaron por la Patria han de aparecer cada día más grandes y más dignos de la apoteosis humana.

¡Ea, pues, compañeros: O juntos con Ricaurte, o al lado de Bolívar y San Martín!

1898.

M. GÓMEZ.

General Máximo Gómez y Báez, Revoluciones... Cuba y Hogar, Recopilación del Dr. Bernardo Gómez Toro, La Habana, 1927, p. 109.



Proclama de Yaguajay.

1898.

(Admirables consejos a los cubanos para el buen gobierno y administración del país: designación de gobernantes probos, capaces, de vida honesta y sencilla; ejercicio de los derechos ciudadanos, para no caer en el servilismo o la anarquía; respeto a la ley, por todos, sin predominio de la espada en los gobernantes; unión fraternal; trabajo, educación, buenas costumbres).

Para andar más pronto el camino de la organización nacional elegid para directores de vuestros destinos, a los hombres de grandes virtudes probadas, sin preguntarles en dónde estaban y qué hacían mientras Cuba se ensangrentaba en su lucha por la Independencia.

No tengáis ministros con mujeres que vistan de seda, mientras la del campesino y sus hijos no sepan leer y escribir.

Aprended a hacer uso en la paz de vuestros derechos, que habéis conseguido en la guerra; que no se deben conformar los hombres con menos, porque esto conduce al servilismo, ni pretender más, porque os llevaría a la anarquía.

La observancia estricta de la Ley, es la única garantía para todos.

Yo aconsejo para Cuba, puesto que se alcanzó el sublime ideal, un abrazo fraternal que apriete y una para siempre el augusto principio de la nacionalidad cubana.

El triunfo definitivo debe rodear a este pueblo de magestad y grandeza.

Se debe conceder el perdón a todo el que lo solicite, para que la obra quede completa. Al aproximarnos a las tumbas gloriosas de nuestros compañeros a depositar la "siempreviva", junto con

una lágrima de guerrero, es preciso en esa hora piadosa, llevar el alma pura de rencores.

Que no os ofusquen los apasionamientos de la victoria, ni a los que se crean más meritorios les ensoberbezca y ciegue el orgullo, pues por ese camino casi siempre se han perdido muchos hombres, que principiaron siendo grandes y acabaron pequeños.

No se debe olvidar nunca que así como la espada es la bienhechora para dirigir y gobernar bien las cosas de la guerra, no es muy buena para esos oficios en la paz; puesto que la palabra Ley es la que debe decirse al pueblo, y el diapasón militar es demasiado rudo para interpretar con dulzura el espíritu de esa misma Ley.

Se tiene que dejar de oír el relato de pasadas hazañas. Todo eso cumple a la magestad de la Historia; porque si no, se mortifica a los que debiendo, no supieron ejecutarlas, y aparecería como un cargo que los irrita, y predispone los espíritus a la desunión o a la discordia.

Con todas estas precauciones de obreros abnegados que todo lo han dado a la Patria, y ayudados por tres factores poderosísimos: el trabajo, la educación y las buenas costumbres—la mejor higiene para preservar el alma y el cuerpo de amargo dolores—Cuba será próspera y venturosa. Mientras tanto, si no caigo en lo que falta de la lucha, cuando me vea tranquilo en un rincón de mi Patria, pediré siempre para Cuba la bendición del cielo.

M. GÓMEZ.

1898.

General Máximo Gómez y Báez. Revoluciones... Cuba y Hogar, Recopilación del Dr. Bernardo Gómez Toro, La Habana, 1927, p. 123.



Pensamientos.

1899.

(Trascendencia de su obra revolucionaria: no peleó por Cuba, sólo; peleó por la humanidad.—El, guerrero extraordinario, odia la guerra y el militarismo, y preconiza el gobierno de la ley y de la escuela).

Cuba no tiene más de un millón y medio de habitantes. Yo no vine aquí para ayudar los intereses de este pueblo microscópico. Vine a obrar y a sufrir aquí porque yo creí que peleaba por la humanidad. Cuba debe estar abierta a todos los hombres de buena voluntad que deseen elegir en esta tierra riquísima el campo de su actividad. Ni pena de muerte, ni culto privilegiado en nuestros Códigos; ni soldados ni fortalezas en nuestras Ciudades, y la Escuela poco a poco tiene que suprimir la Ley.

* * *

En mi vida no he odiado más que una cosa: la Guerra.

* * *

Los pueblos para ser felices y dichosos, no deben tener el gobierno de la espada, sino el gobierno de la Ley.

M. GÓMEZ.

Sagua, 12 de febrero de 1899.

General Máximo Gómez y Báez. Revoluciones... Cuba y Hogar, Recopilación por el Dr. Bernardo Gómez Toro, La Habana, 1927, p. 11.



PATRIMONIO
DOCUMENTAL

OFICINA DEL HISTORIADOR
DE LA HABANA

Declaraciones a Gonzalo de Quesada en el “New York Journal”.

1899.

(Preocupación que la suerte futura de sus soldados.—Confía en que los Estados Unidos cumplirán con Cuba la palabra empeñada ante el mundo en la “Joint Resolution”, y la República de Cuba se instaurará rápidamente, sin ejercer aquellos en ésta dominio ni soberanía algunos.—La guerra fué contra el gobierno, no contra el pueblo español.—Necesidad de unión entre los cubanos.—Cuáles y cómo deben ser los lazos que unan a Cuba y los Estados Unidos.—Beneficios recíprocos que de las futuras relaciones comerciales gozarán ambos países.—En cuanto a las relaciones políticas, juzga que bastará para la protección de Cuba, la Doctrina de Monroe; y a los Estados Unidos, la inalterable amistad cubana.—Capacidad de los cubanos para el gobierno propio).

El *New York Journal* publica en su edición del 26 de febrero último, la siguiente *interview* celebrada en Remedios por el señor Gonzalo de Quesada con el general Máximo Gómez, por encargo especial de dicho periódico.

El señor Quesada: —Se dice en los Estados Unidos que usted está completamente opuesto, general, al licenciamiento del Ejército Cubano; que usted es la cabeza de una combinación de elementos españoles y cubanos para echar a los Estados Unidos de esta Isla.

Gómez: —Yo nunca he sido opuesto al licenciamiento del Ejército Cubano. Lo que yo quiero es que a mis bravos soldados se les provea de pan y asilo antes de que dejen las filas, puesto esto no es sólo hacerles justicia, sino que es necesario para el desenvolvimiento del país y la seguridad del orden público. Yo nunca intenté pelear contra la nación que tanto ha hecho por nuestra libertad y que cumplirá sus promesas. Si algún día políticos sin es-

crúpulos colocaran a los Estados Unidos en posición de romper su palabra, yo apelaría al Presidente y al pueblo americano, y confiaría en su sentido de justicia, que ellos defenderían nuestra causa, no con las armas, sino por medio de la prensa y del Congreso.

El señor Quesada: —General, ¿dígame cuáles son al presente las relaciones entre los dos países? ¿Qué piensa usted de ellas?

Gómez: —Nuestros sentimientos son los de la más profunda gratitud y admiración hacia los Estados Unidos. Lejos de abrigar el deseo de apartarnos de ellos yo y mis compañeros, lo que quiero es una íntima unión de amistad y cooperación con los Estados Unidos, a fin de que muy pronto podamos establecer la República de Cuba.

El señor Quesada: —¿Participa usted de mi confianza en la intención de los Estados Unidos de establecer un Gobierno por los cubanos mismos?

Gómez: —El Presidente Mc Kinley ha firmado, en nombre de setenta y dos millones de hombres libres, la declaración de que el pueblo de Cuba es y de derecho debe ser libre e independiente. Yo tengo confianza en su sabiduría y en su honor. La declaración es que los Estados Unidos han intervenido solamente para la pacificación de Cuba y el establecimiento de un gobierno estable e independiente, y que no intentan ejercer ningún dominio ni soberanía sobre Cuba.

El señor Quesada: —¿Qué piensa usted de los españoles residentes en la Isla? ¿Se opondrán ellos a ese gobierno independiente?

Gómez: —Los españoles en Cuba están con nosotros. Ellos desean reunirse a los cubanos a mitad de camino. Al principio temieron que tomáramos venganzas después de haber adquirido la victoria; pero los soldados cubanos, lejos de echar sobre los individuos los crímenes de la nación, están fraternizando con la más honrada y trabajadora población española de Cuba. Nosotros queremos que se queden. Nuestra guerra fué contra su gobierno, no contra ellos. El manifiesto firmado en 1895 por Martí y por mí, en Monte-Cristi, y el cual fué el programa de la Revolución, así lo declara, y todos mis actos en la guerra estuvieron de acuerdo con ese manifiesto.

El señor Quesada: —¿Piensa usted, general, que la suma de tres millones de pesos, ofrecida por los Estados Unidos para ayudar al licenciamiento del Ejército Cubano, será suficiente a las necesidades de sus soldados y oficiales?

Gómez: —Según yo entiendo, tres millones fué la cantidad pedida por el general García, presidente de la Comisión de la Asamblea Cubana. Yo no soy de ese Cuerpo, ni fuí consultado y, naturalmente, debo aceptar lo que ha sido hecho por la representación de nuestra más alta autoridad. La Asamblea determinará al cabo. Mi participación en el asunto será repetir este milagro de los panes y los peces y hacer que la cantidad llegue hasta donde se pueda. Mi opinión personal es que es insuficiente; pero la considero como un obsequio generoso a las tropas cubanas. La República de Cuba, en mi opinión, pagará finalmente entera la deuda de honor y gratitud.

El señor Quesada: —General, ¿qué recomienda usted como una política para los cubanos?

Gómez: —La primera política debe ser la unión. Dejemos a la historia que se ocupe del pasado. Ahora, y de ahora en adelante, los cubanos deben mantenerse unidos y trabajar por el fin común de traer la ocupación militar americana a un pronto término. Esa ocupación continuará sólo hasta que nuestros amigos juzguen que somos lo suficiente fuertes para sostenernos solos, y esa fortaleza descansará en nuestra perfecta unión. Paciencia, buen juicio, orden e industria imperando en la Isla, son los medios de que disponemos para apresurar nuestro término de prueba. Estas cualidades, junto con la invitación cordial a los españoles para que se queden y nos ayuden a constituir la nueva nación, desterrarán todo temor de posibilidad de disturbios. Cuando la pacificación sea un hecho, entonces habrá llegado el tiempo de dar los primeros pasos para el establecimiento de nuestro gobierno propio.

El señor Quesada: —¿Cuáles piensa usted que serán las condiciones entre la República de Cuba y la de los Estados Unidos?

Gómez: —Estarán unidas por los más estrechos lazos de la amistad y de los intereses. El comercio entre ambos países sería tan libre como fuese posible. Nuestros azúcares y tabacos encontrarían una puerta abierta en los mercados de los Estados Unidos

y, por otra mano, las manufacturas americanas serían favorecidas en Cuba. El tratado de reciprocidad bajo el bill Mc Kinley, se tomará como el fundamento para una más completa libertad de comercio. El capital americano desarrollaría las industrias de la Isla, en la cual tiene ya muchos millones invertidos. Ese capital no sólo encontraría en Cuba un espléndido rendimiento, sino también perfecta seguridad. Los americanos serían alentados para fomentar pequeñas fincas en Cuba. Esto les produciría magníficas utilidades. No hay razón para que Cuba no sea la gran estación de invierno del pueblo americano. La naturaleza nos ha dotado de esa gran fuente de recursos.

En cuanto a las relaciones políticas, Cuba estará suficientemente protegida por la doctrina de Monroe, y los Estados Unidos pueden confiar en que la amistad que nos ha dado la libertad, nunca será olvidada por los cubanos. Nuestro primer tratado de amistad fué sellado con la sangre de nuestros héroes y los de ellos, y el próximo tratado juntará a las dos naciones comercial y políticamente.

•El señor Quesada: —Estoy seguro, general, que los puntos de vista de usted tendrán eco en los corazones del pueblo americano.

Gómez: —Me alegro que usted me diga que la opinión americana favorece el gobierno propio para Cuba, pues yo nunca comprendería por qué ningún americano ha de dudar de nuestra habilidad para gobernarnos a nosotros mismos. Para que un americano pensara de otra manera, sería necesario que él declarara que España tenía razón en mantenernos subyugados y que los Estados Unidos cometieron un error al ir a la guerra con España para libertarnos”.

Un redactor de *La Discusión* visitó esta mañana al general Gómez en su residencia de la Quinta de los Molinos y le tradujo la *interview* del *Journal*.

El general manifestó que está de completo acuerdo en toda y cada una de las partes de la entrevista, añadió que esas fueron sus declaraciones al señor Quesada y dijo que en ellas está comprendida la política que él estima mejor para la felicidad de Cuba y para que cuanto antes termine la ocupación militar americana.

La Discusión, La Habana, marzo 2, 1899.

Manifiesto al País y al Ejército.

1899.

(Su nobilísima actitud con motivo del despojo, por parte de la Asamblea de Representantes, del cargo de General en Jefe del Ejército Libertador.—Causas verdaderas de la deposición: su oposición a las gestiones encaminadas a levantar empréstitos, que juzga comprometerían la soberanía y el honor nacionales).

Con las supremas facultades que le son atributivas, la Asamblea de Representantes del Ejército, solamente, acaba de despojarme del cargo de General en Jefe del Ejército Libertador, que me había conferido la Revolución redentora, y en cuyo puesto, atento siempre a las inspiraciones de mi conciencia y a las grandes necesidades nacionales, traté en todas las circunstancias de cumplir todo mi deber.

La Asamblea estima como un acto de indisciplina y falta de respeto el que no apoye las gestiones encaminadas a levantar empréstitos de dinero que pueden comprometer más tarde los grandes intereses financieros y políticos de Cuba, que yo pienso debe entrar a ejercer su propia soberanía de la República de unión y de concordia proclamada en el Manifiesto de Monte Cristy y sostenida y mantenida en los campos de batalla, libre de todo compromiso y siempre dejando a salvo el honor nacional. Esta es la causa primordial de la determinación que respecto a mi persona acaba de tomar la Asamblea.

Por lo demás, como hombre sincero, confieso que le quedo agradecido, pues ello me releva de grandes compromisos políticos a la vez que me deja libre para retirarme a mi hogar abandonado, única aspiración después de treinta años de lucha y brega decidida por la ventura de este País que tanto amo.

Extranjero como soy, no he venido a servir este pueblo, ayudándole a defender su causa de justicia, como un soldado mercenario; y por eso desde que el poder opresor abandonó esta tierra y dejó libre al cubano, volví mi espada a la vaina, creyendo desde entonces terminada la misión que voluntariamente me impuse.

Nada se me debe y me retiro contento y satisfecho por haber hecho cuanto he podido en beneficio de mis hermanos.

Y en donde quiera que el destino me imponga plantar mi tienda, allí pueden contar los cubanos con un amigo.

General M. GÓMEZ.

Quinta de los Molinos, 12 de marzo de 1899.

La Discusión, La Habana, marzo 13, 1899.



Carta a José Poyo.

1899.

(Hablar en Cuba de anexión sería el colmo de la degradación política y social y la mancha más negra que pudiera caer en la historia de su pueblo.—Ni odio ni rencor guarda para sus ocasionales enemigos.—Su confianza en los cubanos como hombres de principios).

Quinta de los Molinos, marzo 16 de 1899.

Sr. José Poyo.

Habana.

Estimado amigo: No sé si usted habrá leído una hojita suelta anónima que anda por ahí hablando de anexión; y firmada por un cubano, que lo puede ser o no. Pero aún hecha esta consideración, debo decir a usted que repugna profundamente a mi corazón aquella idea. ¡Cómo, hay en Cuba quien piense en eso! Sería el colmo de la degradación política y social y la mancha más negra que pudiera caer en la historia de uno de los pueblos más cultos y heroicos de América. Esto, aparte de que infiere una ofensa gratuita a la gran nación americana que noto se preocupa por engrandecer con entera independencia el carácter nacional de todos los pueblos libres de América que la rodean.

Los políticos de ocasión, los traficantes con la honra de los hombres virtuosos, se prometen luego sacar partido de pequeñas diferencias habidas entre los propios hermanos, como puede resultar con lo que acaba de acontecer en estos momentos con la Asamblea. Esto en nada me ha afectado a mí, porque fijo siempre en el fondo de las cosas más que en sus formas, no me preocupa ninguna duda respecto a los hombres que me han desdeñado hasta con saña, cuando debemos estar seguros de que sus corazones son tan cubanos como el mío y como lo fué el de Carlos Manuel de Céspedes

y el de todos los héroes muertos en los campos de batalla. El día en que yo dude de los cubanos, como hombres de principios—no habiendo dudado jamás de su valor completo—ese día, sin ruido ni adioses dirigiría mis pasos a cualquier rincón de la América libre a terminar tranquilamente mis días, como un hombre de conciencia satisfecha por haber hecho todo cuanto pudo en el sentido de labrar la dicha de un pueblo amado, pero fracasado. Y entonces diría, como dijo un grande hombre vagando derrotado por el campo de batalla: “Es inútil oponerse a los decretos del Destino”.

Precisa, pues, amigo mío, luchar; y luchar para que nunca llegue esa hora menguada.

Suyo muy amigo,

M. GÓMEZ.

La Discusión, La Habana, marzo 18, 1899.



Carta a Juan B. Spotorno.

1899.

(Ante la injusticia e ingratitud que con él cometió la Asamblea de Representantes, se limita a predicar la unión y concordia entre los cubanos, para bien de la República futura).

Habana, 22 de marzo de 1899.

Señor Juan B. Spotorno.

Trinidad.

Estimado amigo:

Tengo recibida su muy atenta carta fechada el 16 del corriente mes, esto es, después del acuerdo de la Asamblea que me destituye del cargo que me confirió la revolución honrada y redentora. El tono levantado de su misiva viene a probarme que en usted siempre palpita el sentimiento de la patria, digna, grande y generosa, benévola, próspera y feliz por la unión de todos sus hijos, con el olvido completo de las antiguas separaciones y divisiones no habiendo—por que no sería honrado lo contrario—más que cubanos y habitantes de la Isla que desean, luchan y trabajan con elevación de miras, y con el corazón en alto, por la dicha de este pueblo y por la constitución de la República cordial y bien ordenada, que será madre amorosa para todos.

Con mi consideración la más distinguida, me suscribo de usted atento servidor y amigo,

M. GÓMEZ.

La Discusión, La Habana, marzo 23, 1899.



PATRIMONIO
DOCUMENTAL

OFICINA DEL HISTORIADOR
DE LA HABANA

Manifiesto al País y al Ejército.

1899.

(Al disolverse la Asamblea y dejar huérfano de protección al Ejército Libertador, él acepta asumir su defensa, y continúa laborando por la paz y reconstrucción de Cuba).

Destituído en fecha 11 de marzo último, por la Asamblea de Representantes, del cargo de general en jefe, he cumplido su mandato sin protesta de ninguna especie y cual cumplía a quien fué movido solo por amor y servicio a la noble causa de la independencia de esta amada tierra, pasando, en virtud de aquel acuerdo a la situación de reemplazo.

La Asamblea, a su vez, se disuelve quedando huérfano de representación el Ejército Libertador, pendientes de resolución los importantes problemas de su licenciamiento definitivo, el reparto de los socorros que deben distribuirse con los *tres millones de pesos* que para tal objeto pudo conseguir la misma Asamblea del presidente de los Estados Unidos, y lo que es más sensible aun, sin que quedara en pie ninguna representación oficial acerca del Poder interventor.

Aquellas razones debieron pesar en el ánimo del País y del Ejército cuyos mutuos intereses lesionaron, abandonándolos y surgió el pensamiento de conferirme carácter para su gestión y defensa.

En tal situación y pensando que quizás sea uno de los últimos servicios que pueda prestar a los cubanos, aclamado por el Ejército, acepto el delicado encargo que se me confía dispuesto a ejercerlo en los casos concretos que se declaran, haciendo públicos oportunamente, la forma o manera de como lo ejerceré.

Con el concurso y la buena voluntad de todos, debo contar para esta obra de paz e inicio la reconstrucción verdadera, la que

reclama el país de nuestro patriotismo y la que se impone a la conciencia nacional para realizar en breve, su alta aspiración de República cordial y bien ordenada. El esfuerzo de muchos—que aquí lo serán todos—nos allanará el camino facilitándonos los medios de acción indispensables para coronar el trabajo grande de Cuba.

General, MÁXIMO GÓMEZ.

Quinta de los Molinos, 18 de abril de 1899.

La Lucha, La Habana, abril 18, 1899.



Manifiesto al Ejército Libertador de Cuba.

1899.

(Historia de sus gestiones en favor del Ejército Libertador.—Su negativa a concertar empréstitos para auxiliar económicamente a los libertadores, por la imposibilidad de lograr el consentimiento expreso del pueblo.—Su total desvinculación de los actos realizados por el Gobierno de ocupación.—Promete continuar laborando, ante la Casa Blanca si fuese necesario, porque los sagrados ideales de independencia y república, no queden ahogados entre los pliegues de una sutil diplomacia, lo que cree imposible suceda tratándose de una nación que se apresta a ser en próximo porvenir, elocuente y respetable voz del derecho, la civilización, la democracia y la justicia).

El sesgo en parte esperado, que han tomado los acontecimientos desde que como Representante del Ejército reanudé mis gestiones a favor del mismo cerca de las autoridades interventoras en esta Isla, hace que estime llegada la hora de levantar mi voz, con objeto de que sean conocidos el proceso y naturaleza del arduo empeño en que me ví comprometido por un concurso de circunstancias y la voluntad de los cubanos.

Desde mi primera entrevista con el comandante en Jefe de la División de Cuba, mayor general John R. Brooke, hube de manifestarle que estimaba insuficiente la ya histórica suma de pesos con que nos obsequiaba el Gobierno de los Estados Unidos para facilitar el licenciamiento de las fuerzas libertadoras.

Ante la contestación de aquella elevada autoridad en sentido de ser dicha suma la única a nuestro alcance para los fines citados, busqué otra fórmula para conseguir una solución favorable y práctica a un problema de tan grave consecuencia; puesto que, según el representante del Magistrado Supremo de la Unión americana, no se había tomado ni se tomaría en consideración ningún

proyecto de aumentar los caudales y satisfacer los haberes del Ejército Libertador, por más que en el Manifiesto de la Asamblea se asegurase otra cosa.

El fracaso de la Comisión que de su seno envió a Washington la Asamblea de Santa Cruz y que sólo obtuvo la cantidad de referencia; lo impracticable e inmoral de acudir a otras fuentes en busca de recursos sin el consentimiento expreso de todos los elementos que constituyen el pueblo cubano; las bases onerosas sobre las cuales brindábanse ciertos especuladores a facilitarnos un empréstito, que aun dado caso de que hubiéramos podido vencer todos nuestros escrúpulos, resultaba para nosotros inadmisibile por exigirse como condición primordial el asentimiento del presidente Mac Kinley, quien, cabalmente, según carta circular de la Secretaría de la Guerra, desconocía la personalidad de toda corporación que, con miras de comprometer el Erario se atribuyese la representación de Cuba; el mal estado en que se hallaban nuestras sufridas fuerzas, y una alta conveniencia política que también respondía a la necesidad nacional de garantizar por medios eficaces y completos la paz pública, moviéronme a pedir la formación de milicias como única solución viable y práctica, en las actuales circunstancias, a los problemas del país.

Propuse, repito, la creación de un Cuerpo de Milicias Nacionales en el cual, sin distinción de razas, pudieran alistarse por lo menos diez mil hombres y al que nuestro Ejército aportaría el mejor y más numeroso contingente. Al Comandante en Jefe pareció no desagradar este proyecto. Inquirió mi parecer acerca del tiempo necesario para llevar a cabo el alistamiento de los voluntarios, y según sus propias ulteriores manifestaciones, elevó mi proposición al Presidente de los Estados Unidos, indicándole como base un cupo igual en número al de cinco regimientos ordinarios de su Ejército. En apoyo de mi proyecto dirigí en 4 de marzo larga y razonada exposición al Presidente Mac Kinley. Por conducto del Mayor General John R. Brooke, acusó con finura oportunamente recibo.

Suspendidas las anteriores gestiones, que con aparente fundamento para esperar resolución favorable practicaba cuando en contra de la opinión pública acaté el decreto que me despojó de la Jefatura del Ejército; de acuerdo con la Junta consultiva que

para asesorarme más tarde constituí, con fecha primero de mayo reanudé mis trabajos en la esperanza de lograr tan importante objeto, procurando interesar además a un miembro distinguido del Consejo de Secretarios en la patriótica empresa que embargaba mi atención.

Después de algunas conferencias más, celebradas con el Mayor General John R. Brooke, las cuales, en esencia, versaron sobre la distribución de los tres millones de pesos, hube de remitirle, tras detenido examen de las dos minutas que sometiera a mi consideración, como fórmula más aceptables que las contenidas en los documentos de referencia, un proyecto de Decreto acerca de esta otra materia, en el articulado del cual especificábase que los fondos serían distribuídos entre todos los individuos del Ejército Libertador. Para no excluir del reparto a aquellos que por razón de sus servicios u otras causas especiales jamás estuvieron armados, no se estipulaba como condición forzosa la previa entrega de las armas para poder cobrar la proporción correspondiente de dinero; y al terminar estatuí, entre otras previsiones, que las recibidas de las fuerzas cubanas, sobreentendiéndose por esto las que ya se hallaban en poder del Gobierno americano (como sucede en el Camagüey con las pertenecientes al 3er. Cuerpo de Ejército) y las que se recogiesen por nuestras Comisiones, sería almacenadas en dos grandes arsenales, al cuidado de armeros cubanos por mí nombrados y con sueldos procedentes del Tesoro de Cuba.

Modificado inmediatamente por el Gobernador General mi proyecto de Decreto, aunque en las modificaciones no se emplearan tan duros términos como aperecieran en las dos minutas a que más arriba me refiero; estimando que había llegado el momento de proceder sin más dilaciones al reparto de los fondos como en extensa comunicación de fecha 7 de mayo le manifesté, pues toda demora redundaría en perjuicio del Ejército y del País, miré como últimas concesiones las que se me habían otorgado en texto del Decreto, y además, señalar los jefes y oficiales en imperiosa necesidad de auxilio para que fuesen socorridos, y nombrar armeros cubanos para el cuidado de las armas.

Por otra parte, me hice esta consideración: no debe sonrojar a nuestros soldados recibir de manos de quien tiene en las suyas los recursos todos que de derecho le pertenecen, algunas monedas

con que poder aliviar sus necesidades más perentorias, cuando reciben asignaciones pingües del gobierno interventor y han jurado solemnemente fidelidad a las autoridades de los Estados Unidos en esta Isla, valerosos jefes y oficiales del Ejército Libertador y otros personajes conspicuos en la política revolucionaria. La liquidación de sus haberes, que me preparo a facilitar por medio de hojas especiales de licenciamiento, corresponde a la República de Cuba una vez que definitivamente se constituya.

Convicción íntima mía es, que en tiempos de paz no deben permanecer armados los miembros de un ejército que se licencia. Las armas del Ejército Libertador son de Cuba y debían ser usadas mientras hubiese enemigos a quien combatir. Terminada la lucha en los campos de batalla, siendo propiedad exclusiva del Estado, debían ser conservadas en lugares adecuados como reliquias de la guerra de independencia.

En presencia de semejantes hechos, resolví no servir de obstáculos a la acción del Poder que rige nuestros destinos, ya que entregadas las armas a los Ayuntamientos o guardadas en arsenales por armeros cubanos, todo era en el fondo una misma cosa. Ayuntamientos y arsenales, como el país entero, está bajo la tutela del gobierno interventor.

Al llevar al terreno de la práctica aquellos deseos tropiézase con dificultades que, si me conceden la razón por otra parte demoran el fin de la obra. Los comisionados cubanos que se nombraron para la repartición del dinero renuncian sus cargos por no estimar practicable la forma que se consigna en los artículos del Decreto. En virtud de esos obstáculos, conferencié nuevamente con el Mayor General John R. Brooke, manifestándole la necesidad de variar lo dispuesto en sentido al menos de que pudieran dejar sus armas los soldados a los Alcaldes de sus respectivos términos municipales, y que los pagadores americanos diesen a conocer los días y lugares en que los individuos del Ejército cubano pueden encontrarse con ellos para hacerles las entregas proporcionales de efectivo, previa identificación por sus Jefes correspondientes; que de lo contrario sería preferible devolver el donativo que para nuestro Ejército le había mandado el Presidente de su Gobierno.

De acuerdo con este criterio, la primera autoridad de la Isla, en cuya rectitud de principios y buenos deseos abrigo aun grandes esperanzas para el bien público, dijo haber pensado de igual manera desde la tarde del día trece, por ser de todo punto necesario proporcionar a los soldados del Ejército Libertador ocasión de percibir los auxilios que, *desinteresadamente*, le brindaban los Estados Unidos, llenos de buena fe, por encima de toda duda, siendo así que los escrúpulos al parecer existentes respecto a la entrega de los armamentos resultaban tan infundados como extemporáneos, visto el poderío inmenso de su Nación y la generosa conducta que observaba con este pueblo, al cual con sangre y tesoros de sus hijos había contribuído de manera decisiva a libertar.

Cúmpleme declarar en este Manifiesto, que para desvanecer el grande error que existe tanto en Cuba como en los Estados Unidos, a la vez que me aparto de toda solidaridad con la materia, que no he tenido participación alguna en los actos de gobierno que se han realizado durante mi permanencia en la capital. Tampoco obedecen a indicaciones mías los nombramientos de altos funcionarios que hasta el presente se han hecho, los que han dejado de hacerse, ni las cesantías acordadas en el período de referencia.

Empero, no obstante el ligero entorpecimiento, aún puedo ofrecer mi leal consejo. Con los recursos que os ofrecen—sin ellos si no los aceptáis—retornad en calma a vuestros hogares.

Tened un poco más de paciencia, vosotros que tantas inequívocas pruebas habéis dado de heroísmo y abnegación.

Reconstruid como podáis el humilde bohío de los campos y dedicaos a regar con el sudor de vuestra frente, que aún ciñe el laurel inmarcesible de la gloria, el suelo consagrado por vuestras épicas hazañas a la libertad y el progreso de un siglo que avanza precedido por albores heraldos de futuras grandezas. Quitad con vuestra espartana actitud todo pretexto que pueda aducirse para demorar el advenimiento del Gobierno independiente por que han luchado y se han sacrificado tres generaciones de cubanos y que una nación noble ayudó a constituir en la solemne declaración y consagración de sus derechos.

Mientras tanto, yo permaneceré al lado del pueblo cubano, en cuyo seno me invitó generosamente a vivir. Trabajaré sin cesar por nuestras aspiraciones supremas dentro de la estrecha esfera de acción a nuestras iniciativas asignada; y si fuese necesario, y cuan-

do todos los medios lógicos y justos se hubiesen agotados estérilmente, aún me quedará el recurso de presentarme en los umbrales de la Casa Blanca para hablar de Cuba y de sus sagrados ideales de independencia y república al árbitro de los destinos del país que hemos regado con nuestra sangre y santificado con nuestro amor; independencia y república que no pueden jamás ahogarse entre los pliegues de una sutil diplomacia, tratándose de la nación que se apresta a ser, en próximo porvenir, elocuente y respetable voz del derecho, la civilización, la democracia y la justicia.

Quinta de los Molinos, 18 de mayo de 1899.

MÁXIMO GÓMEZ.

La Discusión, La Habana, 19 de mayo, 1899.



Proclama al Pueblo Cubano.

1899.

(Antes de consagrarse exclusivamente a sus asuntos particulares y confundirse con la augusta entidad del pueblo, se despide de éste y del Ejército.—Ya no se necesitan soldados, sino hombres de paz.—Todos deseaban la intervención extranjera para poner término a la guerra, pero nadie imaginó que nuestros aliados ocupasen militarmente el país.—Toca ahora al pueblo lograr que desaparezca cuanto antes ese tutelaje.—Para lograrlo deben unirse los cubanos en un solo partido, que lleve como evangelio el “Manifiesto de Montecristi” y tenga un solo objetivo: colocar en el puesto oficial—en que todavía no está—la bandera que, ensangrentada, pasearon los hijos de esta tierra por los campos desolados de la patria, conquistando sus derechos y defendiendo su honor.—Demostrando legítimos deseos y capacidad suficiente para gobernarnos, haremos inútil la presencia del extranjero en nuestra tierra).

Próxima a terminar la comisión que se me confiara, y que me colocó en el destino transitorio que acepté gustosísimo, porque solamente se concretaba a solucionar asuntos del Ejército Libertador que, para dirigir la guerra más cruel hasta ahora conocida en América, he comandado; libre ya de todo compromiso y antes de consagrarme exclusivamente a mis asuntos particulares, siento la necesidad de despedirme de vosotros con la cordialidad más pura, de dirigir mi voz de hermano, autorizada por mi historia y por mi amor a Cuba, a este pueblo heroico y bueno, a cuya ventura he cooperado sin cesar desde hace más de treinta años, sacrificando para ello lo más hermoso que poseemos los hombres en esta vida: mi juventud y mis amores.

Disuelto ya el Ejército Libertador, que realmente no tenía razón de permanecer organizado desde el instante en que España levantó el peso sangriento de su Soberanía despiadada en la infeliz Antilla, por cuya causa se armó nuestro brazo y nos fuimos a lu-

char al campo, nos cumple como ciudadanos pacíficos, confundirnos con la Augusta entidad del Pueblo.

No se necesitan ya soldados para la guerra, porque la guerra ha terminado; lo que se pide ahora son hombres para la paz, para el orden y para la reconstrucción de la riqueza pública, fuente principal del bienestar que debe disfrutar toda sociedad regeneradora y culta.

Si, cubanos, hay que comprenderlo, y decirlo también: este pueblo atraviesa por el período más difícil y hermoso a la vez, si se quiere que haya atravesado pueblo alguno sobre la tierra, pues es el único en la Historia y en el cual podemos aprovechar la buena ocasión que se nos presenta para ejercitar nuestras virtudes, a pesar de los vicios que nos ha dejado el coloniaje, y las asperezas que hayan impreso en nuestro carácter los hábitos de la guerra.

Todos deseábamos y hasta contamos con la Intervención de una Potencia extraña para poner término a la guerra. Esta intervención se realizó en los momentos precisamente más crueles de la guerra, dando por resultado el desalojo inmediato del Poder opresor, pero nadie contó que a raíz de este suceso extraordinario, sucediese la ocupación militar del País por nuestros aliados, la cual nos cohibe, quedando este pueblo incapacitado y reducido a la obediencia del tutelaje impuesto por la fuerza de las circunstancias.

Pero ese no debe ser nuestro ulterior destino; después de largos años de luchar continuo, después de tanta sangre y lágrimas derramadas por alcanzar la realización de un ideal político tan alto como merecido, es preciso propender por cuantos medios pacíficos estén a nuestro alcance, a que cambie nuestro destino. Hay que facilitar al poder interventor la terminación más rápida posible de su obra de organización, estipulada en el protocolo de la paz firmada con España, obra a mi juicio desagradable para el pueblo americano, como lo es también para el pueblo cubano.

Esta ayuda no parece ser siempre eficaz, si el espíritu de concordia ejercitado desinteresadamente, no prevalece entre todos los habitantes de la Isla.

Hay, pues, que olvidar pasados disgustos y desacuerdos, y unirnos propendiendo a la más completa adhesión entre todos los elementos y a la organización política, que naturalmente se impone a los pueblos cultos y capaces para regir sus propios destinos.

Siempre se ha dicho que los pueblos tienen los gobiernos que se merecen. Tenga el de Cuba el que se merece por su heroica historia.

Hoy no puede haber más que un solo partido en Cuba, con un solo objetivo: colocar en su puesto oficial—en que todavía no está—la bandera que, ensangrentada, hemos paseado los hijos de esta tierra por los campos desolados de la patria, conquistando sus derechos y defendiendo su honor.

Agrupémonos todos alrededor de ella, de esa bandera, símbolo de nuestra aspiración superior, y con el manifiesto de Montecristy en la mente y el corazón, como el evangelio que levanta el alma de Cuba a su mayor altura de engrandecimiento político y social, empecemos la obra pacífica de la verdadera redención, de un pueblo que por su historia merece el respeto de otros pueblos, pero que ahora se hace necesario merezca también las consideraciones de las naciones por su seriedad y buenas costumbres.

Si fuimos un modelo en la guerra, es más honorable serlo también en la paz. Hagamos inútil—con nuestro proceder—la presencia del extranjero en nuestra tierra. Quiero decir: que le demos legítimos deseos y capacidad suficiente para gobernarnos.

Ayúdesele—y eso es cuestión de meses,—a que termine cuanto antes su onerosa misión, impuesta por la ley de los sucesos, de administrar los intereses de un pueblo extraño.

Esta situación no puede ser grata a los hombres del Norte, ricos y dueños casi de un continente.

Por esto creemos injustificadas las dudas que acerca de su proceder pudieran abrigarse. Hagamos las cosas de modo que al terminar su obra de tutelaje organizador, se sientan inspirados hacia nosotros por el sentimiento más puro de respeto, consideración y fraternidad, y el pueblo cubano, a la vez, por el de la gratitud mejor sentida y eterna.

Que por imprevisiones nuestras no se aleje el gran día en que gallarda ondee nuestra bandera sobre las fortalezas donde por largos años ondeó la de la opresión y ahora ondea la del tutelaje por un mandato de sucesos consumados.

Debemos constituir inmediatamente un gran Centro, un Comité, un Gobierno—désele el nombre que se quiera,—para que sea

el director de la opinión al mismo tiempo que su legítimo representante la encauce por los caminos de la pacificación y no se interrumpa la lenta reconstrucción del país. Este Centro, que servirá únicamente los intereses cubanos, puede y debe pedir su ayuda al Poder Interventor para que sea más legal y atendida su exigencia. Y en el caso que todo eso nos fuese negado nos queda el recurso de recabar los del Partido que representamos.

Si, cubanos; yo como uno, si no de los primeros, pero sí al igual de los demás batalladores por la libertad del pueblo cubano, viejo soldado no muy distante del sepulcro, sin pasiones y sin ambiciones que me perturben la conciencia y el corazón, os llamo con la sinceridad de un Padre y la buena fe de un amigo leal, para que sin ir al campo de las superficialidades, sin promover inútiles discusiones creadoras de banderías y de fracciones, ni acentuar personalidades políticas, todo lo cual conduce a la anarquía, formemos, como un solo hombre, criterio sobre lo que dejo indicado. Para llegar a ese fin, paso primero que nos aproximará a la República, es preciso no ocuparse en liquidaciones personales. En esta tierra, donde tanto se ha sufrido, no debe habitar un solo hombre que los demás consideren extranjero, ni mucho menos, mal preparado o mal inspirado para servir a los intereses cubanos. Que la pasión nunca nos ciegue para advertir y corregir errores, pues de semejante modo desmentimos los principios de republicanismos que sustentamos y a cuyo nombre hemos hechado por tierra, roto en pedazos, el régimen anterior. Vengan todos los hombres de luces a formar en las mismas filas. Ya no hay autonomistas ni conservadores. Todo eso pasó ya a la Historia para no volver jamás. Ya no debe haber sino cubanos.

En cuanto a mi puesto, será aquel en el cual ni estorbe ni mortifique. Yo iré como el último de los ciudadanos a formar en las filas del pueblo. Y terminada como lo creo mi misión y mientras se va marchando por el camino que nos marcan la dignidad y el honor, yo me ausento temporalmente para abrazar a los míos, y volver después a recoger restos amados y ver a Cuba, que amo tanto como a mi propia tierra.

La última palabra es para mis soldados. Al dejar de ser vuestro jefe y devolveros la representación que me otorgasteis,

queda siempre para todos el amigo y el compañero, que compartió con vosotros las terribles penalidades de la guerra.

En donde quiera que plante mi tienda, repito, allí estará el dominicano amigo de los cubanos.

Adios: El General,

M. GÓMEZ.

Habana, 5 de junio de 1899.

La Lucha, La Habana, junio 6, 1899.



Dos palabras de consejo a mis amigos cubanos.

1900.

(Necesidad absoluta de ser muy atinados en la elección de los hombres que constituirán la Convención Nacional.—Sólo deben ir a ella los cubanos genuinamente revolucionarios, sin dar cabida a ninguno de los que ayer infamaron la revolución.—Es indispensable ponerse en guardia contra los ricos perniciosos y los intelectuales malos.—Ha llegado la hora de no engañar más a los pueblos.—La manera de no ver a los hombres más grandes de lo que realmente son, consiste en mirarlos siempre de pie y no de rodillas.—A los hombres se les debe amar, no por su saber y talento, sino por sus virtudes).

Calabazar, agosto 20 de 1900.

Para que los hombres del 68 que se han mantenido fieles a la bandera de la Revolución; y los del 95, no se quejen mañana inutilmente, como dice el refrán: “De haber trabajado para el inglés”; me permito aconsejar a los cubanos todos, al pueblo que tanto ha sufrido; que es preciso tener mucho cuidado, tacto exquisito, y mucha previsión en estos momentos históricos.

Hay necesidad absoluta de ser muy atinados en la elección de los hombres que constituirán la Convención Nacional; éste alto cuerpo, en el cual fijará su atención el mundo entero, está llamado a levantar los cimientos del templo de las libertades cubanas, que tanta sangre han costado a este pueblo.

Que no se confundan las ideas con los principios.

El honor impone salvar los últimos, aún a trueque de nuestra propia vida.

La Convención Nacional debe ser—eso es lo justo—un organismo compuesto de hombres genuinamente cubanos revolucionarios, siendo ella como es, la resultante hermosa de la Revolución.

Y no puede ser de otro modo, al menos que el pueblo, engañado, fascinado por retóricas de relumbrón, abdique los derechos sacrosantísimos que ha conquistado con tantas lágrimas, con tanta sangre, olvidando desde luego su gran historia.

Entonces, llegado este triste caso, desde el fondo de sus tumbas protestarían los muertos gloriosos.

Sin descender de sus puestos, sin faltar a los deberes sagrados que impone el honor, no se puede, no se debe dar cabida en aquella magna congregación de amigos, de hijos de la patria libre, a ninguno que ayer la infamó.

El honor de unos y otros, lo veda.

Lo contrario sería la prueba palmaria de la mayor de las despreocupaciones, por no calificar esta acción de cínica.

Así y todo no deben descuidarse los cubanos. "El enemigo ha plantado sus tiendas, no muy lejos de las puertas de Roma".

Habiendo quien asegure, que cuentan en el interior, con fuertes aliados velados hoy con el más refinado patriotismo; cuando en épocas recientes de congojas y amargura para la infeliz Cuba, no sintieron siquiera por humanidad, conmovidas sus entrañas, ante los crímenes y matanzas de Weyler; los mismos que después en presencia de los acorazados americanos aparecieron de improviso, como valientes y ardorosos campeones de las mismas libertades que combatían antes encarnizadamente.

Y los que por ahí se quejan y se lamentan de que no se aceptan ni a los ricos perniciosos ni a los intelectuales malos, a esos bien puede contestárseles, parodiando a Jesús: "Tú lo has dicho".

Quizás fueron en su día funestísimos a la Revolución, muchos intelectuales y muchos ricos—(que metan las manos en su pecho)—; siendo por ésto sin duda, que aparecen tan alto y honrados, los que son excepción, cosa natural en toda colectividad o gremio desviado.

Es necesario creer, que ha llegado la hora de no engañar más a los pueblos.

Ellos han aprendido a fuerza de dolores que la manera de no ver a los hombres más grandes de lo que realmente son, consiste en mirarlos siempre de pie y no de rodillas y que los hombres deben amarse, no por su saber y talentos, sino por sus virtudes.

El patriotismo bien sentido y bien justificado con el sacrificio tiene el deber y el derecho de señalar sin miedo y sin com-

ponendas, a los hombres, no más sabios, sino más dignos, para que entiendan en los asuntos sagrados de la patria.

Y si en la guerra el mundo entero contempló a Cuba, como a una heroína sublime, en su titánica lucha; que sepa ahora en la paz, demostrar su viril entereza, para perdonar, sin que por ello se entienda mermada su altivez revolucionaria; cuyo carácter indiscutible es inútil querer despojarla prematuramente.

Otra cosa es fomentar rencores y ahondar divisiones, porque la elevación moral a que la elevó su triunfo sobre la tiranía, la muerte por su espada, todas las concupiscencias y usurpaciones, sólo a la República será dado acomodar a las justas aspiraciones del pueblo, atemperando y modificando.

Mientras ese ansiado momento no llegue, mientras no resulte esa feliz inauguración, bien supremo acariciado por redentores y redimidos, todos viviremos juntos, es verdad, en apariencia, pero los unos no pueden olvidar el *machete* y los otros *el foso de la Cabaña*.

De aquí arranca ver a tanto español sensato, esperando callado y tranquilo, la terminación de la obra de la revolución; que generosamente no ha podido terminar por causas que ella no ha podido evitar y que le salieron al camino; las mismas que salvaron a España con la diplomacia de un *Tratado*.

Sólo se podrá llegar a una verdadera paz moral, que es el sosiego de los espíritus, entiendo por las puertas de la República.

Más que nada, para que esta lo sea en verdad, para todos y bien ordenada, es preciso que su bandera tan salpicada de sangre, represente el símbolo del honor y la justicia.

De esta maenra no habrá un solo hombre en Cuba, después de la República, que no esté contento de si mismo, garantizado por las Leyes y su propia conciencia.

MÁXIMO GÓMEZ.

Mi Diario de la Guerra... por Bernabé Boza, 2ª Ed., La Habana, 1924, t II. p 315.



Carta publicada en el Periódico “El Cubano”.

1900.

(Si la revolución no corona su obra en la Convención Nacional, quedará aquella trunca.—No debe confiarse la labor de organizar y constituir la República a los que se armaron para combatir la revolución a los enemigos de ésta, sino a los cubanos revolucionarios).

Calabazar, agosto 22 de 1900.

Parece que se han equivocado al apreciar los conceptos emitidos por mí en la carta publicada hace días.

El partido *Separatista* de la Isla de Cuba, siempre ha defendido un principio: el de la independencia del país, por haber creído a éste capaz de gobernarse por sí mismo.

Esa fué su declaración ante el mundo entero y el mundo entero la aprobó.

Contra esa justa aspiración del pueblo cubano, se aunaron aquí los partidos para combatir la Revolución.

Se trata ahora de algo más serio que de una cuestión de proveer empleos públicos; de algo que ha de resultar muy claro, muy honorable, muy en consonancia y a la altura de la Revolución que conmovió a toda la América y parte de Europa.

¿Se debe confiar esta obra a los que se armaron para combatir la Revolución; o a los cubanos revolucionarios, que ya en el campo de batalla, ora en las ciudades o emigraciones, le prestaron su cooperación directa? ¿Debe abandonarse la suerte de la Revolución a sus enemigos?

Nos pareceríamos a aquel hombre que obtuvo el premio gordo en la lotería y después—no sabiendo que hacer con el dinero—se fué a consultar con el vecino, de quien hacía tiempo le separaba

una irreconciliable enemistad; son de imaginarse los consejos del vecino que no tenía nada de bobo.

Yo creo que la Revolución debería coronar su obra en la Convención Nacional; de lo contrario quedaría trunca.

Yo, amigo leal del pueblo cubano, no hago más que aconsejar sencillamente lo mejor que me parece que le pueda convenir.

Jamás trataré de imponerme en ningún sentido, puesto que no quiero ni ambiciono nada.

Soy un viejo desengañado y los míos están asegurados por sus tierra, sus trabajos y sus virtudes.

MÁXIMO GÓMEZ.

Mi Diario de la Guerra..., por Bernabé Boza, 2^a Ed., La Habana, 1924, t. II, p. 321.



Carta al Gral. Bernabé Boza.

1900.

(La obra de entregar el país al país, en paz consolidada, no puede confiarse a los enemigos de ayer.—Después, lo que falte por hacer y ordenar, corresponde al país en masa.—No se debe mirar nunca a la superficie, sino escudriñar en el fondo).

Calabazar, agosto 25 de 1900.

Señor General Bernabé Boza.

Santa María del Rosario.

Estimado amigo: Me alegro, que según se expresa en su carta, haya sido acogida por usted y con característica benevolencia—a pesar de que yo y usted hemos adquirido fama de amos—mi carta, indicando una vez más a la masa del pueblo nuestro, no muy versado aun en política, el verdadero camino del honor y la dignidad nacional.

La revolución, General, ésto creo yo, que perturbó al país y al mundo entero americano y hasta parte del europeo, con la guerra más terrible y justa, pero guerra al fin, está en la obligación santa, como santos son sus principios, de entregar el país al país, en paz consolidada; y esta obra no puede ser confiada a los enemigos de ayer.

¡Ah! después que la Convención Nacional dé al país, dé al pueblo el Código por el cual se han de regir sus destinos, el día en que se sancione y promulgue esa Carta Magna, ese día, General, venga en seguida a darle un abrazo de despedida a su viejo Jefe, amigo y compañero, pues es muy posible que nos separemos para siempre.

Ese día habremos terminado los revolucionarios nuestra obra; todo lo demás que falte por hacer y ordenar, corresponde al país en masa.

Entonces, yo el primero, me diré: ¡Silencio! Y si el pueblo pide a Weyler disfrazado, para Presidente de la República, yo lo lamentaría en silencio, pero nada más.

Y si tengo con usted estas expansiones íntimas, a eso tengo hermosísimo derecho; porque no en vano se codean los hombres honrados, largo tiempo frente a la muerte, defendiendo los mismos principios.

No haga usted caso de las desaveniencias en el seno mismo de los compañeros de glorias e infortunios, ¿acaso se supone usted, —que posee un espíritu ilustrado— que puede haber un lugar en el Planeta curado de pasiones y ambiciones? Yo creo que hasta en esferas más altas, es muy posible que encontremos esas miserias.

No mire usted nunca a la superficie; escudriñe el fondo, sin olvidar que en todos los apostolados ha habido sus Judas.

Yo doy a usted las gracias por sus cariños, sus ofrecimientos de hospitalidad en esa residencia suya; y no esté muy descuidado, le dé una sorpresa; no crea que he dejado la maña vieja; aunque yo sé que si usted sabe batirse bien, también sabe cubrir muy en regla un Campamento, que no entra ni una mosca sin que se sepa.

Hasta luego y recuerdos afectuosos de mi familia, quedo de usted siempre amigo y compañero.

MÁXIMO GÓMEZ.

Mi Diario de la Guerra... por Bernabé Boza, 2ª Ed., La Habana, 1924, p. 318.



Carta al Gral. Bernabé Boza.

1901.

(Es necesario pensar, con la calma y prudencia que reclaman estos asuntos, cómo debe organizarse la República.—No desea que le hablen de la Presidencia: no quiere ponerse esa corona de espinas).

Marzo 15 de 1901.

Mi estimado amigo: He leído su cariñosa, francota carta, publicada en *La Lucha*, que revela lo que usted es, buen amigo y mejor patriota.

“Es el hombre lo que es, aunque le den puntapiés”. Yo no sé quien ha dicho eso, pero me atrevo a asegurar que es mambí viejo.

República sí tendremos, General, de eso no le quede la menor duda.

Lo que sí tenemos es que pensar con la calma y la prudencia que reclaman estos asuntos, cual sea la forma más conveniente, en su parte exterior, de esta República.

En muchas empresas humanas, los extremos hacen daño y encontrar su justo medio, eso es lo que salva al país y consolida la paz.

En cuanto a mí, no me hable de presidencia; no sea usted ingrato, recuerde que siempre lo he querido y distinguido, como usted se merece.

¿Por qué piensa usted que yo debo ponerme esa corona de espinas?

¿Qué mal le he hecho yo a usted, ni a nadie?

No me siento bien hoy, por eso no soy más extenso.

Suyo afectísimo amigo,

MÁXIMO GÓMEZ.

Mi Diario de la Guerra... por Bernabé Boza, 2ª Ed., La Habana, 1924, t. II. p. 333.

Carta al Gral. Bernabé Boza.

1901.

(Su objeto único al actuar en la vida pública es propender a la unión de todos los elementos del país, para ver si logramos salvarnos, salvando lo que se ha dejado en pie de la revolución).

Calabazar, agosto 21 de 1901.

General querido Boza.

Mi familia toda se auna a mí para darle las gracias por sus sentidas frases de condolencia, por la pérdida de nuestra amada Gloria.

Por amigo común, he sabido que usted se ha extrañado que no lo invitara para la reunión del domingo; no fuí yo, General, quien firmó las invitaciones y no quería yo por motivos de delicadeza, que a su gran penetración no pueden pasar desapercibidos indicar a ninguno de mis íntimos amigos, y usted es uno de ellos.

Si se puede llamar política a ésto en que me he mezclado, bien puede usted fijarse y notará que hablaré lo menos posible y en las iniciativas seré de los últimos.

Mi objeto es único, el de propender a la unión de todos los elementos del país, para ver si logramos salvarnos, salvando lo que se ha dejado en pie de la Revolución.

No necesita usted ir a juntas. ¿Para qué?

El que ayer supo erguirse en su caballo de batalla con bríos y decisión, por amor a la patria, hoy en la paz, con la palabra, la pluma y el ejemplo, puede y debe secundar la obra de la Redención.

Bien sabe que lo quiere mucho, antes de *Guayacansillo* y *La Majagua*.

Su General y amigo,

MÁXIMO GÓMEZ.

Mi Diario de la Guerra... por Bernabé Boza, 2ª Ed., La Habana, 1924, t. II. p. 326.

Carta al Gral. Bernabé Boza.

1901.

(Las "Invasiones" no se han terminado.—Nunca se ha preocupado de las pequeñas glorias que otros tanto ansían.—"Jamás dude de mí", dice a Boza).

Calabazar, septiembre 23 de 1901.

General Bernabé Boza.

Estimado amigo: Creo que debo a usted más de una contestación; tengo ahora a la vista la suya de fecha 20 del actual, con un recorte de su *Diario*.

¡Qué recuerdos aquellos, de nuestra, que creíamos, gloriosa historia!

Tiene usted razón en su justa queja, pero no soy, General, el culpable de las faltas, tan sólo.

Fuí yo, es verdad, el iniciador de la *junta*, pero después apareció el General Rius, y yo no quiero disputar con nadie nada en seguida me hice a un lado; son pequeñas glorias de que no me he ocupado nunca y las cedo con verdadero desprendimiento y sinceridad, desde que sospecho que alguien las desea.

Recuerdo que durante la marcha de la *Invasión*, yo cedía siempre a Maceo, la casa, que él aceptaba, y yo me quedaba a la intemperie, junto con usted y los nuestros, en el campo. Y no por eso dejamos de triunfar.

¿Y cree usted que las *Invasiones* se han terminado?

Es preciso para conocer, para comprender todas esas cosas, no tener, como ya yo no tengo, un solo cabello negro en la cabeza. Modérese en sus juicios, tenga fe y espere.

Su nombre y su historia, así asegurados, lo ordenan y mandan.

Jamás dude de mí, que cuando de usted me cuenten cosas ex-

trañas, antes de dudar de su corazón, dudaría de su juicio y diría: “está loco”.

Cuanto lo quiere, eso lo sabe usted, suyo

MÁXIMO GÓMEZ.

Mi Diario de la Guerra... por Bernabé Boza, 2ª Ed., La Habana, 1924, t. II. p. 326.



Carta al Gral. José Miró.

1901.

(La nación debe pagar a sus servidores, pero sin exigencias que autoricen al mundo a decir que se ha desbaratado con los pies lo que se hizo con el corazón.—Se debe tener fe hasta el último instante.—El tiene fe en la sangre y las lágrimas derramadas sobre esta tierra fecunda, fé en los sacrificios consumados por este pueblo, fé en la honradez norteamericana.—Ni blancos, ni negros, ni cubanos, ni españoles, ni extranjeros, pues todos viven bajo la bandera de la República).

Calabazar, octubre 21 de 1901.

General José Miró:

Estimado amigo: De fecha 17 son las cartas de usted que juntas recibí ayer. En una de ellas me acusa recibo de la última mía. La actitud del General Masó en asunto tan delicado, en el que ha debido decidirse por una cosa u otra, no creo que al fin le hará mucho favor. Yo le escribí una carta aconsejándole, lo que me parece bueno para Cuba, y prudente y correcto para él. A esta carta mía, no ha contestado. Se ha dicho siempre que “la ocasión la pintan calva”, pero en donde tiene mejor aplicación este aforismo, es en política. Atravesando Masó por este trance, Dios quiera que al fin no resulte para él, ni una cosa ni otra. Por mi parte, como mi consejo ha sido desdeñado, no me meto más en eso. El ha desdeñado a sus amigos viejos y se ha ido con los nuevos. Enhorabuena: en eso de elegir cada cual es dueño de su voluntad.

Mi opinión sobre la paga del ejército, ha tenido aceptación por acá entre la gente de espíritu levantado. En los demás que me han combatido sin tener en cuenta el decoro cubano, eso no debe preocuparnos, pues demasiado castigados están con el aplauso de los hombres, nativos y extranjeros, amantes del bien de esta

tierra que entienden lo mismo que yo, que la Nación debe pagar a su servidores, pero sin exigencias que autoricen al mundo a decir que hemos desbaratado con los pies lo que hicimos con el corazón.

Lo que usted me dice del general Cebreco, indicado para Senador, ya verá usted la contestación que él dará a eso. La misma que daría yo, si los cubanos trataran de nombrarme embajador cerca del gabinete de Washington. Y esto que una vez comí en Casa Blanca.

Tengamos fe hasta el último instante. No dé usted cabida en su pecho al pesimismo por los destinos futuros de Cuba, en vista de tantas ambiciones y apasionamientos. Ninguno más combatido y vilipendiado que yo, pero nada basta a quebrantar mi fe. Tengo fe en la sangre y las lágrimas derramadas sobre esta tierra fecunda; en los sacrificios consumados por este pueblo, y tengo fe en la honradez americana.

Todo esto que presenciamos ahora es natural que suceda. Es el período crítico. El país, como un enfermo, se halla bajo una fiebre muy intensa, pero el enfermo no morirá porque es un ser robusto. La lucha de ahora es puramente moral y sin consecuencias lamentables para el país, mientras no se perturbe la paz pública.

Es necesario hacer entender a todos, que aquí, ni blancos ni negros, ni cubanos ni españoles, ni extranjeros, pues todos viven bajo la bandera de la República.

Dele a los amigos mis recuerdos, lo propio que a su esposa y al precioso de la casa, y quedo de usted muy affmo. amigo,

M. GÓMEZ.

A última hora:

Recibí ya escrita ésta, la contestación del General Masó en buen sentido. Creo que todo se arreglará bien.

GÓMEZ.

La Discusión, La Habana, noviembre 5, 1901.



Carta a F. María González.

1902.

(Su cariño y su admiración por Martí.—Lo que más admira en Martí: que se puso al lado del obrero para que, instruyéndole, se sintiera bien hallado con la nueva sociedad que debía venir, creándose de este modo la República con el pueblo y para el pueblo; que predicó la escuela como la panacea que curará todos nuestros males; que fué rebelde contra todas las tiranías y usurpaciones).

Señor F. María González.

Estimado amigo: Quedo enterado del propósito que tienen ustedes de reunirse el día 19 de mayo, para tratar algo relativo a la memoria imborrable del querido de todos nosotros, José Martí, muerto hace siete años defendiendo en los campos de batalla los derechos de su pueblo. Y han hecho muy bien en decirme ese propósito, pues usted sabe cuanto lo amaba yo también y, cual ninguno, sufrí el primero la profunda pena de verlo desaparecer en aquella hora funesta para la patria.

Yo no sé si podré tomar parte en esa reunión de amigos de Cuba y del glorioso muerto a la vez, y es por eso que le adelanto estas líneas de condolencia como un deber cumplido a la memoria del héroe caído en *Boca de Dos Ríos*.

Fué José Martí muy poco conocido de sus compatriotas, los cubanos, en el verdadero, esplendoroso apogeo de su gloria. La verdad sea dicha: yo no he conocido otro igual en más de treinta años que me encuentro al lado de los cubanos en su lucha por la independencia de la patria.

Martí fué cariñosamente admirado en la tribuna, desde donde flageló siempre a la tiranía y se hizo amar del pueblo, cuyos derechos defendía con tesón incansable.

Desde allí, al decir de muchos criollos y extraños, se hizo un hombre notable.

Supo buscar en el libro y el periódico los mejores y más cariñosos factores, poniéndolos al lado del obrero cubano en el taller del trabajo, para que se instruyera, principalmente, en el amor a las cosas de la patria, y se sintiera después bien hallado con la nueva sociedad que debía venir; creándose de este modo la República por el pueblo y para el pueblo. Predicó la escuela, como la panacea que curará todos nuestros males como consecuencia de una vida anterior de atraso crudísimo, de privilegios y obscurantismos. Aun siendo un niño se encaró contra el poder usurpador de los derechos de su patria, y por eso pagó llevando un grillete al pie, pues buen cuidado había de tener la tiranía de apagar en Cuba toda lámpara que, como Plácido, pudiese dar algún destello de luz.

Siempre lo fué Martí, en suma: altivo, rebelde contra todas las tiranías y usurpaciones.

En hora buena, todo eso es espléndido y edificador, sublime si se quiere; pero Martí no debió tener necesidad de hacer grandes esfuerzos para llenar esa misión que él mismo se había impuesto. Para aquel cerebro, dotado de sorprendentes recursos intelectuales y para aquel hombre de gran corazón, debemos presumir que no era una empresa que ofreciese grandes dificultades que vencer.

El atrevimiento era mesurado, se tenía que contar con el tiempo y esperar que la semilla fructificara nuevamente, después de tantos fracasos. La esperanza no había muerto en el corazón del pueblo, y Martí, hombre de penetración, comprendió eso y en esa grande y sólida base apoyó el extremo de su palanca.

Pero llegó un momento para Cuba en el que Martí debía completarse y se completó, y he aquí desde donde yo lo he visto grande y hermoso y adonde muy pocos tuvieron la ocasión de contemplarlo, consumando el mayor de los sacrificios: franco, sencillo y resuelto, sin que pudiese esperar alagado el aplauso, porque en la guerra todo es duro y escueto. Frente a la muerte no se puede mentir; hasta allí no se puede llegar sino desnudo de ficciones.

Yo ví a Martí entero y sin decaimientos cuando en el tremendo fracaso de la Fernandina, en donde lo perdimos todo, quedándonos sin recursos y sin crédito como premio doloroso de algunos años de ímprobo trabajo. ¡Qué días tan amargos aquellos que nos

tenía preparado el destino! Al lado de la terrible contrariedad que sufrían unos hombres preparados con entusiasmo para una grandiosa empresa, ese fracaso no solamente dejaba comprometida aun la vida, sino también algo más grande: el honor. Preciso era en lance tan desesperado jugar el todo por el todo, y ví entonces a Martí, sin miedo y resuelto a correr los azares de una suerte por demás incierta, cuando, para cumplir la palabra empeñada con la propia conciencia y con la patria, nos lanzamos a la mar en débil barquichuelo, llevándoles en vez de elementos de guerra, a los compañeros combatientes ya, la dolorosa noticia del fracaso. Para los hombres de honor que sepan apreciar aquella desairada situación nuestra, sobre todo para Martí, que era el director de las cosas de fuera, han de pensar, junto conmigo, que era preciso poseer una gran dosis de entereza para no sentirse desconcertado ante tamaño infortunio, que muy bien pudiera apreciarse de manera distinta, por la vehemencia de la opinión pública, desesperada por ver realizada la empresa con tanta insistencia anunciada. El pueblo, y sobre todo los eternos enemigos de la revolución, podrían decir con sobra de razón: "He aquí el parto de los montes".

Después de eso ví a Martí resuelto y entero, cuando, no contento el destino con la desgracia con la cual acababa de fustigarnos, dispuso fuésemos traicionados y abandonados en la mar por los mismos que se haban comprometido, mediante una retribución adelantada, a conducirnos a la tierra amada.

Momentos angustiosos fueron aquellos, capaces de meter miedo a los espíritus más fuertes y mejor templados, y a hombres como Martí, no acostumbrado a los azares de la guerra. Extraño contraste: habíamos principiado por la más horrenda derrota, para obtener después, como se ha visto, la más espléndida victoria. Así ha sido Cuba y seguirá siéndolo.

Al fin vencimos de tantos trastornos y de tantas infamias, a costa de sacrificios sin cuento, y yo ví entonces también a Martí, atravesando las abruptas montañas de Baracoa con un rifle al hombro y una mochila a la espalda, sin quejarse ni doblarse, al igual de un viejo soldado batallador, acostumbrado a marchas tan duras, al través de aquella naturaleza salvaje, sin más amparo que Dios. Después de todo este martirizante cálvano, y cuando el

sol que alumbra las victorias principió a iluminar nuestro camino, yo ví a José Martí, ¡ah, qué día aquél! erguido y hermoso en su caballo de batalla, en Boca de Dos Ríos. Como un venado, jinete, rodeado de aquellos diestros soldados, que nos recuerda la historia, cubiertos de gloria en las pampas de Venezuela.

Allí, en Boca de Dos Ríos y de esa manera gloriosa, murió José Martí. A esa gran altura se elevó para no descender jamás, porque su memoria está santificada por la historia y por el amor. no solamente de sus conciudadanos, sino de la América toda también. Guarde usted, amigo mío, estas líneas, como un recuerdo del amigo y del hermano, escritas al calor de los recuerdos de aquellos tiempos y del compañero muerto y nunca bien llorado.

M. GÓMEZ.

El Mundo, La Habana, mayo 18, 1902.



Carta al Gral. Bernabé Boza.

1902.

(“Nadie, imposible, más amigo que yo de los cubanos”).

Habana, 12 de noviembre de 1902.

General Bernabé Boza.

Nunca dude de mí; jamás despreciaré nada que venga de los hijos de esta tierra que tanto amo.

Lo que sí haré es otra cosa, que me parece a mí que nos dignificará a todos.

Nadie, imposible, más amigo que yo, de los cubanos.

Suyo amigo,

MÁXIMO GÓMEZ.

Mi Diario de la Guerra... por Bernabé Boza, 2ª Ed., La Habana, 1924, t. II. p. 329.



PATRIMONIO
DOCUMENTAL

OFICINA DEL HISTORIADOR
DE LA HABANA

Carta al Gral. Bernabé Boza.

1903.

(Por nuestro modo de ser, por nuestro carácter, no sabemos mantenernos en el punto medio: o amamos u odiamos y no salimos del apasionamiento, que nos conduce al error, que en política es la muerte de los principios, si estos pudieran morir, llevándonos al poco digno personalismo).

Habana, 20 de agosto de 1903.

General Bernabé Boza.

Mi estimado amigo: Hoy que he podido levantar cabeza, después de la grippe que he sufrido, es que me es dado ocuparme de su apreciable carta, que leí en momentos de ir a la cama.

Recuérdome al volver a leerla, de aquellos días, no más gloriosos, ni más grandes, por lo que hacíamos, sino de más hombres, por lo que ejecutábamos, con la fuerza de los ángeles.

¡ Ah, aquello sí fué hermoso, más que lo de ahora !

Lo vi a usted, yo también, ayer, atinado, casi hermoso en la tribuna; pero más hermoso lo ví un día en *Guayacansito* y en otros lugares y viviendo en aquellos, dentro de los palpitantes viejos recuerdos; yo lloraba lágrimas que no se ven, mientras el pueblo aplaudía frenético, lo que en realidad no entiende.

No me diga que escriba sobre las cosas pasadas ayer; que cuando yo escribí lo del *Viejo Edúa*, mi corazón estaba menos herido por los hombres y el destino.

Y usted que me conoce tanto, sabe muy bien, que soy muy ajeno a especulaciones.

Y Cuba, como dije ahora días, aun no ha entrado en el hermoso período en que sus hijos se deleiten leyendo su Historia.

Desgraciadamente ahora se trata más de las cosas de la materia que del espíritu; y así tiene que ser, hasta que el país no

entre en la era de bienestar que la guerra fabricó; hasta en sus raíces para establecer la República; pero aún hay más y eso puede espantar a cualquiera que no sepa pensar, y ese amigo mío, que hoy, en estos momentos le es más fácil encontrar simpatías a un *guerrillero* que no edificó que a un libertador que destruyó los viejos moldes, para establecer la República.

Y tan es así, que ayer, en plena tribuna, Arístides Agüero confundió en un risible triunvirato al Marqués, a mí y a Gálvez; y no hubo una voz que se levantara y gritara ¡atrás el extranjero, que aun no es tiempo, porque aun no están borradas la huellas de Weyler!

Eso no hubiera sido radicalismo, hubiera sido dignidad, que es lo que a la sazón ocurre aquí; confundiendo una cosa con otra, bien distinta por cierto.

Por nuestro modo de ser, por nuestro carácter, no sabemos mantenernos en el punto medio, o amamos u odiamos y no salimos del apasionamiento, que nos conduce al error, que en política es la muerte de los principios, si éstos pudieran morir, conduciéndonos al poco digno personalismo.

Yo no escribo más, General, no quiero contribuir de ningún modo, a lo que yo para mí entiendo, que sería una profanación de tantas cosas sagradas, pasadas ya; y que yo guardo en mi memoria, solamente como un recuerdo santísimo. Como el viejo soldado francés del cuento: “Guardo en mi vieja mochila, la bandera de guerra ripiada, del batallón, cuando apenas quedábamos algunos vivos, después de la recia refriega”.

Que nos miren con desdén, con desprecio, eso no importa; quizás sea mayor por eso, la gloria y la grandeza moral a que se nos eleve.

Ya me esperaba yo la clase de herencia, que en el reparto nos pudiese tocar; y el que no lo esperó así, por muy cándido ha debido tenerse.

No me siento muy bien y termino aquí, deseándole para su familia la mejor salud. De usted muy amigo,

MÁXIMO GÓMEZ.

Declaraciones a un Redactor de “La Discusión”.

1903.

(Contra la Lotería.—No sería decoroso acudir al garito para pagar deuda tan justa como los haberes del Ejército Libertador).

.....

P.—En el caso de que realizado el Empréstito de 35 millones, no alcanzase esa suma para abonar los haberes del Ejército, ¿cree usted conveniente la reimplantación de la Lotería, destinándose sus productos, exclusivamente, a completar la suma necesaria para la total paga del Ejército?

R.—Lamento cómo un hombre ilustrado y bueno como usted me hable de la Lotería. Como ha dicho muy bien el coronel Villuendas “esa es la boruga de los pobres”. Por otra parte, no sería muy decoroso para el Ejército, que tan heroico combatió en defensa de la República, que se recurriese al garito para pagarle deuda tan justa.

.....

La Discusión, La Habana, noviembre 21, 1903.



PATRIMONIO
DOCUMENTAL

OFICINA DEL HISTORIADOR
DE LA HABANA

A los Cubanos.

1904.

(Para que Cuba pueda consolidar seriamente su verdadera situación política como nación libre e independiente, se hace necesaria la constitución de dos partidos políticos firmes: uno, de genuinos revolucionarios; otro, el partido conservador, compuesto por los elementos, que después de la victoria de la revolución, desengañados y convencidos de sus errores, buscaron en las filas del moderantismo, la manera de ser, a su modo, útiles a la República.—Todos deben definirse para que el pueblo los conozca.—El ‘siempre está en la manigua’).

Nunca como en estos momentos me he sentido dispuesto a dar mis consejos de buen amigo a los cubanos; que no porque la paz y la victoria me obligaron a dejar tranquila la espada en la vaina, he de enmudecer como un soldado mercenario a quien se le paga y despide. No; que mi deuda de amor contraída con el pueblo cubano es inmensa, y será eterna para mí y los míos.

La carta que han escrito algunos amigos de la Revolución que ha dado patria a los amigos de siempre y a los enemigos de ayer, para que resultara armónica fusión, ha causado por ahí profunda impresión, alagadora a las veces, pesimistas otras; más, en mi concepto, no hay motivos para alarmarse tanto. Para que Cuba pueda consolidar seriamente su verdadera situación política como nación libre e independiente, se hace necesario la constitución de dos partidos políticos firmes dentro de la República, disciplinados, respetuosos y respetados. Por la Historia, que no se puede profanar sin mengua de la Justicia y del decoro nacional, uno de estos dos partidos no podrá constituirse jamás sino con los elementos afines, genuinamente revolucionarios, que en medio de la noche oscura de la Colonia lucharon y soñaron con el ideal republicano.

Ese es uno; el otro ha de ser el partido conservador—ese es el nombre que le cuadra—y ha de estar compuesto por los elemen-

tos que, después de nuestra victoria, desengañados y convencidos de sus errores, buscaron en las filas de lo que aquí ha dado en llamarse moderantismo, la manera de ser, a su modo, útiles a la República; pero hay que confesar que aun no se ha hecho nada en el sentido de la verdadera organización del país. Para que esto suceda, es preciso que todos los elementos afines se congreguen; de un lado, unos; y del otro, los demás. Entonces quedaría demostrado de una manera ostensible, lo que siempre hemos afirmado: que en Cuba no debe vivir ningún hombre que no se sienta libre y feliz.

Nada de independientes, fuera de la disciplina de los partidos; los hijos de esta tierra no deben por ningún motivo desempeñar el triste papel de extranjeros en su propio país. Y hay que definirse para que nos conozcamos, para que nos contemos, para ser útiles al país, porque de esa manera el pueblo cubano verá garantidos la paz, el orden y la independencia de Cuba.

Por lo que respecta a mi personalidad, puedo decir que jamás me ha molestado la lealtad de los otros, pues yo también la tengo; agregando que con gusto confirmo lo que jocosamente ha dicho por ahí un periódico, sin saber que interpretaba mi pensamiento: “el General Máximo Gómez siempre está en la manigua”.

M. GÓMEZ.

La Lucha, La Habana, diciembre 3, 1904.



Carta al Director de “La Lucha”.

1904.

(Al hablar de revolucionarios, no ha querido ni predicar la lucha, ni defender el militarismo).

Sr. Director de *La Lucha*.

Distinguido amigo:

Le agradeceré mucho publique en las columnas de su estimada publicación, las siguientes líneas:

Pues señores, yo no sabía que con mi articulito iba a poner el dedo en la llaga. No se crea por nadie, ni por los amigos que lo sentirían muchísimo, ni por los mal intencionados—que se pondrían contentos—, que yo voy a contestar a unos cuantos, que me han salido al camino, dándome el ¡alto! No, nada de eso, que no vengo yo ahora, después de viejo y gastado, a sentar plaza de polemista, indicando hasta dar su verdadero sentido, a las palabras.

Yo no he hablado de combatientes ni de militarismo, me he contraído tan sólo a revolucionarios. José Dolores Poyo puede, por ejemplo, no ser capaz de matar una cucaracha pero ¿quién no respeta y quiere a esos hombres, a verdaderos representantes de la razón y la justicia? De la misma manera no me explico (cómo dice Castellanos) que se pueda amar la República odiando la guerra creadora de la República.

Nos cuenta la historia, que cuando el sabio Galileo descubrió que era la tierra la que se movía y no el Sol, la Iglesia se alarmó tanto con aquel descubrimiento que echaba por tierra su mentiroso poder, que dispuso quemar vivo al pobre hombre; éste se llenó

de miedo y se retractó, mascullando, no obstante estas palabras: "e pur si mouve".

Entienda todo el mundo que no he dicho nada. Un consejo se puede tomar o desechar; pero déjenme siquiera el derecho de repetir como Galileo: *E pur si muove*.

M. GÓMEZ.

La Lucha, La Habana, diciembre 7, 1904.



Carta a Manuel Sanguily.

1904.

(No trata de dividir a los cubanos al recomendar la formación de dos partidos, sino de unirlos en grupos afines para asegurar la República.—Es mejor prever que rectificar.—Los partidos políticos bien organizados contribuyen eficazmente al progreso de los pueblos en todos sentidos, y sin ellos, las naciones corren el riesgo de languidecer, dejando ancho campo para la anarquía.—El, a nada aspira; nada desea, a no ser la dicha de este pueblo, único ideal de su vida).

Habana, diciembre 11 de 1904.

Coronel Manuel Sanguily.

Presente.

Estimado coronel: Contestar al coronel Sanguily la extensa carta que me dirige en el periódico *La Lucha*, ni me es posible hacerlo, en los términos que yo deseara, ni creo tampoco que es muy necesario, limitándome a tocar algunos puntos que considero esenciales, y que él con verdadera elocuencia refuta, en lo que se refiere a la formación de dos partidos políticos en Cuba.

Principia U., Sanguily, por imaginarse que deben parecerme muy graves las circunstancias en que—en estos momentos—nos encontramos, cuando aseguro que nunca más que ahora me he sentido dispuesto a darles mis consejos de buen amigo a los cubanos. Fíjese el coronel Sanguily que dije entonces y digo ahora *A los cubanos*. No es que yo vea gravedad en la situación, pues aquí no puede suceder nada grave, sino que, meditando seriamente en el procedimiento, que de manera honrada y de la mejor buena fe ha tomado el Partido Moderado, llamando a sus filas a los hombres de situaciones muertas, no veo yo que por ese camino se vaya a ninguna parte; digo, por la organización política del país, que tanto lo necesita. Si no son afines, si piensan y sienten de distinto

modo los elementos que la componen, ¿será posible que el resultado de esa unión sea provechoso? Tan extraño consorcio, puede encontrarse bien avenido, o es que todos nos estamos engañando.

Después de mucho decir—y bien dicho—vienen a para Ud. en que allá en el fondo piensa y cree lo mismo que yo pienso y creo.

Es claro y evidente que, muy al contrario de lo que se ha querido interpretar por ahí, en vez de dividir a los cubanos, lo que yo trato es de unirlos para poder asegurar la República que tanto nos ha costado. Que todo resulte una verdad, así en la forma como en el fondo, y esta verdad nunca podemos palparla sin que unos y otros elementos se sientan atraídos misteriosamente por la fuerza secreta de la afinidad. Con el injerto que se quiere hacer (no tengo la culpa de pensar así,) no se conseguirá nada práctico, porque, de contado, siempre habría deprimidos arriba a deprimidos abajo.

Ah! Si se pudiera borrar la historia, si se pudiera, sin ser injusto, hacer de manera que los recuerdos de un pasado amarguísimo no estuvieran siempre latentes en el corazón y en la mente del pueblo! Entonces, coronel Sanguily, yo no hubiera dicho una sola palabra, porque tampoco me sentiría con ansias de justicia y de verdades políticas. Y entiéndalo bien: no de otra manera se pueden evitar funestas amalgamas que no pueden proporcionar motivos de perturbaciones para más tarde. Hay, pues, que definirse, y en sana paz, sin apasionamientos, porque no debe haberlos donde impera la justicia, dejar que voluntariamente todos los elementos—pero todos—se busquen, se compenetren, se den, en fin, el abrazo para marchar sosegadamente, sosteniendo la seguridad de la República; nunca por la fuerza de las bayonetas, sino por el más completo respeto a las leyes a la sólida y respetable fuerza de la opinión. He aquí el por qué de los santos propósitos de mis consejos. Es mejor preveer que rectificar.

Pero Ud. lo cree inoportuno; más todavía: Ud. lo cree imposible de realizar ahora, y hasta peligroso deshacer lo hecho para emprender la fatigosa tarea de hacer lo nuevo problemático. Pero yo preguntaría al coronel Sanguily: ¿Acaso tenemos algo hecho en ese sentido? ¿No cree él también que ese estado de organización embrionaria puede ser causa de los atrevimientos—no quiero decir fraudes electorales; de la anarquía, por decirlo así, que se entronizó—y aún quedan resabios en los Supremos Poderes Legislativos;

de la parsimonia, expedienteo y procedimiento dilatorio del Gobierno referente a la sagrada paga del Ejército; del poco respeto de algunos españoles y de los españolizados, a las cosas cubanas, insultando muchos de ellos a la Revolución y sus defensores; de la dictadura pacífica de que el señor Sanguily habla; del acuerdo poco meditado de los impuestos, sobre el que hay justas e infinitas protestas; de la partida de la Porra de todo eso incorrecto, y, por último, de la situación en que se ha visto compelido a mantenerse independiente de los partidos, siendo un hombre de grandes condiciones, patriota, abnegado y necesario?

Bien lo sabe Ud., Sanguily, los partidos políticos bien organizados contribuyen eficazmente al progreso de los pueblos en todo sentido, y sin ellos, las naciones corren el riesgo de languidecer, dejando ancho campo para la anarquía; y en los actuales momentos—pienso yo—si los hijos de esta tierra no fueran tan sensatos y cultos, ¿no cree Ud. que existen motivos suficientes y justificados para caer en esas desventuras? Yo no soy pesimista; pero tampoco me hago ilusiones.

Habla Ud. de mis contradicciones en cierto párrafo de su carta, relativo a la formación de los dos partidos; y no ha sido Ud. justo conmigo. Yo no he dicho eso; quien lo dice es la Historia, la que me ha obligado y autorizado también a tratar de este asunto, buscando y señalando los acercamientos de los elementos, que de ser unidos definitivamente, todos estarán mansos y contentos.

Cuando los hombres son iguales en sentimientos y aspiraciones, desaparecen todas las demás circunstancias que pudieran distanciarles. Y en donde vimos eso prácticamente Ud. y yo, fué en aquella guerra santa en donde nos confundimos en abrazo fraternal. ¡Cómo nos amábamos! No recordemos eso ahora.

“Lo que conviene al país no es, en consecuencia, desbandar las agrupaciones que se han formado a tanta costa para hacer nuevos grupos rivales con banderas nuevas”. Eso me dice Ud. ¿Cómo me admira que un hombre dotado de tan clara inteligencia no haya podido comprender mis indicaciones? Yo me guardaría muy bien de aconsejar absolutamente nada que fuese perturbador; lo que yo he querido decir—y ahora noto que fué un atrevimiento—es que todos los cubanos nos agrupásemos bajo la bandera de la República; no importa que allí mismo, bajo su sombra Ud. y yo nos afiliásemos a éste u otro partido. Eso no es poner a unos enfrente de

otros, como dice Ud.; yo trataré de probarle todo lo contrario, recordándole un hecho que no ha mucho ha ocurrido aquí. Cuando yo cité a los veteranos diputados, nacionales y moderados, para tratar de dos asuntos que la Cámara debía resolver, se les explicó por la Comisión que yo presidía lo que deseábamos, y sólo hubo en aquel momento una nota discordante. Todos aquellos hombres, en aquellos días parecía que se tiraban los trastos a la cabeza, y después de mucho discutir, por supuesto, todos como un solo hombre, resolvieron lo que pudo ser, si no un conflicto, a lo menos algo así como una mengua nacional. Terminada la solución del asunto, ellos, los Veteranos, diputados, nacionales y moderados, volvieron a ocupar sus posiciones, sin detreimiento, de ningún género, y entonces hubo “quórum” en la Cámara para tratar solamente de aquellos dos puntos de interés general, objeto para el cual los había congregado la Comisión que yo presidía.

Preciso es confesarlo: a pesar de los acalorados debates, yo salí encantado de aquel recinto, pensando bien en aquellos hombres, que no obstante su desacuerdo político, en la forma, todo lo posponían al interés supremo de la Patria. Pudiéramos decir ahora, repitiendo la manoseada frase: “Patriotas antes que nada”.

¿Qué más pudiera yo decir de esa gran cuestión que se debate en estos instantes, cuando ella es y ha sido siempre en todas partes obra santa del patriotismo? En nombre de ese noble sentimiento (que yo sé muy bien que siempre lo ha animado a Ud.) es que me he permitido hacerle mis indicaciones, aunque por desgracia *ya es tarde*, según Ud. manifiesta.

Más no debe serlo, nunca para los que—como Ud. y yo—amamos esta tierra, regada ya con nuestra sangre y santificada con el inmenso sacrificio de tres generaciones de cubanos. Esa sola consideración me ha hecho dar a éstos mis consejos, libre como me hallo de ambiciones quiméricas y de vanidades terrenas. Serena la conciencia, y contento con la suerte modesta que el Destino me ha deparado, nada deseo, nada aspiro; a no ser que sea la dicha de este pueblo, único ideal de mi vida.

M. GÓMEZ.

La Lucha, La Habana, diciembre 13, 1904.



Carta a Antonio Masferrer.

1904.

(No es hombre de dolo y doblez; pero procura saber bien si la causa que defiende contiene grande honorabilidad para el pueblo cubano, y es, por tanto, racional y justa).

Habana, 17 de diciembre de 1904.

Sr. Antonio Masferrer.

Muy señor mío y amigo: He leído con el interés que ella se merece, su estimable carta que se publicó en el periódico *La Lucha* y que Ud. me dirigió.

En dicha carta y con sobra de razón ha recogido Ud. la alusión que hice de su personalidad política, en aquella noche en que no es posible olvidar tan pronto, y que indiqué como un hecho histórico, quizás de poco valor para algunos, al señor Manuel Sanguily, por creerlo del caso, pero como lo hace Ud. con tal delicadeza, que deja obligada mi sincera benevolencia y respetos, nada tengo que añadir respecto a este particular, y con cuanto mayor razón que termina Ud. como cubano puro y bueno, adhiriéndose a las ideas patrióticas expuestas en aquella carta.

Y ya que tratamos de ideas de otro orden, permita que le diga que ya Ud. me conoce lo bastante para saber que no soy hombre de dolo y doblez, y sí, sencillamente, lo que procuro saber bien, es, si la causa que defienda contiene grande honorabilidad para el pueblo cubano y es, por tanto, racional y justa. Lo mismo que fuimos ayer en la guerra, debemos ser ahora en la paz, con la sola diferencia, para salvar los principios y no aparecer desleales, que debemos guardar en nuestro corazón el amado recuerdo de la Patria, y propender, por todos los medios posibles, a su engrandecimiento moral.

M. GÓMEZ.

La Lucha, La Habana, diciembre 17, 1904.

Declaraciones a M. Márquez Sterling, Redactor de “El Mundo”.

1904.

(No se debe echar la llave a la revolución para olvidarla, ni mezclarse revolucionarios con enemigos de la revolución.—Ni españoles ni autonomistas, que combatieron la revolución, deben irse; pero sí respetar los primeros la obra de la revolución, poniéndose, como vencidos, a la altura de los vencedores, y cooperar, los segundos, en la vida política con su capacidad intelectual y material.—Se está desdeñando al pueblo e implantando una política oligárquica que es necesario vencer.—Es preciso que el país “sepa ver” a los candidatos para la presidencia y se prepare el pueblo a una lucha digna de la República.—No acepta la Presidencia, ni aún ofreciéndosela el pueblo en masa, pues no se juzga con condiciones para desempeñar el puesto y cree que el Presidente de la República debe ser un cubano).

.

—Aquí—me dijo—se hace una política malversada, peligrosa, y desde todos puntos de vista inconveniente. Se pretende echar la llave a la revolución, para olvidarla, y levantar, sobre el error de este olvido, una situación ficticia y nada honrosa para los cubanos. Yo me creo en el deber de evitar la inmensa tristeza de este resultado político, que no corresponde a la historia de los que han sido revolucionarios, ni a la de los que no lo fueron nunca. Descos que se fije usted bien en mis palabras, sobre todo porque yo no quiero decir más de lo que es prudente y conveniente decir, y sin negarle que me queda mucho, para la conversación íntima, entre usted y

yo, entre dos ciudadanos sinceros y honrados. Se pretende llevar la República por un camino que no es el suyo; se aspira a trastornar la base de la República, desvirtuando lo que la sirve de cimientos; y para darle vida a los enemigos de la Revolución, no se ha encontrado mejor medio que sepultarla, borrándola de la memoria. Mis cartas publicadas en *La Lucha* son bien claras y terminantes. No quiero que se vayan los españoles ni los autonomistas que nos combatieron. Nadie podría ver en mis conceptos el menor asomo de esas ideas que perjudicarían a la nación horriblemente. Pero quiero que los españoles nos respeten, poniéndose, como vencidos, a nuestra altura de vencedores; quiero que los autonomistas, que son cubanos, ocupen, en la vida política del país, el lugar que les corresponde, por su historia y por su capacidad intelectual y material. Mezclarse revolucionarios con enemigos de la revolución, es no sólo una inconsecuencia sino un engaño recíproco, en el que cada cual aparenta lo que no es. El uno finge amar lo que en el fondo detesta, el otro finge olvidar lo que apenas se conforma a perdonar.

El partido liberal es el partido de la revolución; es el que ha proseguido su obra regeneradora, de principios netamente democráticos, aspirando a la suma total de libertad. Somos los más; con nosotros está el pueblo y, por eso mismo, no acumulamos, en tan vasta organización patriótica, el mayor número de intelectuales, ni la mayor suma de capitales. Frente a nosotros, deben estar los autonomistas de antes, que serán ahora conservadores, pero practicando esta tendencia honradamente, sin esa mezcla de elementos heterogéneos por historia y por aspiraciones... Los campos quedarían así perfectamente deslindados y el horizonte enteramente diáfano... En algunos periódicos del interior, he leído con pena que hay quien cree, porque no me entiende, probablemente, y esto es muy triste para los cubanos que son tan entendidos, que yo pienso formar dos partidos; uno de militares y otro de paisanos. ¿Ignoran ellos que sólo hablo de revolucionarios y que son más los revolucionarios "pacíficos" que los que empuñaron el rifle? Por otra parte, yo que no trabajo para mí sino para el país, y que a nada aspiro, no he dado con otro modo de organizar la política entre cubanos. Pero eso no quita que si hay quien haya encontrado otro medio más hábil y favorable, debe decirlo, y yo seré el primero en reconocerlo.

—¿Pero usted cree que los ex-autonomistas pueden, solos, formar un partido capaz de entrar en la lucha política del país?

—Si, lo creo. Tienen elementos propios suficientes para ello, y con esos elementos compensan, hasta cierto punto, algunas de las muchas ventajas que es lógico que nosotros les llevemos. Ellos es indudable que nos ganan en intelectualidad. Pero nosotros tenemos “la historia”; y esta ventaja es, como usted sabe, muy grande y positiva. Por otra parte, no se trata sólo, en este punto, de proceder conforme a la dignidad revolucionaria y al decoro de la misma República. Yo tengo la convicción de que organizados de esa suerte los cubanos, la paz, la concordia, la armonía serían un hecho y una ventura superior a todas las soñadas. Así, se establecerá la compensación política necesaria al equilibrio del Estado y a su buena marcha.

—Entonces—exclamé yo—usted no está en nada conforme con la orientación de las clases directoras que parecen inspirar la política de los poderes?

—Es que así como se pretende olvidar la Revolución—repuso el general con energía—se desdeña al pueblo y se implanta una especie de política oligarca que es necesario vencer.

El general Gómez hablaba con elocuencia, con vehemencia a ratos, con plena convicción siempre. Y discurrió durante algunos minutos, sobre la situación actual, haciendo hincapié en lo que se refiere a los partidos, en lo que toca a los ex-autonomistas; y huyendo siempre de calificar actos, posiciones, tendencias, se afirmó en hechos, el mejor y más sólido pedestal de la argumentación. Declaro que a pesar de haberme dicho mucho, yo quería más, y sobre todo, quería términos concretos, de esos que realzan siempre el decorado genial de la elocuencia política de Gómez.

—En fin,—dije al cabo—la amalgama, o tal vez mejor, la yuxtaposición de revolucionarios y ex-autonomistas, le parece a usted cosa deplorable y tan peligrosa que ha sido menester que resurja su nombre, de nuevo, en la lucha política. . .

El general acompañaba mis palabras con movimientos de cabeza confirmativos. Y como el rompimiento de un manantial de palabras, su elocuencia tomó otra vez nuevos ímpetus:

—Dice usted bien. Yo soy todo verdad. No me gustan los términos medios ni las situaciones ambiguas. En Cuba había dos “maneras de ser”, unos eran amigos de la revolución, esto es, revolucionarios, y otros enemigos de la revolución, es decir, amigos de España y contrarios a la República. Niego la existencia de los indiferentes y de los independientes. Esa es una fantasía inadmisibile. Para mí, los que no comulgaban con nosotros comulgaban contra nosotros. Y naturalmente, los que hicimos la Revolución y por la Revolución la República y por la República la paz, es lógico y necesario, al mismo tiempo, que por decoro de la Revolución, por el bienestar y prosperidad de la República y por la prolongación eterna de la paz, nos mantengamos unidos en el desenvolvimiento de un programa que no ha podido ser enmendado ni tachado. En frente de nuestro programa sólo deben estar los que antes estuvieron en frente de la Revolución. El partido liberal es el manifiesto de Monte Christi. ¿Pueden los revolucionarios formar filas contra el manifiesto de Monte Christi?

—Entonces,—le interrumpí—usted que sabe que entre los moderados hay revolucionarios de buena cepa, que no son, al menos para mí, sospechosos... ¿qué piensa de ellos? ¿Cómo entiende usted su actitud y en que lugar los encuentra colocados?

Gómez sonrió. En su fisonomía se dibujaron algunas líneas sutiles, una sonrisa levemente maliciosa. Movi6 la cabeza, con movimientos rápidos, y dijo:

—¡ Ah! Esa es una de las inc6gnitas que es preciso despejar para saber en d6nde est6n esos revolucionarios y qu6 debemos pensar de ellos...

Y expres6 las mismas ideas anteriores, diluy6ndolas en párrafos de una cordialidad honda y en un tono singularmente agradable. Y recuerdo bien entre sus conceptos, algunas frases caracteristicas, sobre todo, al calificar a algunos conservadores procedentes de la revoluci6n de “muchachos ofuscados...” dando a estas dos palabras un valor afectuoso sin menoscabo de la intensidad del reproche.

Cuando el general creía haberme dicho lo que yo quería saber, ignoraba lo insaciable de mi sed. Tal vez el caudillo deseaba que le dejara en paz. Pero yo me había clavado en mi silla, frente a él, y aspiraba de una vez a saberlo todo...

—Pero, bien general, aquí hay algo más en el fondo. Esta actividad política, por parte de usted, responde a la necesidad en que estamos, a su juicio, de preparar e ilustrar la opinión pública?...

Ciertamente—contestó él, frunciendo ligeramente el ceño y como si sospechara por los trigos que iba yo a salirle...

—Y, para qué se prepara la opinión, ¿para la campaña electoral que se nos viene encima?

—No tengo por qué ocultarlo—fué la respuesta de Gómez:—el momento es crítico y es preciso que el país “sepa ver” a los candidatos para la presidencia y se prepare el pueblo a una lucha digna de nosotros. Por eso yo procuro con calma, y con sanos consejos, y de una manera la más franca y abierta posible, inspirar al pueblo en lo que juzgo su deber, y haciendo que no se vulneren sus derechos ni se le malee con falsas teorías. Y lo hago así, desde temprano, porque haciéndolo de otro modo y tarde, incurriríamos en el grave mal de aparecer como perturbadores vulgares...

—¿Y usted tiene algún candidato para la presidencia?

—Yo pienso ahora en lo que debe ser la campaña electoral. A eso me he concretado. Todavía no me ocupo en nombres propios...

Era necesario decidirse y escrudinar hasta la médula...

—Bien, general, todo eso está perfectamente, pero yo quiero saber todavía más. La opinión entiende que es usted el candidato de los liberales...

No me dejó seguir.

—Ese es un cargo del que yo le suplico que me defienda. Si yo pensara en esa candidatura, no habría escrito las cartas objeto de esta conversación. Puede usted decirlo a toda voz: yo no acepto la designación de ningún partido para ese cargo, ni la aceptaría tampoco si viniera en masa el pueblo a ofrecérmela.

Las palabras del general Gómez me causaron grande sorpresa y, para salir de ella, hice algunas divagaciones que, para el general, carecían de importancia. Como si no me oyera, habló casi al mismo tiempo que remataba yo un párrafo de política que creí honda y era seguramente superficial.

—Me dirán terco, lo que usted quiera. Pero yo no acepto la Presidencia bajo ningún concepto. No estoy enamorado del puesto,

no me gusta, me creo sin todas las condiciones para su buen desempeño. Yo no voy a donde no tengo fe ni entusiasmo. . .

—¿No tiene usted fe ni entusiasmo, tratándose de su candidatura?

—No sabría explicarle el motivo. Es cuestión de sentimientos. Por otra parte, yo creo que el Presidente de la República debe ser un cubano. . .

Diciembre 20, 1904.

El Mundo, La Habana, diciembre 22, 1904.



Carta - Prólogo a “Mi Diario de la Guerra” del General Bernabé Boza.

1904.

(La guerra de Cuba por su independencia es, a su juicio, la más hermosa y edificante que registra la historia de las guerras de América y quizás del mundo.—Jamás obró de mala fé, maliciosamente o como un far-sante.—“¡Nunca me salió el sol, fuera del campamento!”—Sus hechos de guerra están justificados por su conducta después, en la paz de la República.—Ha tenido gran cuidado de no ejecutar ningún acto indigno del noble pueblo cubano, que lo ha honrado declarándolo hijo suyo).

Mi querido general Boza: me pide Ud. el prólogo para su libro de narraciones sobre hechos de la guerra de Cuba, por donde anduvimos juntos compartiendo tantos peligros y las amargas de campaña tan recia. . .

¿Ha pensado Ud en lo que realmente es el Prólogo de una obra cualquiera, con mayor razón cuando se trata de hechos como los de aquella magna contienda? . . . ¡Ah! mi buen amigo, bien sabe Ud. por experiencia, que es más difícil describir bien una carga de caballería, que darla, y aunque yo debo entender que no es eso lo que Ud. pretende de mí, sin embargo no es muy afectuoso de parte de Ud.—perdone que se lo diga,—que venga ahora a querer poner la pluma en mis manos, cuando después de victoriosos, hemos dejado la espada quieta en la vaina.

Es demasiado pedirle a los hombres que hagan bien, dos cosas distintas; pelear primero y escribir después. Le confieso con toda la sinceridad que Ud. me reconoce, que admiro en Ud. semejante eualidad.

Admiré también con profundo respeto, sin decirlo más que ahora, las veces que ví después de un combate, sentados sobre las

raíces de un árbol caído, escribiendo, a hombres como Antonio Luaces, Francisco La Rúa, Serafín Sánchez, Manuel Sanguily, Ramón Roa, etc. etc.

Formar juicio crítico exacto, sobre los hechos que Ud. relata, sacado todo de su *Diario de la Guerra*, tarea es esa muy superior a mis fuerzas intelectuales.

La guerra de Cuba por su Independencia, es a mi juicio la más hermosa y edificante que registra la Historia de las guerras de América y quizás del Mundo.

Se enfrentó Cuba al gran poder de España que ha dado los soldados más bravos de Europa y que tenía a la mano, todos los recursos y elementos para la guerra así, en el mar como en la tierra.

Disponía de generales expertos, de mucho dinero en sus arcas, y contaba con la favorable opinión de Naciones muy bien constituídas...

Y el partido autonomista de Cuba, grande por el número de sus afiliados, y por la masa de inteligencia reunida en él, se oponía al movimiento revolucionario, porque creía—y con razón aparente—que era un sueño de locos...

Todas esas grandes fuerzas, estaban reunidas para combatir la Revolución armada tan solo del derecho, en una Isla estrecha.

¡Los guerreros cubanos estábamos Solos!...

Ya se puede suponer cuantos episodios sangrientos y horribles tuvieron lugar en aquella desigual contienda.

¡Cuánto heroísmo verdad en los hijos de esta Tierra y cuanta abnegación santa en las mujeres cubanas; cuanto terror en el corazón de los niños y cuanto consuelo encontraba en la muerte el tembloroso anciano!...

Lo describe Ud.—a quien un día yo llamé el *Cambrone* cubano—con toda su franqueza de guerrero y su honradez de hombre, tal como lo copia de su diario de soldado verídico, escrito encima de su caballo de batalla.

La invasión a las provincias occidentales, como Ud. las describe, fué a mi juicio el gran movimiento militar que aseguraba para más tarde el triunfo final de la Revolución.

La suprema necesidad del levantamiento, tenía que hacerse sentir, decidido, fuerte y atrevido en todas partes. Después lo demás, era cuestión de tiempo.

A España sin duda era a quien le correspondía terminar con la insurrección y restablecer la paz en la Isla con todas las garantías personales y de la propiedad que Cuba necesitaba para su dicha...

Y pregunto yo:—¿Hubiera sido posible eso después de *Coliseo* en donde el general Martínez Campos se confesó vencido?...

Previsora en lo posible la Revolución se dió leyes para justificar el desastre, y excusar y eludir responsabilidades en que había de incurrir la Isla, por causa de negársele lo que de derecho le correspondía, como se vió más tarde cuando los cañones americanos intervinieron en el asunto.

Mientras tanto, como Ud. lo demuestra, la resistencia por parte de Cuba fué tenáz y firme. Nuestros soldados no necesitaron nunca la voz alentadora del Jefe, y combatieron con fé y heroísmo hasta el último instante, hasta la final victoria que nos dió la República.

No voy ahora para terminar estas líneas que Ud. me pide para su libro, a hablar de mí, pretendiendo sincerarme de los cargos, no sé si justo o injustos, que en él a menudo me hace.

¡Todo puede ser! pero ni Ud. ni ningún cubano podrá tacharme ni decirme, ni decir que obré jamás de mala fe, maliciosamente o como un farsante! “¡Nunca me salió el Sol fuera del Campamento!” y todo lo que pensé y ejecuté, fué a conciencia, obedeciendo tan sólo a los impulsos de mi corazón enamorado de la “Causa de Cuba”.

Mis hechos en la guerra están justificados, por mi conducta después en la Paz de la República. Si en aquella, ni una vez siquiera perturbé con ambiciones bastardas a los poderes públicos de la Revolución; ni mucho menos asusté a los espíritus débiles con arrogancias militares, en ésta, en la paz, tampoco he exigido nada; antes por el contrario: he aceptado muy poco de lo mucho que se me ha ofrecido.

He tenido en fin gran cuidado en no ejecutar ningún acto indigno del noble Pueblo cubano, que me ha honrado declarándome hijo suyo.

1904.

M. GÓMEZ.

Mi *Diario de la Guerra*... por Bernabé Boza, 2^o Ed., La Habana, 1924, t. I. p 117.

Índice.

	<u>Págs.</u>
Máximo Gómez, su ideología político-revolucionaria, por <i>Emilio Roig de Leuchsenring</i>	VII
Carta a José Martí, de 8 de octubre, 1882	1
Carta a Serafín Sánchez, de 23 de julio, 1883	3
Programa, de 30 de marzo, 1884	6
Carta a José F. Pérez, de 27 de abril, 1885	10
Carta a Serafín Sánchez, de 20 de junio, 1891	12
Nota en carta a Serafín Sánchez, de 28 de diciembre, 1891..	15
El viejo Eduá o mi último asistente, de julio, 1892	16
Carta a José Martí, de 15 de septiembre, 1892	20
Carta a Enrique Collazo, de 12 de abril, 1894	22
Carta a Domingo Figarola-Caneda, de agosto, 1894	24
Carta a su hijo Máximo, de diciembre, 1894	28
Carta a Enrique Trujillo, de 25 de marzo, 1895	29
Carta de despedida a sus hijos al marchar para la última guerra de independencia, de 8 de abril, 1895	31
Circular, de 26 de abril, 1895	34
Carta a Federico Henríquez y Carvajal, de 20 de septiem- bre, 1895	36
Carta a su hijo Máximo, de septiembre, 1895	38
Carta a Tomás Estrada Palma, de 8 de noviembre, 1895	40

	<u>Págs.</u>
Arenga al Ejército Invasor, de 30 de noviembre, 1895	45
Carta a Tomás Estrada Palma, de 8 de diciembre, 1895	47
Arenga a los españoles hechos prisioneros en el asalto y toma de Güira de Melena, de 4 de enero, 1896	49
Carta a Tomás Estrada Palma, de 18 de marzo, 1896	50
Mis recuerdos, de 20 de julio, 1896	52
Odisea del general José Maceo, de 27 de julio, 1896	56
Declaraciones a Fermín Valdés Domínguez, de 28 de agosto, 1896	62
Orden general sobre la muerte de Antonio Maceo, de 28 de diciembre, 1896	63
Carta a María Cabrales, viuda del general Antonio Maceo, de 1º de enero, 1897	64
Carta a Tomás Estrada Palma, de 5 de febrero, 1897	66
Carta al coronel Andrés Moreno, de 6 de febrero, 1897	68
Carta a Luis Morote, de 15 de febrero, 1897	73
Carta a Manuel Sanguily y José D. Poyo, acompañándoles la dirigida a Luis Morote, de 16 de febrero, 1897	75
Carta al brigadier José Miguel Gómez, de 25 de marzo, 1897..	79
Ultima palabra, de 31 de marzo, 1897	82
Carta al coronel Alberto Nodarse, de 25 de abril, 1897	86
Párrafo de una carta, de 25 de octubre, 1897	87
Proclama, de 8 de noviembre, 1897	88
Carta al gobernador general Ramón Blanco, de noviembre, 1897	89
Carta a Tomás Estrada Palma, de 18 de diciembre, 1897	91
Mi protesta, de diciembre, 1897	94

Carta al Editor de <i>The Herald</i> , de New York, de diciembre, 1897	96
Cartas a diversos autonomistas, de 12 de febrero, 1898	98
Carta a Ramón Blanco, general en jefe del Ejército español en Cuba, de mayo, 1898	99
Carta a Tomás Estrada Palma, de junio, 1898	101
Carta abierta a Tomás Estrada Palma, de 26 de agosto, 1898	104
Carta a Tomás Estrada Palma, de 28 de octubre, 1898	107
Carta a Tomás Estrada Palma, de 9 de diciembre, 1898	109
Proclama, de 29 de diciembre, 1898	111
Carta a William Mc. Kinley, presidente de los E. U., de 1898.	113
Mi escolta, de 1898	116
Proclama de Yaguajay, 1898	122
Pensamientos, de 12 de febrero, 1899	124
Declaraciones a Gonzalo de Quesada en el <i>New York Journal</i> , de 26 de febrero, 1899	125
Manifiesto al País y al Ejército, de 12 de marzo, 1899	129
Carta a José Poyo, de 16 de marzo, 1899	131
Carta a Juan B. Spotorno, de 22 de marzo, 1899	133
Manifiesto al País y al Ejército, de 18 de abril, 1899	134
Manifiesto al Ejército Libertador de Cuba, de 18 de mayo, 1899	136
Proclama al Pueblo cubano, de 5 de junio, 1899	142
Dos palabras de consejo a mis amigos cubanos, de 20 de agosto, 1900	147
Carta publicada en el periódico <i>El Cubano</i> , de 22 de agosto, de 1900	150

	<u>Págs.</u>
Carta al general Bernabé Boza, de 25 de agosto de 1900	152
Carta al general Bernabé Boza, de 15 de marzo, 1901	154
Carta al general Bernabé Boza, de 21 de agosto, 1901	155
Carta al general Bernabé Boza, de 23 de septiembre, 1901 ..	156
Carta al general José Miró, de 21 de octubre, 1901	158
Carta a F. María González, de 18 de mayo, 1902	160
Carta al general Bernabé Boza, de 12 de noviembre, 1902	164
Carta al general Bernabé Boza, de 20 de agosto, 1903	165
Declaraciones a un redactor de <i>La Discusión</i> , de 21 de noviembre, 1903	167
A los cubanos, de 3 de diciembre, 1904	168
Carta al Director de <i>La Lucha</i> , de 7 de diciembre, 1904	170
Carta a Manuel Sanguily, de 11 de diciembre, 1904	172
Carta a Antonio Masferrer, de 17 de diciembre, 1904	176
Declaraciones a M. Márquez Sterling, redactor de <i>El Mundo</i> , de 20 de diciembre, 1904	177
Carta-Prólogo a <i>Mi Diario de la Guerra</i> , del General Bernabé Boza, de 1904	182